

MARIO OPORTO. AGUSTINA QUIROGA. CINTIA ROGOVSKY
[COMPILADORES]

HISTORIA SOCIAL CONTEMPORANEA

UNA INVITACIÓN A PENSAR DESDE EL SUR



FACULTAD
DE ARTES



Historia Social Contemporánea

Una invitación a pensar desde el Sur

Compiladores

Mario Oporto. Agustina Quiroga. Cintia Rogovsky



Historia social contemporánea: una invitación a pensar desde el Sur / Agustina Quiroga ... [et al.]; compilado por Mario Oporto; Agustina Quiroga; Cintia Rogovsky; prefacio de Mario Oporto; prólogo de Daniel Belinche. - 1a ed. - La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Artes, 2020.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-34-1883-3

1. Historia Social. I. Quiroga, Agustina II. Oporto, Mario, comp. III. Quiroga, Agustina, comp. IV. Rogovsky, Cintia, comp. V. Oporto, Mario, pref. VI. Belinche, Daniel, prolog.
CDD 980

Edición y coordinación editorial: Florencia Mendoza

Corrección: Fernando Barrena, Mercedes Leaden, Pilar Marchiano

Adecuación de estilo: Pilar Marchiano

Corrección de pruebas: Florencia Mendoza

Arte de tapa y diseño: Maria de los Angeles Reynaldi

Historia Social Contemporánea. Una invitación a pensar desde el Sur es propiedad de Papel Cosido. Registros sobre Arte en América Latina, de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de La Plata. Diagonal 78 N.º 680, La Plata, Buenos Aires, Argentina.



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribucion-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Presidente

Dr. Fernando Alfredo Tauber

Vicepresidente Área Institucional

Dr. Marcos Actis

Vicepresidente Área Académica

Lic. Martín López Armengol

Secretario de Ciencia y Técnica

Dr. Marcelo Caballé



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Decano

Dr. Daniel Belinche

Vicedecano

DCV Juan Pablo Fernández

Secretario de Decanato

Lic. Emiliano Seminará

Secretaria de Extensión

Prof. María Victoria Mc Coubrey

Secretaria de Asuntos Académicos

Prof. Graciana Pérez Lus

Secretario de Producción y Comunicación

Prof. Martín Patricio Barrios

Secretario de Planificación,

Infraestructura y Finanzas

Lic. Carlos Merdek

Secretario de Relaciones Institucionales

Prof. Juan Mansilla

Secretaria de Ciencia y Técnica

Lic. Silvia García

Secretario de Arte y Cultura

Prof. Carlos Coppa

Secretario de Posgrado

Prof. Santiago Romé

Secretario de Asuntos Estudiantiles

Prof. Agustina Reynoso

Secretaria de Programas Externos

Lic. Sabrina Soler

HISTORIA SOCIAL GENERAL B

Facultad de Artes. Universidad Nacional de La Plata

Profesor titular

Mario Néstor Oporto

Profesoras adjuntas

Agustina Quiroga

Cintia Rogovsky

María de las Nieves Piovani

Ayudantes

Ana Pifano

Federico Etcheverry

Manuela Hoya

Martín Oporto

Milton Oddone

Pablo Moro

Pilar Labayén

Santiago Muñiz

TABLA DE CONTENIDOS

- 7** | **Prólogo**
Daniel Belinche
- 10** | **Introducción**
Preguntar desde el Sur
Mario Oporto
- 13** | **El Atlántico: un espacio de conquista**
La experiencia marinera como parte de la construcción de Occidente
Pablo Moro
- 26** | **El vaivén de la historia**
Apuntes sobre las revoluciones burguesas
Agustina Quiroga
- 38** | **El imperialismo**
Nociones generales para pensar su impacto a través del tiempo
Lorena Vergani y Pilar Labayén
- 48** | **La época de la rivalidad interimperialista**
Guerras, revolución y crisis en Occidente
Manuela Hoya y María de las Nieves Piovani
- 70** | **La Revolución Rusa que hizo temblar al mundo**
Cintia Rogovsky
- 89** | **Los Estados Unidos: de colonia a potencia imperial**
Reflexiones a partir de aportes de estudiantes
Ana Pifano
- 101** | **La descolonización**
Agustina Quiroga y Pablo Moro
- 112** | **El neoliberalismo, el capitalismo financiero y el mundo unipolar**
Auge, crisis y transición histórica
Gabriel Esteban Merino
- 130** | **1492**
Martín Oporto
- 149** | **Línea de tiempo**
Manuela Hoya, Federico Etcheverry y Agustina Quiroga

PRÓLOGO

La escena es conocida. En 1802, Ludwig van Beethoven comenzó a escribir la *Sinfonía N.º 3* en mi bemol mayor op. 55, en homenaje a Napoleón Bonaparte, por ese entonces depositario de los postulados de la Revolución Francesa. La leyenda, nunca comprobada del todo, cuenta que Beethoven, al enterarse de que su héroe se había autoproclamado emperador, en un raptó típicamente romántico, estalló en cólera y tachó la dedicatoria con tanta energía que el lápiz quedó partido en dos y el papel desgarrado. El desencanto ante el supuesto abandono de los principios de libertad, igualdad y fraternidad motivó al músico europeo más importante de su época —y, de acuerdo a Diego Fischerman, el primero que tuvo clara la idea de que los demás lo consideraban así— a reemplazar aquella denominación, por lo que luego se la conocería para siempre como la «Sinfonía heroica». El título daba cuenta, acaso, de uno de los principios hegelianos: el verdadero arte comenzaba con el final del mundo mítico y con el reinado de la idea. El héroe ya no tenía rostro y mutaba en su concepto.

Aún Beethoven, precursor de un arte abstracto, de un arte (una música) que no se justificaba en su existencia por la festividad, la danza o el entretenimiento; una música que, como decía Flaubert, no hablará de nada sino de sí misma, ni siquiera él fue capaz de eludir los vaivenes políticos, sociales y económicos de su época.

Cuando la actual Facultad de Artes de la Universidad Nacional de La Plata creó las cátedras Historia Social General e Identidad Estado y Sociedad, la expectativa estaba centrada en un tipo de aprendizaje en condiciones de articular las cuestiones formales del arte, sus procedimientos, el modo en que diseñadores, cineastas, artistas visuales y músicos transforman el tiempo y el espacio, con los contextos y las condiciones históricas en las que éstas categorías se materializan. Poner a Beethoven junto a Hegel, pero también junto a Moreno, a Castelli, a los pintores viajeros, al perro de Goya.

El libro que tan generosamente los colegas de la cátedra Historia Social General B me han invitado a comentar, muestra que aquella expectativa no ha sido defraudada. En su título, *Historia Social Contemporánea. Una invitación a pensar desde el sur*, y en todos sus artículos es clara la intención de conjugar la historia con la poética. Pensar desde el sur es, en sí mismo, un enunciado polisémico: ¿qué es hoy el sur?, ¿qué es América Latina en esta época cuyos avatares no terminamos de comprender? En otro texto, menos feliz que el que nos ocupa, conjeturamos que si desde el punto de vista cultural es difícil localizar los rasgos comunes de lo latinoamericano, si de algún modo América Latina no existe como un universo identificable, debería existir.

Lo escrito en esta compilación, como palimpsesto de otros escritos borrados y escondidos incesantemente en los últimos siglos después de la conquista, abordan cuestiones que por transitadas no dejan de ser novedosas. Se leen, gracias al rigor, la frescura y la claridad de su prosa como si fuera la primera vez. Entonces, América Latina está en el océano inmenso, en la conquista. Está en las batallas, en la noción de imperio, en la descolonización y en las crisis como está en lo circular, en lo efímero, en lo heterogéneo, en lo vulnerado, en el metal, en la ambigüedad y el heroísmo. Está también en la universalidad de otras latitudes.

Mario Oporto señala con su agudeza habitual que «los doscientos años que van desde principios del siglo XVI hasta fines del siglo XVII comparten[...] un eje en común que los estructura: la utilización de los océanos como una herramienta con la cual se puede llegar a tierras extrañas; como un puente a otros mundos. En definitiva, la utilización del mar como un medio de transporte a lugares ajenos». Esta referencia a la ajenidad abreva de un estilo general en cada capítulo. El posicionamiento teórico que cose los textos no se permite grandes desahogos ideológicos ni sobreactúa sus opiniones. Se habla desde el sur pero no solo del sur. Ahí están Marx, la Revolución Rusa y occidente. Es en la austeridad del tono donde se confronta, sin estridencias, con las matrices a través de las cuales la cientificidad dominante manifiesta sus axiomas invisibles.

En un primer contacto con los textos sobrevuela una sensación de presente, como extraña paradoja en narrativas cuyo asunto es el pasado. Y si bien cada autor imprime

su impronta, en conjunto es posible advertir que ese pasado no está asumido como un prólogo. Mora en ese presente, lo penetra y cuando es visitado se acude a él, sin la pretensión retórica de sustituir a sus protagonistas. Las escenas reconstruidas brotan de un minucioso trabajo teórico que no elude discontinuidades, ruinas, contradicciones y anacronismos y evitan la linealidad y el lugar común sin que por ello se pierda una atmósfera de sentido y de horizonte.

De ese modo, cuestiones liminares como la construcción de occidente, las revoluciones burguesas, los imperialismos y la descolonización, o la aludida —y nunca extinta— dicotomía entre civilización y barbarie, habitan estas páginas que invitamos a leer con la misma intensidad con la que fueron compuestas y que resultan, en estos tiempos tan complejos, aportes imprescindibles.

Daniel Belinche

Decano de la Facultad de Artes
Universidad Nacional de La Plata

INTRODUCCIÓN

PREGUNTAR DESDE EL SUR

Mario Oporto

La conformación de una cátedra en una universidad nacional implica la realización de múltiples tareas que requieren hacer centro en poder jerarquizar y contemplar los distintos momentos de este largo proceso. Construir una propuesta pedagógica y un equipo docente es un recorrido complejo y, en nuestro caso, fue un trayecto reflexivo, con pruebas y errores, y con profundos aprendizajes. La cátedra Historia Social General B de la Facultad de Artes (FDA), perteneciente a la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), nació en 2013. El exponencial crecimiento de matrícula en la FDA durante los gobiernos kirchneristas¹ planteó la necesidad de crear otra cátedra destinada, específicamente, a los estudiantes de las carreras de Artes Audiovisuales, en un primer momento, de Diseño Multimedial, a partir de 2016, y de Música Popular, en 2020.

El primer desafío que asumimos fue pensar una asignatura destinada a estudiantes que no se encuentran en un proceso formativo académico para ser historiadores o científicos sociales, sino productores de arte y comunicadores audiovisuales. De esta manera, la Cátedra, perteneciente al bloque de formación general, nos propusimos crear espacios de enseñanza y de aprendizaje en los que se comprenda y se valore a los sujetos como parte constitutiva de la escena histórica y, específicamente, que ayude a reflexionar en torno a los artistas y a los diseñadores como sujetos que producen arte desde un contexto

específico y en la complejidad del mundo contemporáneo. En este sentido, pretendemos brindar herramientas analíticas de procesos socio-históricos a fin de alimentar una perspectiva crítica y rigurosa de los hechos sociales que nos rodean y de los cuales somos protagonistas.

Otro aspecto que nos caracteriza es la revisión constante de los contenidos y de los bloques históricos a trabajar durante el ciclo lectivo, para lo cual incorporamos una perspectiva pedagógica dialógica. La propuesta inicial inauguraba la asignatura con los orígenes del capitalismo y la doble revolución burguesa-europea, si bien se trabajaba la acumulación originaria de Carlos Marx, el liberalismo europeo iniciaba la materia. Con lecturas y ricos debates sucedidos al interior de la Cátedra, así como la experiencia recogida del trabajo áulico y de las evaluaciones, consideramos fundamental reforzar nuestra mirada desde la descolonización del saber y destinamos un primer bloque al estudio del sistema global previo a la expansión europea, hecho que posibilita la comprensión de la génesis del sistema-mundo al visualizar relaciones imperiales establecidas entre civilizaciones. Se parte del modelo colonial para poder comprender la expansión del capitalismo y, así, promover una mirada geopolítica de carácter relacional, y no una perspectiva acotada que solo haga foco en la historia de Europa y su predominio. A su vez, proponemos el análisis del encuentro con el otro y la perspectiva dominante que lo establece como salvaje, como inferior, como la negación de otras posibles civilizaciones, así como incorporar la perspectiva de género. Observar la historia desde las periferias, la filosofía de la liberación, la decolonialidad del saber y con una mirada global, nos situó en un paradigma que descentraliza la lógica europea y que permite analizar el acontecer histórico desde las relaciones de poder entre el imperialismo y sus resistencias.

El trabajo interdisciplinario es otra de las características de nuestra Cátedra. Actualmente, este espacio está conformado por profesionales provenientes de la Historia, la Sociología, la Historia del Arte, la Filosofía, las Ciencias Políticas, la Comunicación y el Diseño Multimedial. Las plurales perspectivas nos permiten abordar los hechos socio-históricos de manera compleja, y atender las diversas dimensiones que lo constituyen considerando la especificidad de nuestro sujeto pedagógico.

Habiendo transcurrido seis años desde el nacimiento de la Cátedra, nos propusimos elaborar este libro que pretende ser un primer aporte —dentro de un proceso abierto de escritura— para docentes, estudiantes y lectores. Este material tiene como finalidad reflexionar sobre algunos de los acontecimientos de la historia social contemporánea. Los trabajos aquí reunidos son el resultado del aporte de las y los integrantes de la Cátedra y, como autor invitado, Gabriel Merino. Lejos de realizar una producción historiográfica, nos propusimos trabajar mediante capítulos que plasmen consideraciones y que posibiliten problematizar en torno a ciertos hechos, compartiendo algunas de las preguntas que nos

formulamos al calor de nuestras clases y de las lecturas realizadas. Este trabajo pretende ser una invitación a la pregunta. Si tras la lectura quien lee encuentra más preguntas que certezas, consideramos que hemos logrado nuestro objetivo.

Referencia

Tenti Fanfani, E. y Grimson, A. (2014). *Mitomanías de la educación argentina. Crítica de las frases hechas, las medias verdades y las soluciones mágicas*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

EL ATLÁNTICO: UN ESPACIO DE CONQUISTA

La experiencia marinera como parte de la construcción de Occidente

Pablo Moro

Resumen

A principios de la Edad Moderna, en un largo proceso atravesado por rupturas con lógicas pasadas y nuevas significaciones, Europa comenzó a mirar al Atlántico. A medida que Europa se expandía hacia el mar, iba formando nuevas rutas comerciales, pero, también, un nuevo espacio, atravesado por lógicas culturales propias y formado por personas distintas que mezclaban sus experiencias y que formaban una mentalidad más o menos homogénea. Personas que se constituyeron, a lo largo de los siglos XVI y XVII, como marineros. El objetivo de este capítulo es analizar las experiencias marítimas atlánticas de esas épocas y dilucidar de qué manera estas experiencias aportaron a la identidad occidental de Europa.

La idea de civilización está inherentemente relacionada con la idea de Occidente. Ambas concepciones forman parte de la identidad de Europa desde sus comienzos, junto con otras como el cristianismo, el racismo étnico o el machismo. A medida que Europa se fue constituyendo como tal, se encontró con diversos lugares y culturas y los reconoció como lo Otro y, en cierta medida, los volvió antagónicos (Burke, 2005). En estos encuentros, sin embargo, se fueron tejiendo relaciones de poder y Europa se estableció (de forma lenta y paulatina) como el centro del control hegemónico respecto al resto del mundo.

En ese sentido, el encuentro con Oriente es clave para la formación de la identidad occidental:

Desde la perspectiva de Occidente, Oriente es el descubrimiento primordial del segundo milenio. Occidente no existe sin el contraste con el no-Occidente. Oriente es el primer espejo de diferenciación en ese milenio. Es el lugar cuyo descubrimiento descubre el lugar de Occidente; el comienzo de la historia que empieza a ser entendida como universal (de Sousa Santos, 2009, p. 214).

Pero Oriente no quedaba solo hacia el Este. Europa se encontró con otros *no-Occidentet* también cuando se lanzó al mar o, hablando más específicamente, cuando se lanzó a conquistar el océano Atlántico. Ya a fines del siglo XIII, los hermanos Vivaldi, de Génova, se embarcaron en dos galeras hacia el oeste con el objeto de circunnavegar África, llegar a las Indias a través de la *Mar Océana* y establecer una nueva ruta comercial. Si bien Génova y Venecia tenían contacto con Flandes y con Inglaterra y, por lo tanto, ya estaban familiarizados con el Atlántico, esta empresa era nueva. Lo último que se supo de los hermanos genoveses fue que cruzaron el estrecho de Gibraltar¹ con rumbo suroeste. En el siglo XV, unos portugueses arribaban a la costa del oeste africano para llegar a Ashanti, una región boscosa que, según les habían informado en Marruecos, era una fuente de oro (Parry, 1989).

Estos son algunos ejemplos significativos de las raíces de la actividad europea en el Atlántico, pero no fue sino hasta fines del siglo XV² y principios del XVI que Europa dio el salto definitivo, nos dice John Horace Parry (1989), gracias a una combinación técnica y una necesidad económica:

La zona marítima de Europa era la patria, no solo de dos tradiciones distintas de construcción de barcos, sino también de dos tradiciones distintas de navegación. Los hombres de mar portugueses y andaluces de principios del siglo XV heredaron ambas tradiciones (p. 44).

A medida que Europa se expandía hacia el mar iba formando nuevas rutas comerciales, pero, también, un nuevo espacio, atravesado por lógicas culturales propias y formado por personas distintas que mezclaban sus experiencias y formaban una mentalidad

más o menos homogénea. Personas que se constituyeron, a lo largo de los siglos xvi y xvii, como marineros.

Con respecto al estudio que hace de la literatura de viajes durante el imperialismo, Mary Louis Pratt (2011) dice: «Las transiciones históricas importantes alteran la manera en que la gente escribe porque alteran sus experiencias y, con ello, también su manera de imaginar, sentir y pensar el mundo en el que viven» (p. 26). Y aunque nosotros no pensemos en la literatura de viajes, sí creemos que es importante analizar la manera de imaginar, de sentir y de pensar, es decir, la *experiencia* de los marineros de los años de la expansión ultramarina.

El Atlántico

Los doscientos años que van desde principios del siglo xvi hasta fines del siglo xvii comparten, en nuestro análisis, un eje en común que los estructura: la utilización de los océanos como una herramienta con la cual se puede llegar a tierras extrañas; como un puente a otros mundos. En definitiva, la utilización del mar como un medio de transporte a lugares ajenos.

Felipe Fernández-Armesto (2001) habla de la paradoja de la Europa atlántica al «sentir el llamado del mar» durante gran parte de la historia de sus pueblos:

De manera abrumadora, los pueblos europeos del lado atlántico se clasifican hoy, a la luz de su historia moderna, como pueblos marítimos. El Atlántico les proporcionó profesiones como pescadores, marineros y comerciantes regionales y, una vez que la tecnología lo permitió, rutas de migración marítima y construcción de imperios. Sin embargo, la paradoja inexplicable de la historia de Europa Occidental fue que la *llamada del mar* fue ignorada durante siglos, incluso milenios. Cuando llegaron al mar, la mayoría de estos pueblos se quedaron atrapados allí, como dominados por los vientos del oeste que soplan en sus costas. La navegación costera mantuvo a sus comunidades en contacto entre sí; los ermitaños seguidores de Pelagia contribuyeron a construir una mística del mar; y algunos lugares desarrollaron pescas de aguas profundas. Pero, excepto en Escandinavia, los logros de la civilización en el noroeste de Europa debieron poco o nada al horizonte marítimo hasta lo que consideramos la Baja Edad Media (p. 312).³

Tengamos en cuenta que durante lo que nosotros pensamos como la Baja Edad Media (época en la que según Fernández-Amesto (2001) los europeos finalmente se lanzaron al Atlántico) se estaba formando la idea de *occidente* y que el encuentro con la otredad le sirvió a Europa para ayudar a definirse. Sabemos que la idea con la cual una sociedad se

piensa a sí misma forma parte de su identidad. En los siglos xvi y xvii comenzó un proceso, a veces lento y a veces no tanto, por el cual una idea se impuso por sobre otras en la formación de la identidad de la sociedad europea. Estamos hablando de la representación de Occidente. Así lo define Michel-Rolph Trouillot (1995):

Occidente fue creado en algún momento a principios del siglo xvi, en medio de una ola mundial de transformaciones materiales y simbólicas. La expulsión definitiva de los musulmanes de Europa, los llamados viajes de exploración, los primeros desarrollos del colonialismo mercantil y la maduración del estado absolutista, sentaron las bases para que los gobernantes y los comerciantes de la Cristiandad Occidental conquistaran Europa y el resto del mundo.

Estos acontecimientos políticos fueron paralelos al surgimiento de un nuevo orden simbólico. La invención de América (con Waldseemüller, Vesputio y Balboa), la simultánea invención de Europa [...], la occidentalización del Cristianismo y la invención de un pasado greco-romano para la Europa Occidental, fueron todos parte del proceso en el cual Europa se convirtió en Occidente (p. 107).

Es preciso aclarar que si bien el ritmo de nuestro análisis es marcado por las sociedades europeas de la época (más precisamente por España y Portugal primero, y por Inglaterra y Holanda después), lo cierto es que abarca un sector geográfico mucho más amplio y que incluye elementos culturales de múltiples sociedades además de la europea: estamos hablando del océano Atlántico. El Atlántico para nosotros tiene un significado mucho mayor que el de simple masa de agua en movimiento.⁴ Lo entendemos como un ámbito donde confluyen muchas y diversas culturas, se mezclan, se cambian y se adaptan. Un lugar de definiciones inciertas (al menos en los siglos xvi y xvii), tanto geográficas como ideológicas. Un lugar, sobre todo, inmenso.

Y es en esta inmensidad donde nos encontramos con el barco. Nuestro concepto de embarcación va de la mano de lo que entendemos como océano Atlántico. Concebimos el barco como más que un simple vehículo. Refiriéndose al barco como una manera de organizar la producción en el siglo xvii, Peter Linebaugh y Marcus Rediker (2005) dicen: «El barco, cuyo medio de acción lo convirtió en algo universal y sui géneris, constituyó un marco en el que cooperaba un gran número de trabajadores para realizar tareas complejas y sincronizadas bajo una disciplina jerárquica [...]» (p. 176).

Por las características intrínsecas que tiene, su necesidad de trabajo coordinado y duro, por las razones económicas que dieron lugar a la diversidad de una tripulación de origen diverso, el barco es la concreción material de todo lo que significa el océano Atlántico. Si la *Mar Océana* era para los marineros de los siglos xvi y xvii una confusa masa de

imaginarios, en donde la ficción cobraba vida y se mezclaba con la realidad, el lugar donde la superstición era tan real como la naturaleza, entonces el barco era el medio concreto para explorarla. Y como tal, el barco también era el ámbito concreto donde se mezclaban diversas culturas y confluyen entre sí.

La época del descubrimiento

Es importante saber qué significó para Europa el descubrimiento del océano Atlántico. Utilizamos este concepto adrede, acompañando la idea de Parry (1989) que dice que Europa, al lanzarse al mar, descubrió que el mundo estaba unido por el agua.

El conocimiento de que existían pasos marítimos continuos de un océano a otro en todo el mundo (me refiero al conocimiento comprobado y no a las hipótesis geográficas), fue fruto del período de un siglo y pico durante el cual los europeos exploraron los mares y que en los libros de historia suele aparecer con el título de la «edad de los grandes descubrimientos» (Parry, 1989, p. 54).

Creemos que la idea de *descubrimiento* del mar introducida por el autor británico puede ser utilizada aún como un concepto útil para el análisis histórico. Porque si bien, como dijimos más arriba, el proceso de descubrimiento es consecuencia de exploraciones previas, el avance decisivo de Europa sobre el Atlántico en el siglo xvi cambia la concepción de mar, de océano.

Carlos Alberto González Sánchez (2014), hablando sobre la escritura y los descubrimientos oceánicos, complementa esta idea:

Navegantes y conquistadores, héroes renacentistas frente a lo imprevisto del destino y de confines abiertos e inabarcables, aun desplegando rasgos épicos y guerreros medievales, eligen desempeñar un papel polifacético —encontrar, dominar, experimentar en la aventura del viaje oceánico, una hazaña que posibilita el conocimiento y la construcción de una diversa y diferente realidad (p. 202).

Entonces, aquel que tuviera un barco tenía la oportunidad de llegar al resto del mundo. Mundo que, además, había que descubrir y definir.

Europa, de la mano de España y de Portugal, dedicó todo el siglo xvi a esta monstruosa tarea y llenó el Atlántico de barcos para la exploración. Una exploración, dice Parry (1989), con un objetivo concreto y bien pragmático: el establecimiento de nuevas rutas comerciales. El autor inglés va a hacer especial énfasis en esta cuestión. Al hablar de los hombres del siglo xv, dice:

Eran hombres prácticos, igual que los gobernantes y los inversionistas que financiaban sus viajes, y sus objetivos también eran prácticos: principalmente establecer contactos con países no europeos concretos, países cuya existencia era conocida, países de cultura avanzada e importancia comercial, países cuyos gobernantes podían recabarse alianza y apoyo políticos (Parry, 1989, p. 47).

Así, la exploración del siglo xvi fue una exploración comercial. El descubrimiento fue un descubrimiento con fines económicos. Pero esto no quiere decir que podamos descartar otras razones, morales o sociales. Quien arma una expedición está haciendo una inversión con el fin de ganar, pero no nos tenemos que olvidar de que, en esta época, el mundo respondía aún a lógicas distintas al actual. Era un mundo de ecos medievales y existían fuertes raíces religiosas e identidades regionales que derivaban en búsquedas de reconocimiento.

La reconquista, por ejemplo, recién finalizada, estaba presente en las mentes de los españoles del 1500. La idea de triunfo cristiano, de triunfo *occidental*, comenzaba a gestarse y se proyectaba hacia el Atlántico.

Pensando en la construcción de la memoria (popular o académica, más o menos normativizada), y para hablar del papel fundamental de la imprenta en la creación de un recuerdo colectivo del siglo xvi español, María Portuondo (2009) cuestiona lo que *se ha esfumado de la memoria*. La autora pone en tensión el culto a los santos, los relatos míticos y de construcción de una identidad española —al remarcar la creación de instituciones para analizar y para utilizar información sobre nuevos territorios y recursos—, las discusiones sobre nuevas cosmografías y concepciones del mundo que no se hicieron públicas. Estos conocimientos, por supuesto, transforman cómo la sociedad ibérica entiende el mar (Portuondo, 2009).

En nuestro análisis llamaremos a este período, comprendido por todo el siglo xvi y la primera mitad del siglo xvii, la *época del descubrimiento*. Un descubrimiento comercial, sí, pero atravesado por ejes morales y sociales que posibilitaron el surgimiento de una nueva figura: el marinero explorador.

El marinero como aventurero

Isabel I de Castilla no recibió el título de «la Católica» por nada. La bula papal de Alejandro VI que le otorgaba el nombre a ella y a su esposo,⁵ Fernando, fue dictada en 1496, cuatro años después del fin de la Reconquista. La unión de los reinos ibéricos bajo una misma corona se dio, desde su misma gestación, como un proceso católico. Era el estandarte de la cruz el que se levantaba en contra de los moros y su triunfo definitivo marcó, junto con una personalidad fuerte y a una gran astucia, el accionar político de Isabel.

Pero hay más: una vez que unieron políticamente a los reinos que formaron España, la corona necesitó controlar a la Iglesia, que no era, en ningún aspecto, una institución menor:

Al doblegar a la aristocracia, al instalar a sus propios funcionarios en las ciudades y al transformar el sistema judicial, Fernando e Isabel habían llegado muy lejos en la empresa de asegurar la supremacía de la Corona en Castilla. Pero el control de las instituciones seculares no bastaba. No podrían ser dueños absolutos de su propio país hasta que no hubiesen colocado bajo el control real a la inmensamente poderosa Iglesia española (Elliot, 1972, p. 102).

El catolicismo de la corona, entonces, no fue una simple cesión política. Fue el resultado de un enfrentamiento más o menos directo con el papado y que derivó de un acercamiento entre ambas instituciones. Para Isabel, la fe marcaba su accionar, formaba parte de su esencia, de su mentalidad. Este sentimiento, que bien podríamos definir como sentido mesiánico, alentado por el Papa, por la Reconquista y por la Inquisición, iba a configurar el armado de los viajes por el Atlántico en el siglo XVI. Pero, además, esto se vio acompañado por instituciones estatales, como la Casa de Contratación y el Consejo de Indias, que apoyaban y potenciaban la construcción de una mentalidad exploratoria.

Amdt Brendecke (2012) analiza «la relación entre el uso del saber y el dominio colonial» (p. 19) y la creación de la Casa de Contratación y el Consejo de Indias, y les da una nueva dimensión: al administrar la cuestión de la cartografía y la navegación (entre otras), mantiene una estructura de conocimiento que reproducen lógicas de dominación y que «se desarrollaron en la expansión y la colonia» (p. 19).

Serge Gruzinski (2010) sostiene que se crearon conexiones culturales entre distintos continentes a partir de varios factores, y que uno de esos factores esenciales fueron los hombres. Escritores de diversas índoles; católicos y laicos; oficiales y civiles; colonizadores, originarios o mestizos, que escribían oficial o extraoficialmente y que expresaban y sostenían lazos a lo largo del planeta que permitían el dominio de la monarquía católica.

En este marco, existían dos elementos que estructuraban la mentalidad de los marineros, y los que impulsaban a hacerse a la mar: la razón moral y la exploración. Ambos elementos convivían, con una razón práctica: la búsqueda de nuevas rutas comerciales.

González Sánchez (2014) nos ayuda a entender la multidimensionalidad del navegante y habla de curiosidad, de gloria y de experiencia que se contagia:

La curiosidad, las ansias de cosas diferentes, ventura y gloria duradera, junto a los deseos de poner en fuga la trivialidad cotidiana, son los fundamentos prioritarios del homo viator renacentista. La experiencia de unos, los primigenios, contagia a otros. Muchos, a la vuelta de unas jornadas propias de encantamientos y hechizos, contaron lo que vieron; pero se dieron cuenta que la palabra es huidiza y manipulable, no fija ni guarda nada en la memoria ajena, se pierde, normalmente desvirtuada, en el eco de la eternidad (p. 197).

La razón moral, impulsada además desde la corona, se componía de la relación entre un sentimiento de pertenencia a una nación, a Europa y/o a Occidente, y la cuestión religiosa que, como dijimos más arriba, no eran instituciones muy separadas en la España del siglo XVI.

La fortuna, según la visión de los contemporáneos, una especie de fuerza sagrada y universal, una búsqueda y una causa, un catalizador y una excusa, les sonreía:

[...] para conseguir renombre, dignidad y fama, no valga más la virtud que la fortuna [...]. Las leyes, los virtuosos principios, los prudentes consejos, los hechos fuertes y constantes, el amor a la patria, la fe, la diligencia, las prácticas castigadísimas o elogiadísimas de los ciudadanos, siempre pudieron, o bien sin fortuna ganar y adquirir fama, o bien con fortuna extenderse mucho y alcanzar la gloria, y ellos mismos conseguir gran valor para la posteridad y la inmortalidad (Alberti, [c. 1440] 1986, p. 79).

Para un hombre de fines del siglo XV, la fama, el renombre y la dignidad aparecían como virtudes brindadas por la fortuna y dispuestas en una bandeja, o mejor dicho, una cubierta de alguna embarcación, listas para ser tomadas. Es decir, la fortuna era causa y consecuencia de las acciones humanas.

Tus casos fallaçes, Fortuna, cantamos,
estados de gentes que giras e trocas;
tus grandes discordias, tus firmezas pocas,
Y los qu' en tu rueda quexosos fallamos
[sic] (Mena, [1496] 1996, p. 55).

La lealtad a una patria católica, occidental, y la idea de llevar esas ideas occidentales más allá del mar, podían ser un motor poderoso para un armador de barcos; con certeza sí lo eran para los reyes católicos. Este motor era el impulso necesario para soportar las vicisitudes de un océano desconocido que llevaba a lugares inciertos. La búsqueda de un triunfo moral era, entonces, uno de los motivos para hacerse a la mar. Pero para que existiera ese triunfo moral debía existir un *otro* amoral; personas que antagonizaban los ejes de lo que se creía bueno, aceptable. Peter Burke (2005) nos ayuda a entender esta

idea. Hablando de las formas habituales de reacción de un grupo frente a otra cultura. En este sentido, dice lo siguiente sobre una de ellas:

Consiste en la invención consciente o inconsciente de otra cultura opuesta a la propia. De ese modo, convertimos en «otros» a nuestros congéneres. Así, por ejemplo, la Canción de Roldán describía al Islam como una invención diabólica del cristianismo, y presentaba una imagen de los musulmanes como adoradores de una trinidad infernal, compuesta por Apolo, Mahoma y cierto «Termagante» (Burke, 2005, p. 156).

Los moros fueron el gran antagonista en la península ibérica hasta fines del siglo xv, los *infieles* a los que había que derrotar para que triunfara la moral. Y cuando los moros fueron derrotados, ya no existieron más como antagonistas. Con la victoria, los reinos ibéricos necesitaron encontrar otro *adversario* amoral. Fue entonces cuando Europa *descubrió* el mar.

La idea de exploración complementa este triunfo moral. La necesidad económica obligaba a Europa a mirar hacia el mar. Necesidad que se sumó a los avances técnicos en la construcción de barcos y en los modos de navegación: el encuentro de la tradición marinera de Europa del Norte con las formas de navegación del Mediterráneo y las influencias árabes daban lugar a avances como el compás magnético, la medición del tiempo con las estrellas, el uso de cartas náuticas, tablas o instrucciones de navegación.

Pero la geografía con la que contaba Europa en esta época estaba basada en una extraña mezcla entre estudios empíricos y conjeturas míticas. Existía la idea de que la Tierra era tripartita y estaba rodeada de un océano único, lleno de islas, idea que nadie había refutado. Con estas condiciones, la navegación en el Atlántico era un asunto de audacia: como referencia se tenían rumores de fuentes tan diversas como la experiencia de algún viajero, antiguos diarios de viajes o, cómo no, la Biblia.

El marinero, entonces, se constituía como explorador. Si bien esto fue cambiando conforme avanzaba el siglo xvi, y para el siglo xvii el Atlántico estaba, con mayor o menor exactitud, cartografiado, nos encontramos con un significativo intento por descubrir nuevas tierras en los armadores de embarcaciones. La corona impulsaba estos viajes porque el cartografiado progresivo de un mundo que estaba a medio conocer llevaba, además, a completar una cosmografía oficial, al servicio del Rey y con la gracia de Cristo.

Se constituían, entonces, dos grandes tendencias, además de la comercial, para hacerse a la mar: el triunfo moral y la exploración. Es por eso que a esta *época de los descubrimientos* le coincide una concepción de *marinero como aventurero*.

Quizás el más icónico personaje histórico que demuestre al *marinero como aventurero* sea Cristóbal Colón. Hijo de un artesano genovés, Colón recibió una educación más bien informal, pero le bastó para leer algunos diarios de viajes, entre ellos el de Marco Polo, y desarrollar un convencimiento absoluto de un destino magnánimo.

Era muy aficionado a las profecías. Una apostilla escrita por su hijo Hernando le asocia con un pasaje profético de la Medea de Séneca: «Llegará un día después de mucho tiempo, en el que el océano romperá la cadena de las cosas, y una gran tierra nos será regalada cuando Tifis descubrirá nuevos mundos y Tule ya no será la última». Nada ilustra mejor que este famoso pasaje el espíritu con que Colón abordaba a sus posibles patrocinadores durante los diez años y pico que precedían a 1492 (Parry, 1989, p. 253).

Así, Colón [1492] (1968) se construía a sí mismo como una conjunción de cuestiones proféticas, deseos de exploración y pragmatismo:

[...] vuestras altezas, como católicos cristianos y príncipes amadores de la santa fe cristiana y acrecentadores de ella e enemigos de la secta de Mahoma y de todas idolatrías y heregías, pensaron de embiarme a mí, Cristóbal Colón, a las dichas partidas de India para ver los dichos príncipes, y los pueblos y las tierras y la disposición de ellas y de todo y la manera que se pudiera tener para la conversión de ellas a nuestra santa fe. Y ordenaron que yo no fuese por tierra al Oriente, por donde se costumbra de andar, salvo por el camino de Occidente, por donde hasta oy no sabemos por cierta fe que aya pasado nadie [sic] (p. 25).

Con esa imagen de sí mismo, se entrevistó primero con la corona portuguesa y luego con Isabel la Católica. Y a fuerza de voluntad y elocuencia, obtuvo el permiso real, además de una flota, para lanzarse al mar y explorarlo.

Conclusiones

El Atlántico es un espacio inmenso, de apariencia infinita, que desde su descubrimiento fue configurado y reconfigurado en múltiples ocasiones. En lo que le tocó al siglo *xvi* y primera parte del *xvii*, el océano se presentaba como un inmenso y desconocido lugar que escondía otros mundos y que posibilita la configuración del marinero como explorador. Se creó, también, a lo largo de este siglo y medio, una cultura atlántica, que tenía orígenes europeos, africanos y americanos. Como toda cultura, tenía un lenguaje, una serie de tradiciones, códigos y formas de actuar determinadas. El barco era la determinación de esta cultura, el lugar concreto dónde se podían observar las relaciones humanas.

A partir de las Leyes de Navegación sancionadas por Inglaterra a mediados del siglo XVII, se cambió la configuración del espacio atlántico. Ahora, el océano se piensa solo como una conjunción de rutas comerciales, listas para atravesar, recorrer o robar. Existe ahora una fuerte regulación de las actividades náuticas, una imposición de un estado que busca allanar el camino para sus compañías comerciales. Holanda e Inglaterra ocupan el lugar que antes ocupaban las coronas española y portuguesa, pero las lógicas pasan de ser públicas a ser privadas. El barco, en esta nueva época de comercio, es una factoría en movimiento. Un ámbito de comercio, una herramienta de distribución de mercancías y de capital. La cultura atlántica cambia, los códigos son otros y las experiencias también.

Este análisis solo fue una primera aproximación para comenzar a pensar la mentalidad de los sujetos en el mar en los siglos XVI y XVII. No pretendemos saldar grandes discusiones ni sacar conclusiones terminantes y definitivas, sino, por el contrario, abrir nuevos interrogantes que ayuden a construir las experiencias atlánticas.

Queda por ver qué tipo de divisiones sociales (de clase, de estatus, por nombrar algunas) se trasladan al barco y qué repercusiones tienen para las lógicas de cada época; además de analizar los cambios materiales de las embarcaciones a lo largo de estos años, que afectarán el modo en que se navega y el modo en que se piensan los que navegan.

Armar una comprensión del atlántico como espacio cultural nos permitirá, de a poco, configurar un perfil de los hombres de mar y, por lo tanto, comprender las razones que movilizaban a estos hombres cuando asumían el enorme riesgo de intentar dominar las aguas de un océano que parecía no tener fin.

Referencias

Alberti, L. B. [c. 1440] (1986). *I libri della famiglia* [El libro de la familia]. Barcelona, España: Ariel.

Brendecke, A. (2012). *Imperio e información: funciones del saber en el dominio colonial español*. Frankfurt, Alemania: Iberoamericana.

Burke, P. (2005). *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona, España: Crítica.

Colón, C. [1492] (1968). *Diario de Colón*. Madrid, España: Cultura Hispánica.

de Sousa Santos, B. (2009). *Una epistemología del Sur*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Elliot, J. H. (1972). *La España Imperial: 1469-1716*. Barcelona, España: Vicens-Vives.

Fernández-Armesto, F. (2001). *Civilizations: culture, ambition, and the transformation of nature* [Civilizaciones: cultura, ambición y la transformación de la naturaleza]. Nueva York, Estados Unidos: Simon and Schuster.

González Sánchez, C. A. (2014). Abismos de la memoria: escritura y descubrimientos oceánicos. Una aproximación metodológica. *História Unisinos*, 18(2).

Gruzinski, S. (2010). *Las cuatro partes del mundo: Historia de una mundialización*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Linebaugh, P. y Rediker, M. (2005). *La hidra de la revolución: Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*. Barcelona, España: Crítica.

Mena, J. [1496] (1996). *Laberinto de Fortuna*. Madrid, España: Cátedra.

Parry, J. H. (1989). *El descubrimiento del mar*. Barcelona, España: Crítica.

Portuondo, M. M. (2009). *Secret science: Spanish cosmography and the new world* [Ciencia Secreta: la cosmografía española y el nuevo mundo]. Chicago, Estados Unidos: University of Chicago Press.

Pratt, M. L. (2011). *Ojos Imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Soler, I. (2003). *El nudo y la esfera: el navegante como artífice del mundo moderno*. Barcelona, España: El Acanalado.

Trouillot, M. R. (1995). An Unthinkable History. The Haitian Revolution as a Non-event. En *Silencing the Past. Power and the Production of History* [Una historia impensable. La revolución haitiana como un no-acontecimiento. En Silenciando el pasado. Poder y Producción de la Historia] (Trad. Correa, E.) (pp. 70-107). Boston, Estados Unidos: Beacon Press.

Notas

1• Las por entonces repúblicas de Génova y Venecia hoy forman parte de Italia. Flandes (o países flamencos o Bajos) es una región que en la actualidad pertenece en parte a Bélgica, otra a Holanda, a Luxemburgo y a Francia [N. de C.].

2• Si bien el presente trabajo establece el siglo XVI como inicio de un proceso de exploraciones, es de vital importancia recordar que este se nutre de diversas experiencias previas y como resultado de ellas. En este marco, debemos recalcar el gran trabajo de exploración llevado a cabo por los portugueses, pioneros en la exploración oceánica. Isabel Soler trabaja estos temas en *El nudo y la esfera* (2003), donde, además, hace un aporte invaluable a la cuestión de la creación de una mentalidad moderna a través de los navegantes.

3• «Overwhelmingly, Europe's Atlantic-side peoples are classifiable today, in the light of their modern history, as maritime peoples. The Atlantic provided them with vocations as fishers, seafarers, and regional traders, and, once navigational technology permitted, with highways of seaborne migration and empire-building. Yet the unexplained paradox of Western European history is that the call of the sea was unheard for centuries, even millennia. When they reached the sea, most of these peoples were stuck there, as if pinioned by the prevailing westerlies that blow onto all their shores. Coastwise shipping kept their communities in touch with one another; pelagic hermits contributed to the mystique of the sea; and some places developed deep-sea fisheries at unrecorded dates. But except in Scandinavia, the achievements of civilization in north-west Europe owed little or nothing to the maritime horizon until what we think of as the late Middle Ages» (Fernández-Armesto, 2001, p. 312). Traducción del autor del artículo.

4• La Real Academia Española no tiene una definición para océano Atlántico, pero define *océano* como 'grande y dilatado mar que cubre la mayor parte de la superficie terrestre' y mar como 'masa de agua salada que cubre la mayor parte de la superficie de la Tierra'.

5• Se trata de Rodrigo Borja o Borgia, Papa español.

EL VAIVÉN DE LA HISTORIA

Apuntes sobre las revoluciones burguesas

Agustina Quiroga

Resumen

En las páginas que componen este capítulo se presentan algunas reflexiones en torno a las conocidas revoluciones burguesas tan estudiadas en la historia, con la intención de realizar una contribución para quienes están conociendo dichas revoluciones, procurando pensarlas desde nuestro presente. Se introducen los principales debates ideológicos en torno a la organización política para la naciente economía capitalista. Asimismo, se aborda la tensión —aún vigente— entre liberalismo e igualdad, y se piensan aquellas revoluciones liberales desde la actualidad para comprender nuestra realidad social.

«El Historiador y los hechos de la historia se son mutuamente necesarios. Sin sus hechos, el historiador carece de raíces y es huero; y los hechos, sin el historiador, muertos y faltos de sentido. Mi primera contestación a la pregunta de qué es la Historia, será pues la siguiente: un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado.»
Edward Carr (1983)

El trazado de una línea de tiempo, recta y continua, es un hecho frecuente cuando nos encontramos ante un análisis o alguna clase de historia. Cada tanto, sobre aquella recta, se señalan fechas como puntos resaltados. Sin embargo, a pesar de que ponemos en práctica una y otra vez el dibujo de estas conocidas líneas, sean de tiempo corto o de tiempo largo, sabemos que la historia es más bien esquiva a dicha linealidad. Los procesos históricos no suceden de forma ordenada, son contradictorios, no es sencillo definir un inicio ni un final y, a su vez, muchas veces condensan en su interior diversidades y gérmenes de otros tantos procesos. Si se comprende, entonces, que la historia no es una sumatoria ordenada de hechos, se comparte que la modernidad no nace de un año a otro. En estas páginas se comparten algunas reflexiones que nacieron en el marco de las clases de Historia Social General para estudiantes de primer año de la Facultad de Artes (FDA) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). La intención es la de poder realizar un aporte para quienes están conociendo las llamadas «revoluciones burguesas», procurando pensarlas desde nuestro presente contextualizado, es decir, desde América Latina.

Durante la conocida *doble revolución burguesa* convivieron nobles con burgueses, campesinos y siervos junto con el proletariado en formación. Las identificaciones de clase se sucedieron de forma paulatina, tal fue así que muchos burgueses del siglo XVIII fueron asimilados a las clases altas y pasaron a ser considerados *gentlemen*. Si bien las clases sociales se definen según las funciones en la estructura económica, no podemos dejar de lado, si queremos comprender la complejidad de lo social, los aspectos simbólicos y culturales que se manifiestan. En otras palabras, el estatus y la búsqueda de distinción tienen su peso. Por lo tanto, y recuperando los aportes de Max Weber [1922] (2002), quienes gozan de un prestigio social particular, hábitos y prácticas comparten un estatus social.

El nuevo modo de producción, a medida que fue desarrollándose, fue gestando el espíritu revolucionario burgués. En pocos años se dio el pasaje de una burguesía contenida dentro de las estructuras de un estado absolutista a una burguesía que, como clase, necesitó desordenar lo que era entonces hegemónico para dar lugar a formas de gobierno que sean compatibles a sus búsquedas e intereses. Los aportes de la filosofía occidental

del siglo xvii y xviii escoltaron las oleadas revolucionarias. Juan Carlos Portantiero (1977) explica que Nicolás Maquiavelo (1469-1527) fue el precursor de la nueva teoría del estado laico, que dejaba a un lado las explicaciones teológicas.

Lo que podríamos llamar ciencia política, esto es, teoría del gobierno y de las relaciones entre el gobierno y la sociedad, es el primer campo secularizado del saber que habrá de irse constituyendo dentro del orden más vasto de las ciencias sociales (Portantiero, 1997, p. 7).

La sociedad fue entendida como una construcción social, no como un hecho natural, puesto que es el hombre quien la crea y la organiza. La novedad que se introdujo fue la idea de que la soberanía residía en el pueblo, lo que llevó a los debates en torno de las formas de representación. Tal como Norberto Bobbio (2008) afirma, por primera vez el problema del estado se miraba desde los súbditos y no desde quien gobernaba. Podemos afirmar que esto era revolucionario.

Por su parte, los ingleses Thomas Hobbes (1588-1679) y John Locke (1632-1704), y el suizo Jean Jacques Rousseau (1712-1778) construyeron la figura del contrato social que hizo posible la fundación de la sociedad que permitiera salir del llamado «estado de naturaleza». En la teoría de Hobbes, los hombres enajenan su soberanía a un monarca a cambio de la protección que garantice el derecho a la vida; esto da la fundamentación teórica del absolutismo. En cambio, el contractualismo de Locke, fundador del liberalismo político, hace hincapié en el problema de los límites de la autoridad, es decir, del control que los ciudadanos deben ejercer sobre el poder político.

La diferencia central entre la época en que escribe Hobbes y la de Locke se encuentra en que en la del primero las nacientes burguesías nacionales se sentían protegidas por el Leviatán, mientras que en la época de Locke ya se creen lo suficientemente fuertes como para poseer por sí mismas el poder (Abal Medina, 2010, p. 108).¹

Para Locke [1689] (2003) el estado de naturaleza ya no es una guerra, sino que es un sitio pacífico donde existen derechos naturales que deben ser garantizados por todo soberano. Él hace foco en el derecho a la propiedad privada y en su protección.

El poder político es el derecho de dictar leyes, incluida la pena de muerte y, en consecuencia, todas las penas menores necesarias para la regulación y preservación de la propiedad, y el derecho de emplear la fuerza de la comunidad en la ejecución de tales leyes y en la defensa del Estado ante ofensas extranjeras (Locke, [1689] 2003, p. 6).

Más allá de las distinciones, la coincidencia reside en la idea de que quien gobernaba no dejaba de hacerlo por gracia divina, sino que por delegación del pueblo soberano. En el centro estaba el hombre, o mejor aún, el individuo. Y si se sometía al pueblo a un despotismo absoluto, a un gobierno que destruía los derechos a la vida y la libertad, «es su derecho, es su deber, derrocar ese gobierno» e «instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en la forma que a su juicio ofrecerá las mayores posibilidades de alcanzar su seguridad y felicidad» (Declaración de la independencia norteamericana, 1776). El protagonista soberano del siglo XVIII era el pueblo, pero... ¿quién era ese pueblo?

La burguesía y sus revoluciones

En la constitución del Estado liberal, moderno y capitalista, vemos la consolidación de la burguesía como clase dominante y como sector que se autodenominó portavoz del pueblo. Dicha clase social tuvo su marco ético-cultural-ideológico y necesitó transformar la estructura de gobierno que la limitaba en su desarrollo. De ahí sus necesarias, y bien vistas, revoluciones políticas liberales.

Durante el siglo XVIII, la clase burguesa promovía transformaciones sociales que pudieran generar un modelo de organización política coherente a sus necesidades. El clero y la nobleza eran la expresión de las clases ociosas, vivían al calor del absolutismo, de rentas, derroches y consumo de bienes suntuarios. En Gran Bretaña, la ética protestante alimentó una mirada que descalificó esas formas de vida y que promovió aquellas vinculadas a lo productivo. Max Weber (2003) la analiza en profundidad y la vincula con el espíritu capitalista.² Esta ética se incorporó a la vida de los británicos, lo que resulta una de las tantas variables que nos ayudan a comprender cómo sucedió un despegue industrial a fines del siglo XVIII. Asimismo, y en tiempo de larga duración (Braudel, 2006), la trayectoria de políticas proteccionistas que la corona británica implementó desde el siglo XIV en adelante, es un factor sumamente interesante a considerar y que no suele siempre ser contemplado.

De esta manera, Eduardo III (1312-1377) desarrolló un primer intento de industrialización al prohibir la importación de tejidos y la exportación del hilo y paño sin abatanar (primer procesamiento de la lana). Enrique VII (1457-1509) prohibió la exportación de la lana sin valor agregado y reclutó obreros especializados en los Países Bajos a fin de superar el atraso tecnológico. También Isabel I (1533-1603) continuó estas políticas y financió el desarrollo científico y tecnológico para maquinarias productivas (Gullo, 2008). Con relación a esto, Eric Hobsbawm (1982) explica:

Cuando (la elite dirigente británica) hubo de elegir entre los intereses del mero comercio (que descansaba en la libertad de importar, exportar y reexportar) y los de la industria (que reposaban en la protección del mercado interno contra productos extranjeros) prevaleció el productor doméstico (p. 30).

Semejante salto productivo puede comprenderse cuando ponemos en el centro del análisis la acumulación originaria (Marx, [1867] 1973). La conquista de América fue el hecho histórico que permitió el nacimiento europeo y su pasaje de la periferia al centro del poder mundial.

Las colonias brindaban a las nuevas manufacturas que brotaban por todas partes mercado para sus productos y una acumulación de capital intensificada gracias al régimen de monopolio. El botín conquistado fuera de Europa mediante el saqueo descarado, la esclavización y la matanza refluía a la metrópoli para convertirse aquí en capital (Marx, 1973, pp. 640-641).

Al mismo tiempo que en Europa comenzaba a gestarse la relación salarial, en América los pueblos originarios eran puestos a producir sin nada a cambio, lejos de un salario como también de la clásica protección de algún señor, como habían tenido los siervos de la gleba. A la par, mientras Occidente producía saltos tecnológicos en la producción, los americanos vieron sofocada la posibilidad de desarrollo. Ernest Mandel (1979) explica que esto se produjo por tres razones. Primero, porque la acumulación primitiva de capital absorbió los recursos locales; segundo porque concentró los recursos restantes en los sectores de «desarrollo de la dependencia» —comercio, especulación de tierras, usura, empresas de servicios—; y finalmente, debido a que consolidó a las viejas clases dirigentes en su posición en el agro. En el mercado mundial capitalista predominaron las mercancías producidas en las industrias de gran escala, pero «no universalizaron en todas partes el modo de producción de capitalista. Por el contrario, en el llamado tercer mundo crearon y consolidaron una mezcla específica de relaciones de producción capitalistas y precapitalistas» (Mandel, 1979, p. 61). El lugar que restó a los países periféricos fue el de constituir los eslabones más débiles del sistema global. Al mismo tiempo que se consolidaba la burguesía como clase hegemónica en Occidente, se obstaculizaban desarrollos productivos en las diversas colonias.

No hay que olvidar que Gran Bretaña, lejos de promover la industrialización de sus trece colonias norteamericanas, tras la Guerra de los Siete Años, implementó una serie de medidas impositivas que reforzaban el carácter de proveedoras de recursos hacia la metrópoli. Marcelo Gullo (2008) nos habla de la existencia de un veto británico a la industrialización en Norteamérica, y Vivian Trias (1975) da cuenta de la intensificación de la exportación de manufacturas y mercaderías hacia las colonias, que regula el

comercio exterior de las mismas. Sin embargo, las medidas británicas obtuvieron como respuesta una revolución y la declaración de la independencia norteamericana bajo un modelo republicano, eso sí, liberal y moderado. Estados Unidos será, años después, el modelo de revolución visualizado por los liberales de Latinoamérica, alejado del trauma haitiano (Mires, 2011).

La Revolución norteamericana fue alabada en los Estados Unidos y en otras partes del mundo sobre todo por su moderación, por su respeto hacia los derechos tradicionales y el derecho a la propiedad, y por no haberse opuesto de modo enérgico a las desigualdades de riqueza, raza y género (Bender, 2011, p. 110).

De esta forma, ante la pregunta acerca de quién expresa *el pueblo*, en el instante en que incorporamos una perspectiva global comprendemos que lo popular no radicaría por mucho tiempo en la naciente clase que conformaban *los hombres de negocios*. La misma clase media —burguesa— que fue revolucionaria en el siglo XVIII, una vez consolidada en el poder, se volverá conservadora. Promotora del progreso y la revuelta como vía para alcanzarlo en 1789, será defensora del orden en el siglo XIX. La Ilustración fue compañera de la etapa revolucionaria que resquebrajó el viejo sistema. Casi cien años después, el positivismo ayudará a poner fin a la era revolucionaria por medio de una organización social que unifique orden y progreso (Zeitlin, 2006).

¿Por qué estudiar la Revolución francesa?

Así como las líneas de tiempo son un recurso habitual en las clases de historia, el estudio de la Revolución francesa es un hecho ineludible en la historiografía contemporánea. ¿Por qué la Revolución francesa merece ser estudiada y analizada? Se suele afirmar que este hecho sociohistórico condensa en su interior los debates que atravesarán las diversas revueltas que tiñeron al siglo XVIII y XIX. Asimismo, dio el sentido moderno de revolución, refiriéndose a la «necesaria innovación de un nuevo orden, apoyado por el sentido cada vez más positivo de progreso» (Williams, 2008, p. 287).

Eric Hobsbawm (2012) explica en su conocido capítulo sobre la Revolución francesa de *La era de la revolución*:

Una y otra vez veremos a los reformistas moderados de la clase media movilizar a las masas contra la tenaz resistencia de la contrarrevolución. Veremos a las masas empujando más allá de las intenciones de los moderados por su propia revolución social, y a los moderados escindiéndose a su vez en un grupo conservador que hace causa común con los reaccionarios, y un ala izquierda decidida a proseguir adelante en sus primitivos ideales de moderación con ayuda de las masas, aun a riesgo de perder el control sobre

ellas. Y así sucesivamente [...] hasta que el grueso de la clase media se pasa al campo conservador o es derrotado por la revolución social (pp. 66-67).

Táctica y estrategia puestas en juego al calor de la revolución. Observaremos cómo la burguesía se fracciona, un sector se convierte en reacción y otro sector, progresista, necesariamente deberá establecer una alianza táctica con sectores populares. El proceso revolucionario francés que inicia en 1789 condensa en su interior, y a lo largo de los años que duró, los debates en torno a la forma de gobierno a adoptar en el nuevo modo de producción. Como François Furet (2016) explica, la historiografía francesa puso en debate 1789 y 1792. Para los liberales, la República Jacobina fue una desviación respecto al proyecto inicial, el cual aspiraba a una forma de gobierno basada en la monarquía parlamentaria al estilo británico. Para la historiografía socialista, el gobierno jacobino fue el antecedente del socialismo. «El individualismo triunfa en 1789 y 1791, pero el año II es la anticipación del reino de la fraternidad» (Furet, 2016, p. 32). Tan así que, para Luis Blanc, el jacobinismo representa el estado y la existencia de un poder al servicio de los pobres.

Las tres etapas de la revolución nos presentan las idas y vueltas en torno a la forma de la organización política que sea un buen maridaje para la economía liberal. La primera, que inicia con el llamado a los Estados Generales, pasando por el juramento de *Jeu de paume*³ y la toma de la Bastilla, logra la Constitución de 1791 y el establecimiento de una monarquía parlamentaria. El segundo momento es el republicano, que incluye el régimen del terror y comprende el período 1792 a 1794. Y finalmente, la etapa moderada termidoriana girondina, que dura hasta la llegada de Napoleón en 1799.

Como un vaivén, se pasó de un momento que tenía como horizonte el modelo inglés⁴ a una etapa Republicana, cuyo faro era el modelo norteamericano. Los republicanos necesitaron de la alianza con sectores populares⁵ para poder movilizar y ganar esa disputa. Consignas sociales se filtraron y la época del *terror* contempló reivindicaciones populares. No hay que olvidar que Maximilien Robespierre en 1794 abolió la esclavitud en las colonias francesas y apoyó la revolución de Santo Domingo, hoy Haití. Este período gestionó desde un modelo totalizante, absolutista, según Edgar Quinet, o bajo una maquinaria fundada, como explica Jules Michelet (1946), en el «manejo de una ortodoxia ideológica, la disciplina de un aparato militante centralizado, la depuración sistemática de los adversarios y de los amigos y la manipulación autoritaria de las instituciones electivas» (Furet, 2016, p. 52).

Entre disputas y tensiones, la discusión acerca de los principios y la organización de un gobierno representativo fue conducida por grupos vinculados a intereses económicos dominantes, que buscaban reglamentaciones que favorecieran la inversión y el crecimiento

económico moderno (Fontana, 1999). La contradicción fundamental entre burguesía y clase obrera tuvo que esperar hasta junio de 1848 para volverse principal. En ese año, la burguesía industrial promovió una alianza con la clase trabajadora para enfrentarse a los burgueses financieros privilegiados por el gobierno de Luis Felipe de Orleans (Marx, [1850] 1985). De esta manera, se creó un frente heterogéneo que luchó por una República. La novedad fue que en el siglo XIX, la clase trabajadora ya no era un conjunto de hombres y mujeres sin una clara identificación. Los obreros desde 1830 se asociaban en grupos en torno a asuntos políticos y contaban con periódicos propios.⁶ Si bien hay debates acerca de si existía un proletariado ya conformado como clase en 1848,⁷ se acepta que este hecho da nacimiento al movimiento obrero moderno que luchaba por su República: una de carácter social.⁸ La respuesta burguesa fue la represión y el triunfo de una República burguesa liberal.

El péndulo: la tensión entre liberalismo e igualdad

Revoluciones burguesas, revoluciones antiabsolutistas, revoluciones liberales. Si tuviéramos que pensar un concepto que caracterice a las revoluciones del siglo XVIII, seguramente seleccionaríamos el de libertad o las libertades, pues es el tema común que atraviesa a todas.

La constitución del Estado liberal es compatible con el sistema capitalista y con un formato de democracia restringida. Esta afirmación es bien descrita por Norberto Bobbio (2008) quien nos presenta los dos significados preponderantes que tiene la democracia: la formal y la sustancial. En otras palabras, como gobierno del pueblo y como gobierno para el pueblo. El autor analiza las raíces conceptuales de la democracia y del liberalismo: la igualdad y la libertad, justamente dos valores antitéticos que no pueden realizarse sin limitar el otro.

Liberalismo e igualitarismo tienen sus raíces en concepciones del hombre y de la sociedad profundamente diferentes: individualista, conflictiva y pluralista la liberal; totalizante, armónica y monista la igualitaria. Para el liberal el fin principal es el desarrollo de la personalidad individual, aunque el desarrollo de la personalidad más rica y dotada puede ir en detrimento de la expansión de la personalidad más pobre y menos dotada; para el igualitario el fin principal es el desarrollo de la comunidad en su conjunto, aun a costa de disminuir la esfera de la libertad de los individuos (Bobbio, 2008, p. 41).

Esta tensión se resuelve solo cuando la igualdad, que convive con el liberalismo, es formal. La Primavera de los Pueblos, como también la Comuna de París en 1871, pusieron justamente esto en discusión. La clase trabajadora soñará y luchará por una República de carácter social y establecerá en el escenario la contradicción entre República liberal

burguesa y República social-popular. Es justamente en este debate en el que seguimos atrapados en la actualidad.

François Dubet (2011) retoma esta misma discusión pero a través de otras categorías conceptuales. El autor francés hace mención al debate entre la igualdad de posiciones y la igualdad de oportunidades.

Declarando que «todos los hombres nacen libres e iguales», la Revolución francesa ha abierto una contradicción decisiva entre la afirmación de la igualdad fundamental de todos y las inequidades sociales reales, las que dividen a los individuos según los ingresos, las condiciones de vida y la seguridad (Dubet, 2011, p. 17).

Es así que la igualdad de oportunidades consiste en ofrecer la posibilidad de ocupar las mejores posiciones para todos, pero a partir de un principio meritocrático, mientras que la igualdad de posiciones pretende hacer que las distintas posiciones estén en la estructura social más próximas las unas de las otras y se igualen los puntos de llegada. Pensándolo desde Latinoamérica, la noción de justicia social se halla en profundo diálogo con esto.

Desde aquel año en que Marx y Engels escribieron el *Manifiesto Comunista* hasta estos días, la tensión entre liberalismo e igualdad se ha evidenciado. La historia ha ido expresando momentos en los que la balanza se inclinó hacia uno de estos conceptos. Los estados interventores, las experiencias de gobiernos nacionales-populares, e incluso las políticas del Welfare State, fueron parte de una tendencia. Tiempo después, las respuestas neoliberales hicieron foco en el otro extremo. Esta tesitura se mueve como un péndulo a lo largo de la historia y cuando pareciera que se para en uno de estos extremos, al tiempo, a veces más rápido y otras menos, vuelve a moverse. Pero dicha oscilación no se produce automáticamente, sino que son los proyectos populares los que empujan, a través de su organización, hasta llegar —en ciertos momentos— a plasmar en el Estado sus políticas sociales. Como señala Immanuel Wallerstein (2007), el sistema-mundo moderno tuvo que hacer uso de la fuerza para expandir sus fronteras y controlar poblaciones; sin embargo «ni la fuerza superior ni la fuerza aplastante fueron nunca suficientes para implantar una dominación duradera» (p. 92).

Cada oportunidad histórica despierta la esperanza de los menos favorecidos y pretende resolver aquella tensión hacia el lado de la igualdad sustancial. Pensar las revoluciones liberales desde la actualidad, ese diálogo entre el presente y el pasado que señala Edward Carr (1983), seguramente aporte a comprender nuestra posición en el mundo y en la historia.

Referencias

Abal Medina, J. M. (2010). Manual de ciencia política. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Bender, T. (2011). *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Bobbio, N. (2008). *Liberalismo y democracia*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Braudel, F. (2006). La larga duración. *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, (5). Recuperado de <https://revistas.uam.es/index.php/relacionesinternacionales/article/view/4867/5336>

Carr, E. (1983). *¿Qué es la historia?* Barcelona, España: Ariel.

Declaración de la Independencia de Estados Unidos (1776).

Dubet, F. (2011). *Repensar la justicia social*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Fontana, J. (1999). *Introducción al estudio de la historia*. Barcelona, España: Crítica.

Furet, F. (2016). *La revolución francesa en debate*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Gullo, M. (2008). *La insubordinación fundante. Breve historia de la construcción del poder de las naciones*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Hobsbawm, E. (1982). *Industria e imperio. Una Historia Económica de Gran Bretaña desde 1750*. Barcelona, España: Ariel.

Hobsbawm, E. (2012). *La era de la revolución (189-1848), La era del capital (1848-1875), La era del imperio (1875-1914)*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Crítica.

Locke, J. (2003). *Segundo ensayo sobre el gobierno civil*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Losada.

Mandel, E. (1979). *El capitalismo tardío*. Ciudad de México, México: Era.

Marx, K. (1973). *El capital. Crítica de la economía política*. Vol. 1. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Marx, K. (1985). *Las luchas de clases en Francia de 1848-1850*. Barcelona, España: Planeta-Agostini.

Michelet, J. (1946). *Historia de la revolución francesa*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Argonauta.

Mires, F. (2011). *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Portantiero, J. C. (1997). *La sociología clásica: Durkheim y Weber*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Editores de América Latina.

Rudé, G. (1971). *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Tocqueville, A. de (2016). *Recuerdos de la Revolución de 1848*. Madrid, España: Trotta.

Trias, V. (1975). *Historia del imperialismo norteamericano*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Peña Lillo Editor.

Wallerstein, I. (2007). *Universalismo europeo. El discurso del poder*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Weber, M. (2003). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Weber, M. (2002). *Economía y sociedad*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Williams, R. (2008). *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

Zeitlin, I. (2006). *Ideología y teoría sociológica*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Notas

1• El *Leviatán*, como generalmente se conoce a la obra más famosa de Hobbes (*Leviathan, or The Matter, Forme and Power of a Common-Wealth Ecclesiasticall and Civil*) alude al a un monstruo del relato bíblico así llamado, que poseía un enorme poder y que el filósofo inglés usa como metáfora del Estado absolutista.

2• El sociólogo nos presenta algunas de las prácticas promulgadas por el ascetismo y, para ello, retoma algunos principios que profesa Baxter: «Si hay algo en verdad censurable para la moral es la satisfacción del descanso en la riqueza [...]. Desperdiciar el tiempo en la vida social, propalando murmuraciones, en la opulencia, inclusive entregándose al sueño por más tiempo del que requiere la salud corporal [...] es del todo reprochable en cuanto a lo moral» (Weber, 2003, p. 172-173).

3• El juramento de *Jeu de paume* (juego de pelota) es el compromiso del 20 de junio de 1789 en el que los diputados del tercer estado juran no separarse hasta lograr una Constitución para Francia.

4• Luego de la revolución de 1688 en Gran Bretaña se terminó con la monarquía absolutista y se instauró el parlamento, dando lugar a una monarquía limitada.

5• Los *sans-culottes* pertenecían a los sectores populares, no privilegiados, compuestos por artistas, artesanos, operarios, trabajadores e, incluso, pequeños comerciantes. No eran un sector uniforme, sino heterogéneo.

6• George Rudé (1971) explica que los primeros periódicos de los obreros fueron el *Journal des Ouvriers*, el *Artisan* y *Le Peuple*, y aparecieron en septiembre de 1830.

7• Para ampliar ver Marx (1985), Hobsbawm (2012), Rudé (1971), Tocqueville (2016).

8• Los objetivos de los insurrectos de junio fueron restablecer los talleres nacionales y disolver la asamblea que los había cerrado. Se incorporaron otros reclamos en las barricadas: «Organización del trabajo por asociación», «abolición de la explotación del hombre por el hombre», «respetar la propiedad privada, muerte a los ladrones», «trabajo y pan, o muerte», «la República democrática y social» (Rudé, 1971, p. 178).

EL IMPERIALISMO

Nociones generales para pensar su impacto a través del tiempo

Lorena Vergani y Pilar Labayen

Resumen

La expansión colonial ha sido central a lo largo de la historia mundial y ha alcanzado su máxima expresión hacia finales del siglo XIX, momento en el cual los centros de poder capitalistas se lanzaron a una carrera imperialista como consecuencia de la incorporación de nuevas potencias al proceso de industrialización, que más tarde conduciría al estallido de la Primera Guerra Mundial. Este capítulo aborda las características específicas de la *era imperialista*, sus consecuencias y su impacto en la Argentina.

Si bien a la hora de hablar del imperialismo podríamos remitirnos a la Antigüedad, en la historiografía se suele ubicar la Era del Imperialismo en el período transcurrido desde finales del siglo xix hasta comienzos del siglo xx. Autores como Susana Bianchi (2013), por poner un caso, lo ubican entre 1875 y 1914. Pero ¿qué fue lo específico de este período que lo ha diferenciado de momentos precedentes? La Era del Imperialismo se caracterizó por ser el gran momento en el cual las potencias capitalistas aspiraron a imponer su supremacía económica y militar en todo el mundo.

Por esos años, en un análisis temprano, Vladimir Lenin [1916] (2008) sostenía que ya no quedaba ningún rincón del globo sin dueño. Esto supuso un problema, ya que el reparto de tierra había sido desigual y varios países desfavorecidos pretendían recuperar el tiempo perdido. A las antiguas potencias coloniales, España, Portugal, Inglaterra y Francia, se añadieron nuevos centros de poder que, al incorporarse a la ola de industrialización, se encontraron en condiciones de disputar el control del mundo con el fin último de alcanzar posiciones hegemónicas y prestigio internacional.

El surgimiento de nuevas potencias alteró las relaciones de fuerza de los principales Estados. Al ampliarse el sector industrial era primordial el dominio de un mayor número de territorios para satisfacer fines principalmente económicos. De esta manera, se profundizó la brecha entre países centrales y periféricos, hegemónicos y dependientes y productores industriales o de materias primas, ya que el desarrollo del mercado global influyó en el rumbo de cada una de las naciones.

En las próximas páginas se abordarán algunas nociones generales del Imperialismo a partir de dos momentos: la crisis de 1873, llamada la Gran Depresión, y la *belle époque*, etapa de prosperidad previa al comienzo de la Primera Guerra Mundial. En los párrafos finales se hará una breve referencia al impacto del contexto imperialista en el caso argentino, seguido de algunas reflexiones a modo de cierre.

La Gran Depresión

La depresión de 1873 fue la primera crisis del sistema capitalista industrial liberal, generada por una saturación en el mercado frente al desequilibrio de la oferta y la demanda como consecuencia de la participación de muchos y pequeños productores capitalistas. La expansión industrial dio lugar a un incremento de la competitividad e hizo desaparecer la posibilidad de resguardar una posición consolidada. Si bien Inglaterra siguió siendo el centro organizador de la economía del mundo, comenzó a ver resquebrajado y puesto en disputa su poderío ante el advenimiento de nuevas naciones, como Alemania, Estados Unidos, norte de Italia, Bélgica, Holanda, Rusia y Japón. Al incorporarse tardíamente al desarrollo industrial, estos países lograron saltar etapas y obtuvieron en un corto tiempo

una gran producción en masa, ya que contaron desde el inicio con grandes fábricas y tecnología de avanzada que nada tenían que envidiarle a la británica. En palabras de María Dolores Béjar (2015), «en 1870, la producción de acero de Gran Bretaña era mayor que la de los Estados Unidos y Alemania en conjunto; en 1913, éstos dos países producían seis veces más acero que Reino Unido» (p. 18).

Ahora bien, lo que estaba en juego con la Gran Depresión no era la producción sino su rentabilidad, dado que resultaba preocupante la prolongada baja de los precios, del interés y de los beneficios. Dicha crisis tambaleó los principios del liberalismo económico y las tarifas proteccionistas pasaron a tener un papel central en el escenario internacional, a excepción del Reino Unido, que continuó defendiendo la libertad de comercio al no contar con un gran campesinado y por ser el mayor exportador de servicios financieros, comerciales y de transporte y el principal receptor de exportaciones de productos primarios del mundo.¹

En suma, la Gran Depresión fue una crisis de superproducción generada por el aumento de competidores de una misma rama industrial que no encontraban mercados suficientes para introducir el excedente. Sumado a ello, y como consecuencia de la Segunda Revolución Industrial, los países europeos necesitaban contar con materias primas de las que no disponían o escaseaban, como el oro, el cobre, el caucho, el petróleo, entre otros. El Imperialismo, por tanto, vino a ofrecer la solución en el momento en que se produjo la salida de las potencias centrales a la conquista del mundo.

La recuperación. *Belle époque*

A partir de 1890 la situación económica y el clima social comenzaron a recomponerse. La *belle époque* fue una etapa en la que las potencias europeas mostraron todo su peso: se instaló la lógica global del capitalismo y el imperialismo pasó a ser considerado una política de estado. En este marco, reinó un sentimiento de esperanza generalizada y de relativa paz entre las potencias que competían por el control de los mercados y la hegemonía mundial. La consolidación de un capitalismo monopólico financiero y la dominación de casi toda la periferia no europea fueron los dos rasgos característicos de esta etapa.

El pasaje de un capitalismo de libre competencia a uno monopólico financiero nació de la unión del capital bancario con el capital industrial. Era monopólico en tanto se produjeron fusiones de empresas y se restringió la diversidad de productores de una misma rama —ejemplo de esto son los Cartel y los Trust—. Era financiero ya que para superar la crisis del liberalismo era necesario obtener grandes inversiones de capital que ya no podían cubrirse con los aportes de un único capitalista. En este contexto, los bancos no solo otorgaron créditos a altas tasas de interés, sino que realizaron inversiones directas, lo cual los convirtió

en socios de la industria. En este contexto, signado por la concentración, el capital industrial y el financiero se volvieron *expresión de una rueda* controlada, a su vez, por sectores cada vez más reducidos; Lenin [1916] (2008) los caracterizó como oligarquía financiera.

La lógica monopolista que adquiere el capitalismo se combina, además, con la racionalidad productiva de la fuerza laboral. La salida a la crisis del capitalismo liberal se encuentra en la concentración empresarial —ya no había muchos y pequeños productores, sino pocas y grandes empresas industriales— y en la incorporación de técnicas que permitieron producir más en menos tiempo. Esto se puso en marcha a partir de las innovaciones que impulsó la gestión científica del trabajo de Frederick Taylor. El llamado Taylorismo transformó las estructuras de las grandes empresas y permitió incrementar la productividad contando con mano de obra semicalificada que solo debía tener la habilidad de repetir tareas impuestas por una máquina. De esa manera, se abarataron los costos y se optimizaron los tiempos de producción.

Los cambios que se produjeron en ese contexto hicieron de las economías nacionales economías rivales, donde los beneficios de una parecían amenazar la posición de las otras. No solo compitieron las empresas sino, también, las naciones. Expresión de esta competitividad fue que las zonas que no habían sido conquistadas hasta ese momento pasaron a serlo, como fue el caso de África y de Asia. Ningún estado del Pacífico conservó su independencia a partir de 1885. Unos pocos países (principalmente, Gran Bretaña, Francia, Alemania, luego se sumaron Estados Unidos y Japón), en su afán expansionista, se adjudicaron el control de esa amplia zona con el objetivo de saquear sus recursos naturales y humanos. Lenin [1916] (2008) agrega que la dominación no solo asumió el objetivo de conquistar territorios que permanecían *sin dueño*, sino que también buscó subordinar a aquellas naciones que, si bien lograron conservar su independencia política formal, vieron condicionado su desarrollo económico, como es el caso de muchos países latinoamericanos. A este tipo de dominación Lenin [1916] (2008) la llamó *semicolonia*. Béjar (2015), por su parte, se refiere a esos países como *semisoberanos*.

Los países americanos corrieron esta suerte debido a que las grandes potencias no mantuvieron una rivalidad pronunciada por sus territorios. Esto se vincula con el papel que desarrolló tempranamente Estados Unidos con la hábil estrategia de mantener bajo su ala el continente americano. En 1823, el presidente de Estados Unidos, James Monroe, lanzó la Doctrina Monroe en un contexto de poca influencia pero de mucha proyección. Dicho país había reconocido las independencias americanas y pretendía evitar la posibilidad de que Europa volviera a incidir en estas latitudes (esa sospecha estaba fundamentada en los preceptos de la Santa Alianza). La doctrina tenía dos pilares: uno se basaba en la advertencia sobre las consecuencias ante la intervención europea en América y el otro en la no injerencia del país en los asuntos entre los países del viejo continente. Lo cierto es

que la famosa frase «América para los americanos» sentó tempranamente las bases para que Europa se viera obligada a inventar otra estrategia de penetración en la zona, ya que pese al contexto imperialista no se planteó nunca desafiar dicha doctrina.

En todos los casos, los países latinoamericanos se incorporaron al mercado mundial como economías dependientes pero con consecuencias no necesariamente idénticas. Las características de los cultivos y de la clase hegemónica fueron dos de los elementos más trascendentes en la forma política y económica que tomaron los países de la región. Aquellos que pudieron organizar sus economías a partir de la figura estatal —al ser los propios terratenientes quienes ocupaban los puestos políticos— corrieron con cierta ventaja respecto de aquellos en los cuales la explotación de los recursos naturales estuvo directamente gestionada por la intervención de las potencias. La relación de sojuzgamiento que se establecía entre los países centrales y los países periféricos fue profundizándose ya que los primeros no solo continuaron exportando sus manufacturas sino que la novedad del capital financiero permitió convertir el dinero en una mercancía y así perpetuar el esquema dependiente a través de la lógica del crédito.

Si bien cuando se hace referencia al Imperialismo de fines del siglo XIX se atiende particularmente al reparto de Asia y África, no es menos trascendente la dinámica recién descrita bajo la cual se incorporó a América Latina a la lógica imperial. Por tal motivo, se reparará muy brevemente en la penetración de dicha lógica en el caso de la Argentina.

El caso argentino

En este contexto global signado por la impronta del Imperialismo, la Argentina experimentó un particular crecimiento de su Estado nación de la mano de la Generación del ochenta. Esta generación estaba conformada por un grupo de intelectuales y de políticos —conservadores y liberales— que gobernaron el país en el período 1880-1916 y tuvieron el firme objetivo de inscribir a la Argentina en la Modernidad (europea). Sus ideales se centraban en el positivismo, basado en las ideas de orden y progreso de Augusto Comte. Esta élite confiaba en el progreso fundado bajo la fe en el crecimiento económico, para lo cual era necesario imponer orden en una sociedad que había estado sumergida en una guerra civil prolongada. Estos hombres confiaban en que los avances y las innovaciones tecnológicas impulsarían el progreso en sí mismo. El líder del grupo y presidente de la Argentina en dos oportunidades, Julio Argentino Roca, encolumnó sus mandatos detrás del lema «Paz y administración», que sintetizaba el pensamiento liberal y conservador de la época.

La idea de progreso estaba intrínsecamente asociada a la de desarrollo, aunque no de cualquier tipo, sino uno que pusiera en sintonía a los países periféricos con los países

centrales. Así, a fines del siglo XIX, la Argentina se incorporó definitivamente al mercado mundial bajo el esquema de la división internacional del trabajo, propuesta por los países centrales y enmarcado en los principios del liberalismo económico. Esto implicaba la explotación de ventajas comparativas y subsumía al país a la especialización, exportando bienes primarios e importando bienes manufacturados, hacia los países desarrollados y desde ellos. De esta manera, la Argentina se convirtió en *el granero del mundo* para proveer de materias primas a Inglaterra, el *taller del mundo*. Como dijo Juan Argentino Roca (en Moreno, 2012) en ocasión de la celebración del pacto Roca-Runciman: «La Argentina es, por interdependencia recíproca, desde el punto de vista económico, una parte integrantes del Reino Unido» (p. 188).

El país ingresó al tren del progreso de la mano del modelo agroexportador y el desarrollo ferroviario fue expresión de esta lógica. Raúl Scalabrini Ortiz [1940] (1975) señalaba: «El ferrocarril fue el mecanismo esencial de esa política de dominación mansa y de explotación sutil que se ha llamado imperialismo económico» (p. 16). La manera en que se instaló y se diseñó la red de vías férreas estuvo estrictamente asociada a los fines productivos y extractivos de los intereses extranjeros y, particularmente, ingleses. A partir de esa red, encontraron la forma de volver más rápido y eficaz el traslado de las materias primas rumbo a los puertos para darle salida hacia Europa. Este esquema impulsó el crecimiento agropecuario y sus exportaciones, pero como contrapartida estranguló toda posibilidad de desarrollo de la industria local. Todo bien manufacturado consumido en el país era extranjero y muchas veces elaborado a partir de las propias materias primas argentinas. En definitiva, este tipo de desarrollo construyó un orden mundial favorable a las potencias europeas. Para los países periféricos, en cambio, implicó la subordinación total de sus economías a los intereses de las potencias.

Más allá de la cuestión económica

El impacto de la expansión imperialista no puede atenderse solo a lo estrictamente económico porque se encontró signado de diversas causas. Un asunto de singular importancia fue el factor demográfico. El florecimiento económico de los países europeos, en algunos casos, se reflejó en un gran aumento poblacional que en pocas décadas llegó a duplicarse. Si bien inicialmente este crecimiento fue bien acogido y entendido como progreso, con el tiempo se tornó un problema, no solo porque los recursos comenzaron a escasear a la hora de satisfacer las necesidades básicas, sino porque, y como consecuencia, empezaron a presentarse malestares sociales que contrajeron, a los ojos de la clase gobernante, desórdenes internos. Por tal razón, la obtención de territorios también implicó una salida para ese excedente poblacional que fue impulsado a emigrar en búsqueda de mejores condiciones de vida.

Asimismo, en algunos casos, el simple hecho de haber comprendido que la política de expansión colonial era el móvil general del momento funcionó como incentivo para tomar partido por ella:

¿Dejarán que otros que no seamos nosotros se establezcan en Túnez, que otros que no seamos nosotros se sitúen en la desembocadura del río rojo [...], que otros que no seamos nosotros se disputen las regiones del África ecuatorial? [...]. En esta Europa nuestra, en esta competencia de tantos rivales que crecen a nuestro alrededor [...] la política de recogimiento o de abstención no es otra cosa que el camino de la decadencia (Ferry [1885]² en Duroselle, 1983, p. 225).

Así, las naciones europeas y, posteriormente, las extraeuropeas, como Estados Unidos y Japón, no solo buscaban incrementar y dominar la economía global, sino, también, alcanzar posiciones estratégicas de diversa índole con respecto a otros territorios y, así, consolidar su prestigio internacional y convertirse en centros hegemónicos.

Por último, cabe destacar un factor que podríamos caracterizar como *deber civilizatorio*. El modo de fundamentar la dominación se amparaba en una adscripción a las teorías de Charles Darwin sobre la evolución de las especies por selección natural. Desde esta posición, se sostuvo que, al igual que las diferentes razas o especies, las sociedades más avanzadas contaban con el derecho y el deber de imponerse sobre un otro considerado inferior y no civilizado. Así, «la supervivencia del más apto» se transformó en la máxima del darwinismo social, una ideología que sostenía la existencia de pueblos superiores a otros y favorecía e impulsaba la expansión. Las poblaciones europeas entendían que la tarea de civilizar era una misión nacional y que, al ser ellos parte de *la raza blanca*, era natural pretender conquistar pueblos inferiores. Estas cualidades los convertían, desde su mirada, en la raza gobernante. Para lograr esa imposición fue necesario hacer uso de la violencia como método legítimo para la dominación de determinados pueblos, que dio lugar a justificaciones que en aquel momento reinaron los discursos de la época:

Sin duda, en el momento en el que se realizaron las conquistas ha habido derramamiento de sangre, ha habido pérdidas de vidas entre las poblaciones nativas [...] para llevar a esos países un tipo de orden disciplinado; pero debemos recordar que esta es la condición de la misión que debemos cumplir. [...] No se pueden destruir las prácticas de barbarie, de esclavitud, de superstición, que por siglos han desolado el interior de África, sin el uso de la fuerza (Chamberlain, 1897).

El imperialismo persistente

A esta altura del desarrollo cabe preguntarse en qué medida los principios del imperialismo continúan vigentes en el presente. Si bien, y como ya ha sido mencionado, la historiografía ubica esta etapa de 1870 a 1914, podemos identificar a lo largo de la historia ciertas rastros persistentes. Si se piensa en el caso argentino, puede rápidamente mencionarse la cuestión Malvinas como expresión del colonialismo en el siglo XXI, el proceso de fuerte extranjerización de la producción y el consumo a lo largo de la historia, la presencia recurrente del Fondo Monetario Internacional (FMI), por mencionar algunas cuestiones. Este último factor es un ícono de la lógica de sumisión que ha estado presente durante los períodos más detestables de la historia reciente, como fue la dictadura cívico militar de 1976, los gobiernos de Carlos Menem durante los años noventa y el actual gobierno de Mauricio Macri, quien ha contraído deuda con este organismo, una vez más, en nombre del progreso y el desarrollo y condenó a generaciones enteras a la pérdida de la autonomía económica. Los acontecimientos en el marco del reciente G20 afirman esta pérdida de independencia nacional, dado que el trasfondo de los debates apuntó a que países como la Argentina profundicen la flexibilización laboral, allanen los caminos para las privatizaciones, la mercantilización de la vida y, fundamentalmente, arbitren los medios para facilitar las inversiones privadas (Argentina mejor sin TLC, 2018).

Otro ejemplo de la persistencia de la lógica de sumisión se reflejó en las palabras del presidente Mauricio Macri, en el marco de los festejos por los doscientos años de la independencia: «[Estoy acá] tratando de pensar y de sentir lo que sentirían ellos en ese momento. Claramente deberían tener angustia de tomar la decisión, querido Rey, de separarse de España» (La Gaceta, 2016, 00:01:10). Cabe reflexionar acerca de si en este planteo sobre el proceso de independencia se cimienta la manera en la que el actual gobierno piensa los vínculos políticos y económicos. Esto habilita algunas preguntas: ¿se juegan elementos de añoranza respecto de la tutela europea? ¿Hay vestigios de correspondencia con el *deber civilizatorio*?

Lo que este capítulo recupera son algunos de los rasgos generales que han caracterizado a la lógica del imperialismo a lo largo del tiempo, en particular para pensar su impacto en la Argentina. Pese a lo arbitrario del recorte, como supone cualquier escrito, se ha intentado argumentar acerca de la persistencia de cierta mirada sobre lo foráneo como sinónimo inequívoco de progreso y de salvación mientras la historia nos ha confirmado, en reiteradas oportunidades, que esa mirada solo beneficia a unos pocos y perjudica a las mayorías.

Referencias

Argentina mejor sin TLC. (23 de noviembre de 2018). Lo que deberías saber sobre el G-20 en Argentina-PorArgentinamejorsinTLC.Nodal.NoticiasdeAméricaLatinayelCaribe.Recuperado de <https://www.nodal.am/2018/11/lo-que-deberias-saber-sobre-el-g-20-en-argentina-por-argentina-mejor-sin-tlc/>

Béjar, M. D. (2015). *Historia del siglo XX*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Bianchi, S. (2013). *Historia del Mundo Occidental*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.

Chamberlain, J. (31 de marzo de 1897). Discurso pronunciado en la cena anual del Instituto Real de Colonias, en el hotel Metropole. Recuperado de <http://carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar/carpeta-1/fuentes/el-imperialismo/fuente-1-el-discurso-imperialista/?searchterm=Chamb>

Duroselle, J. B. (1983). *Europa de 1815 hasta nuestros días*. Barcelona, España: Labor.

La Gaceta. (9 de julio de 2016). Macri brindó un discurso desde la Casa Histórica al cumplirse 200 años de la Independencia [Archivo de video]. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=R2FCHepqRgQ>

Lenin, V. [1916] (2008). *Imperialismo. Fase superior del capitalismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Libertador.

Moreno, N. (2012). *Método de interpretación de la historia argentina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: El Socialista.

Scalabrini Ortiz, R. [1940] (1975). *Historia de los ferrocarriles argentinos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Plus Ultra.

Notas

1• Inglaterra fomentó el crecimiento de las inversiones como consecuencia de su interés por extender las vías férreas y, de ese modo, generó condiciones favorables para el traslado de materias primas e insumos necesarios para la industria. Sumado a ello, el barco a vapor permitió inundar el mundo de productos manufacturados en menor cantidad de tiempo, de manera tal que los puertos sufrieron readecuaciones frente a las nuevas necesidades comerciales.

2• Jules Ferry (1832-1893) fue un político francés, partidario del imperialismo colonial y de su expansión. Fue ministro de Instrucción Pública (1879-1881 y 1882) y presidente del Consejo de Ministros (1880-1881 y 1883-1885).

LA ÉPOCA DE LA RIVALIDAD INTERIMPERIALISTA

Guerras, revolución y crisis en Occidente

Manuela Hoya y María de las Nieves Piovani

Resumen

Este capítulo versa sobre la época apoderada por la rivalidad interimperialista, la guerra, la revolución y la crisis. El recorrido se inicia con los postulados de Vladimir Ilych Ulyanov Lenin en su obra sobre el imperialismo, en la que describe la antesala del primer enfrentamiento entre las potencias centrales, las características del capitalismo monopolista y las primeras turbulencias del liberalismo. Asimismo, se aborda el periodo que se abre con el estallido de la Primera Guerra Mundial, la crisis de 1929 y la formulación de las alternativas antiliberales en Estados Unidos, Europa y América Latina. Por último, se analiza el cierre de este bloque histórico con la Conferencia de Yalta en la que se estableció el nuevo mapa europeo tras la Segunda Guerra Mundial.

«Véase entonces la importancia política del conocimiento de una historia auténtica; sin ella no es posible el conocimiento del presente, y el desconocimiento del presente lleva implícita la imposibilidad de calcular el futuro, porque el hecho cotidiano es un complejo amasado con el barro de lo que fue y el fluido de lo que será, que no por difuso es inaccesible e inaprensible. [...] el conocimiento del pasado es experiencia, es decir, aprendizaje.»
Arturo Jauretche (1959)

«Pero que el siglo veinte
es un despliegue
de maldad insolente
ya no hay quien lo niegue
[...]
Siglo veinte cambalache
problemático y febril
el que no llora no mama
y el que no roba es un gil.»
Enrique Santos Discépolo (1934)

El siglo xx fue, sin dudas, de trascendental importancia para todas las naciones integradas en el sistema mundo con centro en Occidente (Bender, 2011; Santos, 2009) que se vieron envueltas en guerras, revoluciones y crisis. Esta centuria intensa y compleja, fundada sobre las premisas de la *era del imperio* (1875-1914), se inició en junio de 1914 en Sarajevo —Bosnia— con el atentado que operó como el desencadenante del estallido de la Primera Guerra Mundial y finalizó en diciembre de 1991 con la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) (Hobsbawm, 2011), el fin de la polarización y la configuración de un mundo multipolar.

El estudio de esta época exige atender a los procesos históricos que se cartografiaron a lo largo del último cuarto del siglo xix y que se condensaron en la zona de los Balcanes para 1914 y, de esta manera, marcaron un punto de inflexión con el Siglo de las Luces: el final del *largo siglo*, caracterizado por el pasaje definitivo hacia la modernidad con el triunfo del modo de producción capitalista industrial, de Inglaterra y de Francia como potencias mundiales, de la burguesía como clase dominante en términos económicos y políticos, así como del desarrollo de las contradicciones inherentes al nuevo modo de organizar el sistema social, político, económico e ideológico.

Si enumeramos, con pretensiones didácticas, los principales hechos del corto siglo xx, su relevancia y su profundidad se hacen visibles inmediatamente: la Primera Guerra Mundial;

la caída de cuatro imperios (ruso, alemán, otomano, austrohúngaro); el estallido de la Revolución Rusa; la consagración de Estados Unidos como potencia mundial; el *crack* de la Bolsa de Wall Street, la extensiva crisis económica y el descrédito de la escuela liberal; la Guerra Civil Española; el surgimiento del fascismo y el nazismo en Italia y en Alemania; el estallido de la Segunda Guerra Mundial; las bombas atómicas; el pasaje a la Guerra Fría; la Revolución China; el Plan Marshall; la descolonización en África; la Revolución Cubana; la Guerra de Vietnam; la construcción del Muro de Berlín; el estado de bienestar europeo; el Mayo Francés; la crisis del petróleo; el neoliberalismo; el golpe de Estado en Chile que depuso al gobierno de Salvador Allende y marcó el inicio de las dictaduras militares en la región latinoamericana, de la mano de la doctrina de seguridad nacional; la caída del Muro y la disolución de la URSS. A partir de esta acotada enumeración de algunos de los principales hechos de la centuria, se encuentra la fundación de la era del imperialismo —caracterizada por la competencia sin límites entre las potencias industrializadas de Europa, Estados Unidos y Japón— que dará lugar a los treinta años de guerra; el desarrollo de crisis económicas y políticas; y las revoluciones ante la desigualdad y la opresión del centro del sistema-mundo y el capital.

Como se reseñó hasta aquí, durante el siglo xx se produjeron grandes acontecimientos que resultaron en importantes modificaciones en el mapa mundial, en la orientación de la economía industrial capitalista, en la política interna de cada nación y en las políticas de los Estados, en las relaciones internacionales y en los sistemas de alianzas. Por la complejidad de esta centuria, nos abocaremos a desarrollar lo acaecido entre 1914 y 1945, entendiendo sus antecedentes en la era imperialista y concibiendo a este periodo en su unidad determinada por la guerra, la crisis y la revolución.

El antecedente/la antesala: la fatalidad imperialista

«¿Qué otro medio que no sea la guerra puede haber bajo el capitalismo para eliminar las discrepancias existentes entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la acumulación de capital, por una parte, y el reparto de las colonias y de las “esferas de influencia” entre el capital financiero, por otra?»

Vladimir Ilich Ulyanov Lenin [1916] (2008)

Desde la Revolución Industrial (1780-1790) hasta 1850, un grupo reducido de naciones europeas —Francia, Bélgica y Alemania—, Estados Unidos y Japón habían logrado desarrollar un intenso proceso de industrialización. Aunque Inglaterra conservaba una posición indiscutidamente hegemónica a lo largo de la última mitad del siglo xix, en estos países había triunfado el capitalismo, con potentes economías industriales y la asunción de los valores de la burguesía (Bianchi, 2013). En estas zonas crecía a gran escala la demanda de carbón, de hierro y de maquinarias que caracteriza a cualquier proceso de desarrollo

industrial y que se encontraba en manos británicas, y aseguraba su predominio en términos productivos y comerciales. Aunque en buena parte de estos países la ruralidad seguía siendo relevante y contaban con un puñado de centros industriales, las acciones de sus Estados nacionales para generar escenarios favorables a la empresa privada y a la libertad comercial, con «asombrosa confianza en el liberalismo económico» (Hobsbawm, 2010a, p. 50) las contribuciones financieras del sistema bancario se conjugaron para apuntalar ese desarrollo industrial que, por ejemplo, en el caso alemán posibilitó explotar la producción siderúrgica, y destronó, así, a los ingleses para 1890.

En este apogeo del capitalismo, se produjo la mecanización de la actividad rural. Estos avances dieron lugar a una importante reducción de la mano de obra agrícola y, consecuentemente, generó una oleada de migrantes hacia los centros industriales y hacia la periferia del mundo, hacia otros continentes como América. En este punto cabe recordar que es por estos años, 1870-80, que el naciente Estado nacional argentino desarrolla políticas inmigratorias para incentivar la llegada de europeos a nuestro país.¹ Las ciudades crecieron a un ritmo acelerado y en sus paisajes se fue delineando la estructura social capitalista que, por novedosa que fuera, conservaba y reproducía una lógica desigual con el encuentro entre los poseedores de los medios de producción y los obreros doblemente libres —libres y desheredados— (Marx, [1867] 1973).

Asimismo, Susana Bianchi (2013) señala que en estas naciones industriales la extensión del ferrocarril se articuló con la navegación marítima, y posibilitó la extensión y la explotación de nuevos y más vastos mercados; de esta manera, le otorgó al capitalismo una definitiva dimensión mundial, devenido «en una sola economía interactiva» (p. 152). Estos avances tecnológicos permitieron acotar los tiempos de circulación de los bienes industriales, de las materias primas, de los capitales, de la información, de las personas: el mundo se achicó y el desarrollo científico quedó estrechamente asociado al progreso.²

Sin embargo, esta época de bonanza y de multiplicación de la riqueza mostraba el lado más perverso del modo de producción capitalista: la desigualdad al interior de las naciones industriales de Occidente, así como entre estas naciones, corazón del sistema mundo, y la periferia. Más aún, prontamente se evidenció el carácter cíclico de las crisis y el capitalismo sufrió el primer embate que lo hundió desde 1873 a 1896. Eric Hobsbawm, en su obra *La era del capital (1840-1875)* (2010b), señala que con el estallido de la *gran depresión* la palabra crisis pasó a integrar los imaginarios de la época: la caída de los precios de los bienes agrícolas e industriales se combinó con una merma en el rendimiento del capital; la demanda se estrelló, la oferta se acumuló, los salarios languidecieron y los beneficios se acotaron con celeridad. La salida puede ser entendida en dos dimensiones. En primer lugar, con la ruptura de los principios del liberalismo económico y la implementación por parte de los Estados nacionales de medidas tendientes a proteger la industria nacional

de la competencia foránea —con excepción de Inglaterra que siguió practicando la libertad de comercio—. En segundo lugar, con el desarrollo de la política imperialista como consecuencia de esta rivalidad entre los países industriales, «donde los beneficios de una parecían amenazar la posición de las otras. No solo competían las empresas, sino también las naciones» (Hobsbawm, 2011, p. 44). El proteccionismo y el imperialismo eran, a las claras, señales de una competencia encarnizada y ascendente.

Sobre este último y particular fenómeno, en 1916, Vladimir Ilich Ulyanov Lenin escribió un libro titulado *Imperialismo, la fase superior del capitalismo*. Orientado por la pretensión de desarrollar «una visión de conjunto de la economía capitalista mundial en sus relaciones internacionales a comienzos del siglo xx, en vísperas de la primera guerra imperialista mundial» (Lenin, [1916] 2008, p. 9), que le permitiera conocer la nueva lógica de funcionamiento de este sistema contra el que el revolucionario ruso empeñaba su actividad teórica y práctica, Lenin explica las cinco características centrales del imperialismo: la concentración de la producción y del capital en un punto tan elevado que ha dado lugar al surgimiento de monopolios, como agentes decisivos en la vida económica;³ la fusión del capital bancario con el industrial que da lugar a la formación del capital y la oligarquía financiera; la exportación de capital adquiere cada vez más relevancia; la formación de asociaciones capitalistas monopolistas internacionales que se reparten el mundo; la definitiva repartición del mundo entre las grandes potencias mundiales.

A partir de esta caracterización, Lenin postuló que el enfrentamiento entre 1914 y 1919 fue una guerra desatada por las naciones occidentales con el propósito de alcanzar una mejor posición colonial y redibujar el mapa mundial. Así, el capitalismo en su etapa imperial se había convertido en un sistema de «opresión colonial y de estrangulamiento financiero de la aplastante mayoría de la población del planeta por un puñado de países *avanzados*» (Lenin, [1916] 2008, p. 11). Siguiendo a Karl Marx, identificó que el crecimiento industrial bajo la lógica de la libre competencia conducía a la concentración empresarial y a la conformación de monopolios. Estos conglomerados de grandes empresas establecen acuerdos entre sí y rompen, de esta manera, el ordenamiento propuesto por el liberalismo económico para sostener un mercado en el que todos tengan las mismas oportunidades de intercambiar. Además, estas empresas combinan la producción industrial con la actividad bancaria para dar lugar a una nueva forma de capital: el financiero. Más aún, esta estrecha relación, este ensamblaje entre la banca y la industria, se completa con el establecimiento de un «*vínculo personal* con el gobierno» (Lenin, [1916] 2008, p. 54).

Un nuevo capitalismo había comenzado a gestarse en Europa tras la crisis de 1873 (que dio lugar a una duradera depresión económica) y se consagró definitivamente a principios del siglo xx cuando los monopolios pasaron de un estado embrionario a ser el fundamento de la vida económica y se repartieron los mercados; fijaron los precios; establecieron las

condiciones para comprar y vender; se apoderaron de los principales resortes económicos en las zonas de influencia —como los medios de transporte, los puertos, la producción de materias primas—; condicionaron a la mano de obra; y estrangularon a todos aquellos que no se sometieron a su arbitrariedad (Lenin, [1916] 2008, p. 33). Bianchi (2013) explica que en Francia en el año 1860 había 395 altos hornos que producían 960 000 toneladas de hierro colado. Para 1890 eran 96 y producían 2 000 000 toneladas. Es decir que, mientras la producción trepaba a pasos agigantados, la concentración de capitales se apuntalaba.

La competencia y la crisis eliminaron a las empresas menores, que desaparecieron o fueron absorbidas por las mayores; las triunfantes grandes empresas, que pudieron producir en gran escala, abaratando costos y precios, fueron las únicas que pudieron controlar el mercado (Bianchi, 2013, p. 156).

Para Lenin [1916] (2008) «el siglo xx marca el punto de inflexión entre el viejo capitalismo y el nuevo, entre la dominación del capital en general y la dominación del capital financiero»⁴ (p. 61). Esta transición implicó, también, el pasaje de la exportación de bienes a la exportación de capital que abarcó la totalidad del planeta y reconfiguró una nueva modalidad de las asimetrías preexistentes entre las naciones, entre el centro y la periferia: el reparto del mundo se dispuso en proporción al capital y a la fuerza de cada país. El problema fue que, en primer lugar, las diferencias entre los países de Europa —en cuanto a sus posiciones coloniales, sus esferas de influencia, sus mercados cautivos— no eran nuevas: desde la *Revolución Oceánica* (Bender, 2011), cuando Occidente se consolidó como centralidad, quedó establecida la relación entre el centro y la periferia, entre los imperios coloniales primero y los modernos después (centro), con América Latina y África (periferia). Sin embargo, el crecimiento de la producción industrial, la concentración y la fusión con la banca, generó una escalada competitiva por los mercados internos y por el mercado externo que terminó por hacer explotar el ordenamiento del mapa mundial y la conquista de todo el planeta. Es en esta época del imperio, en el último cuarto del siglo xix, que no quedó zona sin amo.

En segundo lugar, la fuerza de cada nación había sido un criterio definitorio para el reparto del mundo. Pero como esta varía por el grado de desarrollo económico y político, aquellos países capitalistas jóvenes en franco progreso, como Alemania y Japón, desarrollaron sus pretensiones en sintonía con su crecimiento, cuestionando las posiciones coloniales de Francia e Inglaterra. La brutal búsqueda de los capitales financieros monopolistas por conquistar nuevos territorios —operaciones rentables, nuevas fuentes de materias primarias vigentes o futuras, mercados donde ubicar el capital, bienes y mano de obra— era común para las seis potencias del momento: Francia, Gran Bretaña, Rusia, Alemania, Japón, Estados Unidos. Justamente allí residía el problema: las infinitas ambiciones de las naciones imperialistas en un planeta finito, tarde o temprano, explotaron.

De la paz imperialista a la guerra

«Ese adjetivo “Mundial” expresó —entre otras cosas— la soberbia de las naciones centrales: “Si nosotras estamos en guerra, ésa guerra es ‘Mundial’”. Porque ellas, las naciones centrales, eran “el mundo”. O, si se quiere, el mundo que importaba. La historia de Europa cubre la “Historia de la Humanidad” desde los griegos hasta las Torres Gemelas. Toda “participación” anterior de Oriente o América latina fue lateral y se expresó por medio del saqueo de Europa. Quiero decir: los territorios periféricos existían porque la metrópoli los expoliaba y, con esos recursos, “hacía” la historia. [...] El “mundo” fue Europa. Y lo que Europa hacía era “historia”. De modo que una guerra entre Alemania, Francia e Inglaterra, ¿qué otra cosa sino “Mundial” podía ser?»
José Pablo Feinmann (2005)

La expansión imperialista, consecuencia inherente del sistema de producción y distribución capitalista, con el que las potencias centrales se dispusieron a asegurar su supremacía económica y militar, expuso la profunda rivalidad entre las potencias mundiales al tiempo que le permitió a Europa, entre 1890 y 1914, experimentar un período de crecimiento y desarrollo económico sostenido. En otros términos, el imperialismo era expresión de esa competencia encarnizada entre las potencias por la conquista del globo (en forma de colonia o semicolonias),⁵ mientras garantizaba que las víctimas de la expansión del capital fueran los «débiles del mundo» (Hobsbawm, 2011, p. 270). Esta política expansionista tuvo lugar, especialmente, en Asia y en África, en donde no quedó ninguna zona con independencia de las potencias imperialistas. La avanzada del centro para subordinar a los pueblos de la periferia a los intereses del capital encontró ciertos límites en América Latina: Estados Unidos, que ya se perfilaba como una potencia mundial, había lanzado la doctrina Monroe (1823) que proponía una «América para los americanos». Esto no significaba otra cosa que su exclusivo derecho para intervenir en los países del continente y Europa no estaba interesada en rivalizar con esta proclama.

Así, a lo largo del último cuarto del siglo XIX, las estrategias combinadas del imperialismo — el proteccionismo, la conformación de monopolios, la disponibilidad de capital financiero para ser exportado, la organización racional del trabajo,⁶ el reparto del mundo— fueron resolviendo las contradicciones internas de los países centrales en un escenario marcado por la conformación de las primeras sociedades de masas, en las que el movimiento obrero representaba una amenaza para el orden social burgués (persistía el recuerdo de la *Primavera de los pueblos* de 1848) y se exigían avances en materia de democratización política con el consiguiente surgimiento de partidos políticos. De hecho, en esta época, buena parte de las naciones europeas ampliaron el derecho al sufragio con la excepción del Imperio Ruso y el Imperio Turco que se mantuvieron inmovibles a esta tendencia general en Europa. Como se verá más adelante, el caso ruso es ejemplar en tanto que,

en el ocaso del Siglo de las Luces, vio nacer al Partido Socialdemócrata del que, en 1903, se desprendieron los bolcheviques con Lenin a la cabeza. La clandestinidad partidaria, obligada por la autocracia zarista de la familia Romanov, combinada con fracasos militares (en 1904 estalló un enfrentamiento con Japón que resultó vencedor) y la huelga general de 1905 (que abrió paso al periodo revolucionario y a la creación de la Duma, un parlamento que ponía límites al absolutismo) fueron generando un escenario cada vez más radicalizado al interior de la gran Nación del extremo oriente europeo. Aunque varios países atravesaron tensiones internas en la antesala de la Primera Guerra Mundial, lo cierto es que la extensión de sentimientos patrióticos confundidos con un nacionalismo plagado de prejuicios raciales les permitió a esos Estados nacionales ordenar y movilizar a los ciudadanos detrás de sus banderas.

Al mismo tiempo, la política imperialista consolidó una geopolítica organizada en torno a la agudización de las relaciones desiguales entre zonas avanzadas y zonas atrasadas: la distancia entre países ricos y avanzados y aquellos empobrecidos y atrasados se profundizó severamente en estos años. Esto se explica por dos grandes razones. En primer lugar, por la dependencia impuesta por las potencias centrales sobre aquellas naciones que pasaron a ser colonias, semicolonias o zonas de influencia. Asimismo, se debió a que el desarrollo de grandes economías iba de la mano de la consolidación de grandes Estados y eso era posible en la medida en que se amplificaran las posibilidades de expansión económica. No todos los países estaban en las mismas condiciones como para hacerlo. De esta forma, se fue afianzando la articulación entre la economía y la política, entre los gobiernos y las empresas. En este camino, la industria metalúrgica —que había sido el eje de la industrialización de los países centrales desde 1850— fue reemplazada por la industria armamentística, acorde a las nuevas necesidades estatales. En otros términos, en este pasaje de una industria a otra, mucho tuvieron que ver los Estados nacionales que se lanzaron a la carrera armamentista a través de equipamiento militar, el desarrollo de tecnología y el impulso a la industria bélica. Así, la competencia internacional ya no se limitaba a la expansión, sino también a liderar la disputa por el armamento militar.

El imperialismo, que resolvía alguna de las tensiones internas del capitalismo central, proveía también nuevas conflictividades entre las naciones en tanto que la rivalidad por ganar territorios y mercados (para ubicar bienes industriales y para adquirir las materias primas necesarias al desarrollo fabril) se articulaba con la competencia en la producción de armamentos. La modificación en la producción es, evidentemente, señal de la tensión que reinaba entre las grandes potencias imperiales. Y al mismo tiempo que esta carrera armamentista configuraba una necesidad política era una de las claves del desarrollo industrial que consolidaba la articulación entre gobierno, industria y ciencia.

De forma paralela, en otras latitudes de Europa, al interior de los viejos imperios (otomano, ruso y austrohúngaro) se iniciaron procesos de desintegración de la mano de la emergencia y la consolidación de movimientos nacionalistas que, finalmente, pusieron en jaque sus posibilidades de continuidad. En 1905, tras la derrota en manos de Japón, en Rusia se produjo una huelga general: fue el primer levantamiento contra el régimen zarista y con él se abrió paso a la creación de la Duma. Estos dos eventos expusieron las debilidades y las flaquezas de la autocracia rusa que, con la participación en la Primera Guerra Mundial, cobraron una magnitud traducida en el lema *pan, paz y tierra* como antesala a la revolución bolchevique. En cuanto al Imperio Otomano, en 1907 comenzó a gestarse su derrumbe y para 1912, la creciente ebullición en los Balcanes⁷ se profundizó. Esta zona se encontraba atravesada por las problemáticas y las reivindicaciones étnico-nacionalistas, así como disputados por los imperios con desarrollo en esa zona y las grandes potencias. De hecho, será el *polvorín de Europa* donde se encienda la mecha de la Primera Guerra Mundial. En 1912 estalló la primera guerra balcánica que enfrentó al Imperio otomano, que ejercía el control de esta zona de Europa del Este, contra la Liga de los Balcanes integrada por Bulgaria, Montenegro, Grecia y Serbia. El conflicto se resolvió favorablemente para las naciones balcánicas que lograron expulsar a los otomanos de buena parte del territorio peninsular. Sin embargo, una vez derrotado el enemigo común, se inició una disputa entre estos países por las fronteras y la división territorial. Esta pugna desató la Segunda Guerra Balcánica en el verano de 1913 y en agosto de ese año se firmó la paz con el Tratado de Bucarest. Así, Bulgaria, Grecia, Montenegro, Rumania y Serbia le pusieron fin a los enfrentamientos y acordaron nuevos límites territoriales. Sin embargo, Bulgaria se vio desfavorecida en tanto que perdió las posiciones que había alcanzado durante el conflicto en 1912 y desde entonces, la zona de los Balcanes quedó en un equilibrio inestable, producto de las pretensiones de todos los contrincantes por reordenar el mapa en su favor y anexionar territorios, ampliar sus Estados y asegurar las desembocaduras marítimas. Más aún, sobre esta geografía estaban puestos los ojos de las propias naciones balcánicas, pero también de los otomanos que habían perdido su influencia y control, el Imperio Austrohúngaro e Italia.

A medida que el siglo XIX llegaba a su ocaso, la paz comenzó a deteriorarse. En este punto resulta pertinente interrogarse acerca de cuáles fueron las condiciones para que estas tensiones estallaran en un enfrentamiento bélico cuando, a ojos de los contemporáneos, esta era una época de paz. Esta enumeración no tiene una pretensión exhaustiva, en tanto que es un recorte de algunos de los condicionantes que se fueron articulando para dar lugar a la salida bélica. En primer lugar, el sistema internacional se encontraba en un franco proceso de desestabilización de los acuerdos que se habían sellado en el Congreso de Viena⁸ en 1815 por las ambiciones económicas, políticas y militares de las potencias centrales. Este resquebrajamiento del concierto europeo se fundó en la competencia entre las naciones por la explotación capitalista de nuevas zonas

entendidas como mercados, actuales o futuros, incrementó la rivalidad en un escenario novedoso por la inscripción de Estados Unidos y Japón. De esta manera, Inglaterra ya no era la única potencia y su hegemonía mundial era desafiada por nuevos jugadores, especialmente Alemania que había demostrado una fenomenal potencia fabril. Más aún, en un contexto en el que la técnica, la ciencia, la tecnología y la productividad industrial parecían no tener límites, esta competencia se presentaba como ilimitada y, por tanto, irrefrenable. En segundo lugar, la conformación del sistema de alianzas se tornó permanente, cada vez más rígido y hostil, y habilitó la posibilidad de desarrollar una planificación militar conjunta. El escenario internacional se ordenó en dos bloques. Por un lado, Francia, Rusia y Gran Bretaña en la llamada Triple Entente. Por el otro, Alemania, el Imperio Austrohúngaro⁹ e Italia en la Triple Alianza. Esta configuración en dos grandes entramados político-militares minó las posibilidades de resolver los conflictos a través de la vía diplomática. También, en esta época de paz armada (1890-1914), operó la exacerbación de los sentimientos patrióticos, la exaltación nacionalista con un fuerte sesgo racista y viejas disputas entre las potencias.¹⁰ Además, los escenarios internos de cada una de las potencias estaban cada vez más deteriorados y escapaban del control de sus gobiernos, como en Rusia, donde reinaba el peligro de la revolución —que finalmente estalló en 1917— o en el Imperio Austrohúngaro que vivía bajo el riesgo de la desintegración —que acaeció durante la guerra—. Estas alteraciones internas, en algunos casos, no solo no fueron resueltas con el conflicto armado, sino que se profundizaron hasta estallar. Más aún, la política exterior alemana adquirió un marcado perfil agresivo que expuso ante los demás competidores su potencial militar y poderío económico. Esto preocupó especialmente a los ingleses, ya que los alemanes buscaban consagrarse como la gran potencia militar-industrial, corriendo de esa posición a Inglaterra: para ello habían demostrado una inusitada capacidad productiva y contaban con una frondosa flota que cuestionaba el poderío naval de Inglaterra. Cuando, finalmente, esta última ingresó al bloque antialemán,¹¹ las tensiones estaban en un punto tan álgido como irremediable. Mientras el Reino Unido quería mantener el orden internacional, Alemania quería cambiarlo y eso llevó a los ingleses a forjar alianzas hasta entonces impensadas.

La disposición a la guerra, a no disuadir los conflictos por la vía diplomática reinaba entre estas potencias. Con esta prepotencia beligerante, quedó claro que «la era de la paz, de civilización burguesa confiada, de riqueza creciente y de formación de unos imperios occidentales llevaba en su seno inevitablemente el embrión de la era de la guerra, revolución y crisis que le puso fin» (Hobsbawm, 2011, p. 290).

La inestabilidad internacional se fue incrementando y en junio de 1914 se produjo un atentado en Sarajevo (Bosnia), contra el archiduque austriaco y heredero al trono del Imperio Austrohúngaro, Francisco Fernando, en manos de Gavrilo Princip, un militante

serbio de la organización Mano Negra.¹² Desde Viena, Austria, se interpretó que Belgrado era responsable del asesinato y un mes después, le declaró la guerra a Serbia. Sobre el hecho en sí mismo, Hobsbawm (2011) señala que era, en verdad, intrascendente: «No era infrecuente el asesinato de un personaje público» y agrega que la reacción debe ser analizada partiendo de que «cualquier incidente —incluso la acción de un estudiante terrorista en un rincón olvidado del continente— podía provocar ese enfrentamiento, si una sola de las potencias que formaban parte del sistema de bloques y contra bloques decidía tomárselo en serio» (p. 287). Así, la amenaza de Austria hacia Serbia y el pleno apoyo de Alemania a su aliada aseguró el desenlace del conflicto. Luego llegó el apoyo ruso a Serbia y con ello, el involucramiento de las naciones que conformaban la Triple Entente. Es en este sentido que Hobsbawm (2011) indica que «la paz fue rechazada por todas las potencias» (p. 276). Como por efecto dominó, las principales naciones europeas se fueron involucrando en el conflicto por el entramado de alianzas político-militares que habían tejido en el último cuarto del siglo XIX.

La Primera Guerra Mundial tuvo características que marcaron importantes diferencias con las guerras europeas anteriores. En primer lugar, fue masiva y la denominación que le asignaron sus contemporáneos, como la Gran Guerra, se explica porque nunca antes se había desarrollado un enfrentamiento de esta magnitud:¹³ la cantidad de soldados en el campo de batalla, las maquinarias bélicas de las que disponían los ejércitos, el armamento producido por la industria, así como la potencia de la destrucción del paisaje de cada nación involucrada y la cantidad de muertes que engendró. Todo fue masivo y, desde 1914, quedó inaugurada «la era de las matanzas» (Hobsbawm, 2010a, p. 32). Además, la experiencia de la muerte recorrió todo el continente, marcando para siempre la vida de esos hombres y mujeres que fueron contemporáneos. Tras 1918, esas sociedades no estaban dispuestas a volver a involucrarse en un enfrentamiento que, nuevamente, contara los muertos en millones, destruyera el paisaje y agotara las economías nacionales. Sin embargo, algunos veteranos no supieron volver a la paz y desarrollaron un sentimiento irrefrenable de superioridad, germen de los grupos de la derecha y el militarismo radicalizado que surgieron en la posguerra.

En segundo lugar, durante este conflicto armado, todas las economías se orientaron a las exigencias de la guerra, mientras los hombres pasaban de las fábricas a las trincheras. Por otro lado, en el campo de batalla, se desarrolló la estrategia defensiva de fortificaciones que mantuvieron una parálisis sangrienta de las posiciones de las potencias beligerantes en el frente occidental. Mientras tanto, con el armamento naval, cada bando intentaba provocar el hambre entre la población civil enemiga y asfixiar su economía. Por último, en 1917 se produjo un quiebre que cambió el rumbo de la Primera Guerra Mundial y de la historia, con dos hechos de trascendental importancia que determinaron el triunfo de la Triple Entente sobre la Triple Alianza: el estallido de la Revolución Rusa,

con su consiguiente salida de la guerra, y el ingreso de Estados Unidos al bando de Inglaterra y Francia, con un fenomenal desembarco de armamentos y soldados.

Para 1917, el frente occidental se encontraba sin mutaciones, pero Alemania había alcanzado una victoria en el este, empujando a Rusia a la revolución, la posterior salida de la guerra y la firma del Tratado de Brest-Litovsk en 1918 por medio del cual, la mayor potencia de Europa oriental perdía una parte considerable de sus territorios. La irrupción de los bolcheviques en el Palacio de Invierno, en una Rusia en la que se había popularizado el lema *pan, paz y tierra*, es uno de los acontecimientos más relevantes del siglo xx: fue la primera revolución socialista que logró imponerse victoriosa y que se sostuvo en pie por más de setenta años. Asimismo, se desató en un país que no cumplía con ninguna de las condiciones que el marxismo clásico había definido como necesarias para el estallido de una transformación del modo de producción capitalista: Rusia era una nación muy extensa y populosa, con una autocracia que había empezado a desarrollar políticas tendientes a la industrialización concentrada solo en algunas ciudades, mientras persistía el ordenamiento feudal y agrario en el resto del territorio ruso. Sin una revolución burguesa precedente, los comunistas le arrebataron el poder a la autocracia. Con ello asentaron un *modelo* de revolución y se abrió un profundo debate al interior del marxismo y de las corrientes revolucionarias que persiste hasta la actualidad.

Ese mismo año, cuando los alemanes se disponían a avanzar sobre el campo occidental, Estados Unidos realizó un masivo envío de refuerzos y armamentos que equilibraron la balanza en favor de la Triple Entente. Pero Alemania estaba al límite, exhausta por las exigencias de la guerra y, como explica Hobsbawm (2010a), «la conclusión de la guerra fue sólo una cuestión de unas pocas semanas» (p. 37). La victoria en manos de Inglaterra, Francia, Estados Unidos e Italia¹⁴ se plasmó en la firma del Tratado de Versalles en 1919. Este acuerdo de paz persiguió, sin suerte, cinco objetivos. En primer término, con gran relevancia política estratégica, se orientó al permanente debilitamiento de Alemania y a controlarla ya que había estado muy cerca de aplastar a sus enemigas. En segundo lugar, imponía que era la única culpable y, por tanto, debía solventar los costos de la guerra, se le prohibió contar con una flota y con fuerza aérea, se redujo el tamaño de su ejército y se ocupó militarmente una zona. En tercer término, con sobresaliente centralidad, se encaminó a evitar la propagación de la revolución comunista al crear un *cordón sanitario* para evitar el avance rojo sobre el continente europeo con la conformación de países antibolcheviques como Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia y Rumania. En cuarto lugar, este pacto tenía la pretensión de reordenar el mapa europeo tras el hundimiento del Imperio Ruso, Austrohúngaro y Turco Otomano.¹⁵ Por último, se propuso contar con un mecanismo capaz de encauzar futuros conflictos de forma pacífica, pública y democrática, es decir que impidiera el estallido de una nueva guerra: la Sociedad de Naciones.

Pero la paz acordada en Versalles se evaporó, sin lograr asegurar la estabilidad y la tranquilidad en Europa. La persistente inquietud de Francia por su cercanía con Alemania; el corrimiento de Inglaterra de su posición hegemónica; la salida de un mundo eurocéntrico y eurodeterminado con el ingreso de nuevos jugadores de peso como Estados Unidos y Japón; la exclusión del sistema internacional de dos grandes potencias europeas como la URSS y Alemania; así como la negativa de la potencia americana a firmar el acuerdo de paz y a integrar la Sociedad de Naciones. Todo esto se combinó hasta dinamitar lo establecido en París, dejando en evidencia que no habría equilibrio posible bajo las reglas del desguace, la proscripción y el estrangulamiento económico-militar.

El mundo de entreguerras

Desde fines del siglo XIX, Estados Unidos había iniciado la consolidación de su posición dominante en el continente americano a partir de dos procesos. En primer lugar, su política imperialista clásica bajo los imperativos de la doctrina Monroe (1823), fundamentalmente con los países de Centroamérica y el Caribe, así como por su capacidad para imponer condiciones absolutamente desiguales en las relaciones de intercambio comercial. Además, tras la guerra de Secesión (1861-1865)¹⁶ originada en la polémica en torno a la esclavitud, el triunfo de los estados del norte industrializados sobre los agrarios y los rurales del sur, había asegurado el crecimiento económico bajo las reglas del capitalismo. Este desarrollo se apuntaló a lo largo de la Primera Guerra Mundial y con su determinante ingreso en el conflicto, en el año 1917, terminó por consolidarse como una potencia mundial. Su injerencia se tornó ineludible con el trazado del nuevo sistema internacional que se edificó en Versalles. El peso de Norteamérica marcaba el quiebre del eurocentrismo, tanto que la desaprobación de su Congreso a firmar ese Tratado de paz y a integrar la Sociedad de Naciones marcó la ruina de estas instituciones.

Además, como señala María Dolores Béjar (2011), a diferencia de Inglaterra, Estados Unidos tenía la particularidad de contar con abundantes materias primas y un gran mercado interno que lo volvía relativamente independiente del comercio mundial. Su autarquía rompía con el orden mundial que había edificado Gran Bretaña que sí dependía de las importaciones, la estabilidad monetaria, el comercio y el flujo de capitales en el mundo. En otros términos, no asumió una función estabilizadora de la economía mundial. Asimismo, como esta nación no había comprometido su territorio en la disputa bélica y su economía, centrada en la producción de materias primas e industrial, no quedó atrapada en las exigencias de la guerra, en las primeras décadas del siglo XX, Estados Unidos se consolidó como la mayor productora industrial y acreedora a nivel mundial. De esta forma, después de la firma del tratado de paz bajo la presión de la *diplomacia de la venganza* (Feinmann, 2005) emergió como «el principal motor de la reconstrucción de la economía europea y la reactivación del comercio mundial» (Béjar, 2011, p. 92). Los grandes grupos que

dominaban el centro neurálgico de las finanzas norteamericanas, Wall Street, se orientaron a la estabilidad de la economía internacional y a la reconstrucción económica y territorial de las zonas europeas que habían quedado devastadas tras la guerra. Incluso la de Alemania, entendiendo que esta nación era central para el concierto económico mundial, más allá de las preocupaciones y temores franceses.

Pero esta incuestionable centralidad de Estados Unidos tuvo un capítulo trágico en el periodo de entreguerras. Para analizar este proceso que profundizó los descontentos y los asuntos pendientes tras la Primera Guerra Mundial, dando paso a la Segunda, resulta ineludible conocer las particularidades de la década de 1920. La primera mitad de este decenio se caracterizó por importantes fluctuaciones económicas derivadas de la ampliación del gasto público que realizaron los Estados y que dieron lugar a la plena ocupación y la puja redistributiva de los recursos. Esto se combinó con las limitaciones para equilibrar la producción y la demanda, así como el peso de la deuda contraída por la guerra. A estos movimientos, se agregaron fuertes conflictos sociales. En la segunda mitad, la economía se estabilizó de forma sostenida y, como propone Béjar (2011), la recuperación fue tan evidente que se emplearon nombres específicos para designar el periodo: *los dorados veinte* en Alemania, *los años felices* en Estados Unidos y *los años locos* en Francia. En este punto, cabe destacar que estas mejoras se vieron en la actividad industrial, mientras que el ámbito rural padeció severas dificultades tras la caída de los precios de los alimentos y las materias primas al finalizar el conflicto armado.

Sin embargo, en estos años, el crecimiento de la productividad no fue acompañado por la creación de un mercado de masas sólido basado en la recomposición salarial: «Las bases de la prosperidad de los años veinte no eran firmes, ni siquiera en Estados Unidos» (Hobsbawm, 2010a, p. 107). La agricultura y los salarios estaban estancados, mientras los beneficios aumentaron desproporcionadamente. De hecho, por la debilidad de la demanda y el consumo interno, se la alentó a través de la expansión del crédito. Mientras a las empresas les fue bien y crecía la cadena crediticia, se fue consolidando la especulación y la sobreinversión en el mercado bursátil. De esta manera, el incremento de la actividad bursátil —*la bolsa*— produjo el aumento de la cotización¹⁷ de las acciones de las empresas y empezó a ser vista entonces como una fuente de ingresos para los pequeños ahorristas. El problema es que la rentabilidad se desprendía de la actividad especulativa y no existía un equilibrio entre lo que se demandaba y la productividad del sistema industrial que, aunque asombraba al mundo con la potencia de los avances del fordismo,¹⁸ no era absorbido por el consumo. La consecuencia fue la sobreproducción y la especulación. Esta timba financiera, alentada por el aumento de los valores en la bolsa, favoreció la inversión de dinero prestado, generando un escenario cada vez más frágil por la disociación entre la economía real y el mercado financiero. Cuando esto se hizo evidente, la burbuja explotó.

En un contexto determinado por la incapacidad del mercado internacional para absorber la expansión productiva, en el que se generó un desequilibrio entre la producción y la demanda —sobreproducción—, el fomento al consumo a través del crédito, la inversión del dinero prestado en la actividad especulativa bursátil de gente de a pie sin liquidez (dinero en mano) y los bancos abrumados por la incapacidad de cobro, se produjo entonces el quiebre de la Bolsa de Wall Street en octubre de 1929. Este derrumbe económico, con epicentro en Nueva York, tuvo consecuencias catastróficas a nivel internacional porque el mundo entero tenía relaciones con la potencia norteamericana y era sensible a sus movimientos o alteraciones. Europa estaba profundamente vinculada con esta nación prestamista que, en 1924, había lanzado el Plan Dawes y, en 1929, el Plan Young como parte del plan de reparaciones y cobro de las deudas.

La principal y más traumática consecuencia fue la generalización del desempleo en los países industrializados, que se combinó con la dramática ausencia o insuficiencia de los servicios sociales. En medio de esta debacle, los partidos políticos de izquierda sumaron grandes cantidades de afiliados y la propagación del estancamiento y el retroceso en la economía, con excepción de la Unión Soviética, reavivó el temor burgués a la revolución social. La necesidad de restablecer el orden capitalista, llevó a implementar diferentes ensayos dentro de las reglas del capital, pero abandonando las reglas del liberalismo económico (como fundamento para la organización de la producción y la distribución) que cayó en descrédito.

Esta primera gran crisis del capitalismo impactó en todos los puntos geográficos en los que se había extendido el poder financiero estadounidense después de 1919: Norteamérica pasó de exportar capital a exportar desempleo, quiebras y angustias. En este escenario, Alemania fue una de las zonas más duramente afectada por el cimbronazo especulativo, ya que, tras la Primera Guerra Mundial, había recibido frondosos socorros de Estados Unidos. La caída bajo el yugo de la dependencia fue estrepitosa y la condena popular hacia los dirigentes que habían conducido al desastre fue rotunda. La identificación de un culpable, la consagración de una alternativa al salvajismo del capitalismo liberal, el proteccionismo y el desarrollo económico autárquico, así como la aparición de un liderazgo carismático en el siglo de los grandes movimientos de masas, conformó la alternativa para el pueblo alemán.

En el caso norteamericano, la crisis detonó las propuestas del partido republicano y permitió el ascenso del demócrata Franklin Delano Roosevelt en 1933. La apelación a algunos de los preceptos claves de la heterodoxia económica, especialmente las recomendaciones del economista británico John Maynard Keynes, fueron centrales: la propuesta era promover la inversión pública como mecanismo generador de puestos de trabajo y, por tanto, de recuperación de la demanda. En otros términos, el inglés explicaba que si el

Estado inyecta dinero en la economía, por ejemplo, a través de las inversiones en obra pública (para construir autopistas, puentes, edificios públicos, etcétera) esto generaría nuevos empleos y, por tanto, salarios. Con el dinero de sus ingresos, los trabajadores demandarían bienes de consumo. Esa necesidad de consumir generaría nuevos puestos de trabajo y con ellos más salarios y, por tanto, más consumo. De este modo, que el Estado invierta dinero daría lugar al inicio de un círculo virtuoso que volvería a poner de pie la economía: la centralidad del Estado como el ordenador de las decisiones, el garante de las relaciones entre los actores económicos (trabajadores y empresarios) y pieza clave para la recuperación económica. A la clásica idea ortodoxa del liberalismo que sostenía que el mercado se autorregula solo y que las crisis surgen de las intervenciones del Estado, en este clima de época se consolidó la propuesta de John Maynard Keynes para asegurar la salida a la crisis a través de una firme injerencia estatal.

Sin embargo, en el periodo de entreguerras, la crisis no solo arrojó consecuencias económicas y territoriales devastadoras, sino también humanas y valorativas. Con el hundimiento de los pilares y de las instituciones del liberalismo político clásico, se relativizó el rechazo categórico a las dictaduras, el respeto por el sistema electoral constitucional, la necesidad de los derechos y las libertades civiles. Con este derrumbe, se cuestionaron también los valores de la civilización que terminaron por declinar durante la Segunda Guerra Mundial (Hobsbawm, 2010a). Este fuerte cuestionamiento al ideario del liberalismo político no fue protagonizado por la izquierda, sino fundamentalmente por una nueva derecha antiliberal que despuntó en la primera posguerra y alcanzó su plenitud en la antesala del enfrentamiento de 1939-1945. En ese sentido, Hobsbawm (2010a) propone:

Esa crisis instaló en el poder, tanto en Alemania como en Japón, a las fuerzas políticas del militarismo y la extrema derecha, decididas a conseguir la ruptura del *statu quo* mediante el enfrentamiento, si era necesario militar, y no mediante el cambio gradual negociado. Desde ese momento, no solo era previsible el estallido de una nueva guerra mundial, sino que estaba anunciado (p. 43).

La consecución bélica

«Nadie, ningún politólogo serio, negaría hoy que las dos bombas atómicas arrojadas por los norteamericanos en Japón fueron, no solo para terminar la guerra, sino para evitar que los soviéticos se adueñaran del imperio de Hirohito. Y para exhibirles, como modo de amedrentamiento, el devastador poderío nuclear de los Estados Unidos. El miedo a la “ola roja”, a su expansión, a sus conquistas, funcionó una vez más. Había que tirar esas bombas: para liquidar a los japos, desde luego, pero —proyectando las cosas hacia el futuro— porque todos sabían que la nueva guerra ya había estallado. La nueva, la

verdadera, la que enfrentaba a los auténticos adversarios: occidente y el oriente soviético.»
José Pablo Feinmann (2005)

El período de entreguerras fue signado por la fragilidad de la paz y la hecatombe de la economía mundial. La crisis de la década de 1930 fue afrontada por los países del mundo —a excepción de la URSS que parecía inmune a las consecuencias—¹⁹ con políticas de planificación económica dirigidas (elaboradas e implementadas) por el Estado, con el objetivo de orientar las decisiones de los diferentes actores de la economía. La protección de la producción nacional, la instrumentación de acciones estatales tendientes a la independencia económica y al control de los principales resortes económicos, la inversión en obra pública, los subsidios a las ramas estratégicas de la economía y las políticas sociales, fueron algunas de las estrategias que, con diferentes matices según el caso, fueron comunes en los países envueltos en la crisis.

De esta manera, las respuestas a la debacle económica, política e institucional implicaron no solo el abandono del liberalismo económico, sino también el profundo cuestionamiento a los valores de la democracia liberal clásica. El resurgimiento de la extrema derecha militarizada en Italia y Alemania, donde el partido nazi y el fascismo encontraron la posibilidad de acceder al control del gobierno, debe ser entendido a partir del señalamiento anterior, así como inscripto en la *diplomacia de la venganza* con la que se concluyó la Primera Guerra Mundial, el incumplimiento del Tratado de Londres y la dependencia económica que mantuvo especialmente Alemania con Estados Unidos a lo largo de la década de 1920. Este entramado echa luz a estas experiencias autoritarias que se desarrollaron en el corazón de Europa central.

En este contexto de crisis, las relaciones entre los países se fueron deteriorando. Los centros imperialistas incrementaron sus *vínculos* con las colonias, mientras que Italia, Japón y Alemania también buscaban expandirse. De esta manera, Italia y Alemania estrecharon sus alianzas y apoyaron a Francisco Franco en la guerra civil española (1936), conformando el eje Berlín-Roma. Paralelamente, firmaron sus pactos de cooperación mutua ante posibles ataques externos, a los que un año más tarde se sumó Japón.

En este marco, la fragilidad de la paz era amenazada, fundamentalmente, por el accionar de dos países: Japón —que pretendía expandirse hacia el Pacífico— y Alemania. La amenaza constante que significaba, sobre todo el nazismo, permitió que sin demasiadas convicciones, las democracias europeas y el comunismo soviético exploraran la posibilidad de unirse en un frente antifascista. Este acuerdo contra el enemigo en común se concretó con la conformación de dos grandes sistemas de alianzas permanente: por un lado, el Eje integrado por Italia, Alemania, Japón; por el otro, la Alianza entre las democracias occidentales y el comunismo que incluyó a Estados Unidos, Inglaterra, Francia y la

URSS. Como explica Béjar (2011), la Segunda Guerra Mundial fue la pelea entre dos tipos de Estados capitalistas: el democrático y el nazifascista. También, entre dos tipos de regímenes que compartían el antiliberalismo y el autoritarismo, pero con proyectos contrarios: el nazismo y el comunismo. Así, a diferencia de la Gran Guerra (1914-1918), esta tuvo un carácter profundamente ideológico.

La confrontación entre los dos bloques condicionó las relaciones internacionales y se libró en múltiples frentes: militar, ideológico, político y propagandístico. Probablemente, desde el punto de vista militar, la ocupación japonesa de Manchuria (1931) haya sido el primer episodio que llevaría al estallido de la guerra. Pero el desencadenante fundamental fue el virulento accionar del Tercer Reich. Las ideas articuladas de racismo, la búsqueda de un *espacio vital* que el extremismo reclama como un derecho y el anticomunismo, funcionaron motorizando el expansionismo alemán, que empezó por desconocer los límites al rearme que pesaban sobre esta nación e inició una carrera de ocupación territorial, mientras Francia y Gran Bretaña observaban los movimientos del ejército nazi sin intervenir, con la seguridad de que sería difícil convencer a sus pueblos de ingresar a un nuevo entrenamiento bélico a escala mundial. Pero el quiebre se produjo, finalmente, con la invasión a Polonia en 1938. Las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial no podían seguir eludiendo la avanzada militar alemana y le declararon la guerra. Una vez más, Europa se sumergió en los horrores del campo de batalla a gran escala.

La Segunda Guerra Mundial implicó el despliegue de una brutal maquinaria bélica que arrasó con territorios, economías y una parte importante de la humanidad.

Referencias

Béjar, M. D. (2011). *Historia del Siglo XX*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Bender, T. (2011). *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Bianchi, S. (2013). *Historia social del mundo occidental. Del feudalismo a la sociedad contemporánea*. Bernal, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.

Hobsbawm, E. (2010a). *Historia del siglo XX*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Crítica.

Hobsbawm, E. (2010b). *La era del capital. 1848-1875*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Crítica.

Hobsbawm, E. (2011). *La era del imperio: 1875-1914*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Crítica.

Feinmann, J. P. (3 de abril de 2005). La Primera Guerra Mundial. *Página 12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-49242-2005-04-03.html>

Feinmann, J. P. (18 de octubre de 2005). La construcción del enemigo. *Página 12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-284074-2015-10-18.html>

Fernández, A. (2017). La ley argentina de inmigración de 1876 y su contexto histórico. *Almanack*, (17), 51-85. doi: 10.1590/2236-463320171705

Jauretche, A. (1959). *Política nacional y revisionismo histórico*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Peña Lillo.

Lenin, V. I. U. [1916] (2008). *Imperialismo, fase superior del capitalismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Libertador.

Marx, K. [1867] (1973). *El Capital. Crítica de la economía política*. Tomo I. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Santos, B. S. (2009). *Una epistemología del Sur*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Santos Discépolo, E. (1934). *Cambalache* [Tango].

Notas

1• En 1876, el presidente Nicolás Avellaneda promulgó la Ley de Inmigración. Sobre esta normativa, Alejandro Fernández (2017) sostiene que fue concebida como un mecanismo de modernización en tanto que le asignaba al inmigrante europeo ciertos atributos sociales y económicos que apuntalarían el progreso nacional. Además de este instrumento legislativo, en la Argentina se creó un Departamento General de Inmigración, se dispuso de agentes estatales radicados en Europa y subsidió pasajes. Es decir que hubo una deliberada intervención estatal para apuntalar y orientar este fenómeno como sinónimo de prosperidad, orden y civilización.

2• Este punto será retomado para analizar la implementación de la técnica y la razón humana en las experiencias totalitarias del siglo xx, cuando la razón se empleó para fabricar muerte en los campos de concentración.

3• Sobre este aspecto, cabe señalar que el monopolio es enemigo de la libre competencia —en el que todos tienen las mismas posibilidades de ofrecer y demandar—, estandarte del liberalismo económico reinante desde el nacimiento del capitalismo. El monopolio inhabilita esta libertad, en tanto que la concentración da lugar a la extinción de aquellos actores más pequeños que ofrecían bienes y condena a los demandantes a satisfacer sus necesidades bajo las reglas del único oferente: el monopolio.

4• Es el capital que deriva de la concentración de la producción, la conformación de monopolios y de la fusión entre la industria y los bancos.

5• Según Lenin [1916] (2008), la conquista y el reparto del mundo se dio en dos formatos. La colonia (una relación asimétrica entre el dominante y el dominado, en la que el primero tiene un control absoluto del destino político y económico del segundo) y la semicolonía (una relación que también resulta asimétrica, pero en la que el dominante ejerce un control imperial de los principales resortes de la economía del dominado, aunque este último tiene una supuesta independencia económica. Decimos supuesta porque el control económico impacta en la libertad política).

6• Tras la gran depresión se desarrolló la gestión científica, cuyo fundador fue Frederick Taylor. En torno a 1880, buscó resolver las problemáticas industriales con mecanismos más racionales para controlar las tareas y maximizar los beneficios a costa de los trabajadores. Así se implementaron tres mecanismos, principalmente: aislar al trabajador y transferir el control del proceso productivo a la dirección; una descomposición de los procesos en varias etapas cronometradas y con movimientos estipulados; y nuevas formas de pago que generarán incentivos en los trabajadores (Hobsbawm, 2011).

7• Una geografía históricamente atravesada por los intereses de diferentes imperios, que abrieron cruentas guerras por la delimitación de las fronteras, por las nacionalidades y por las identidades de estos pueblos.

8• El Congreso de Viena se celebró entre 1814 y 1815. Estuvo conformado por Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia. Estas potencias tenían la pretensión de reordenar el mapa europeo tras las guerras napoleónicas y asegurar la restauración monárquica en las zonas que habían sido conquistadas por la Francia de Napoleón I Bonaparte. El retroceso que se impuso en materia de libertades y derechos políticos dio lugar a la oleada de revoluciones liberales entre 1815 y 1848.

9• Alemania y el Imperio Austrohúngaro se habían aliado en 1882. Posteriormente, se les sumó Italia que, un año más tarde, en 1915, abandonó la Triple Alianza a partir de un pacto secreto (el Tratado de Londres) que entabló con Inglaterra, Rusia y Francia: su pase a la Triple Entente a cambio de territorios balcánicos. Sin embargo, cuando finalizó el conflicto bélico no fue cumplido en su

totalidad generando rencores entre los italianos. Este descontento será un elemento detonante de las controversias que dieron paso al estallido de la Segunda Guerra Mundial.

10• En 1870 estalló la Guerra Franco-Prusiana que terminó con el triunfo de Prusia, dando lugar a la conformación del Imperio alemán y el control del mismo sobre la zona de Alsacia y Lorena. Estos territorios volvieron a formar parte de Francia tras la Primera Guerra Mundial.

11• Los alemanes esperaban que Inglaterra se mantuviera neutral en tanto que habían tenido conflictos con Francia y con Rusia. Sin embargo, ponderó su enemistad con el peligro ascendente alemán y dejó de lado viejas riñas coloniales con los franceses y los rusos en medio de la «globalización del juego de poder internacional» (Hobsbawm, 2011, p. 280): nuevos jugadores, nuevas reglas, nuevos objetivos, sin el dominio absoluto de Inglaterra.

12• Este atentado se inscribe en la conflictiva historia de los Balcanes y en la anexión del Imperio Austrohúngaro que en 1908 había avanzado sobre las provincias de Bosnia y Herzegovina que pertenecían a Serbia. Este hecho resulta ejemplificador de todas las pretensiones imperiales sobre la zona de los Balcanes: frente a las expresiones nacionales, se encontraban los intereses expansionistas del Imperio Otomano y el Austrohúngaro.

13• En la época de la paz armada, hubo un sólo conflicto que enfrentó a más de dos potencias: la Guerra de Crimea (1854-1856) en donde Rusia peleó contra Gran Bretaña y Francia. Y los conflictos que se suscitaron en los años previos a la Primera Guerra Mundial, no eran en el territorio más inmediato de las potencias, sino en las colonias. Más aún, en la Guerra Franco-Prusiana murieron 150. 000 mientras que en la Primera Guerra Mundial, las bajas se contaban en millones.

14• Es pertinente recordar que Italia se había pasado de bando en 1915, tras la firma del Tratado de Londres.

15• Nuevos países fueron reconocidos internacionalmente: del viejo Imperio Austrohúngaro surgieron Austria, Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia. De la caída del Imperio Otomano, surgió Turquía; del Imperio Alemán se produjo el pasaje a la República de Weimar; y con la caída del Imperio Ruso de los Romanov nació la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

16• En ella se enfrentaron los Estados Confederados de América del Sur (esclavistas) contra la Unión integrada por los estados del norte. Los primeros buscaban separarse de los Estados Unidos, pero fueron derrotados y la esclavitud abolida.

17• La cotización es el precio que se le asigna a un valor o acción en la Bolsa.

18• El fordismo es un sistema de organización de la producción orientada a la reducción de los costos a través de la producción en serie (cadena de montaje), con tareas especializadas en el marco de una expansión del consumo. Su nombre deriva del dueño de la empresa automotriz norteamericana, Henry Ford.

19• Hobsbawm (2010a) sostiene que «mientras el resto del mundo, o al menos el capitalismo liberal occidental, se sumía en el estancamiento, la URSS estaba inmersa en un proceso de industrialización acelerada, con la aplicación de planes quinquenales. Entre 1929 y 1940, la producción industrial se multiplicó al menos por tres en la Unión Soviética [...]. Además, en la Unión Soviética no existía desempleo» (p. 103).

LA REVOLUCIÓN RUSA QUE HIZO TEMBLAR AL MUNDO

Cintia Rogovsky

Resumen

La Revolución Rusa de 1917 es considerada la primera revolución social y un acontecimiento que *sacudió al mundo* en los albores del siglo xx y marcó las décadas posteriores al transformar el orden social y político a escala global. ¿Cómo fue posible que en uno de los territorios más grandes y más poblados de Eurasia, en pleno desarrollo de la Primera Guerra Mundial y con una economía *atrasada* y aún semifeudal, en un país que contaba con ciento cincuenta millones de habitantes, la mayoría campesinos pobres, y una burguesía débil, gobernado por una dinastía autócrata y una poderosa Iglesia conservadora, estallara una revolución que en solo ocho meses transformaría radicalmente la vida social, política, económica y cultural de millones de personas?

«Rusia, aseguraba el poeta Tiuchev, no puede ser comprendida con el intelecto.»
Orlando Figes (2006)

Política, sociedad e ideas en los inicios del siglo xx

Mientras en la joven Argentina de 1917 gobernaba el dirigente radical Hipólito Yrigoyen,¹ sosteniendo la política de neutralidad en lo referente a la Primera Guerra Mundial (1914-1918),² la dinastía Romanov, surgida en 1618 con el primer zar (emperador) Miguel Romanov, estaba a punto de caer, aunque ni siquiera sus más aguerridos enemigos pudieran imaginar que eso iba a ocurrir. Muy pronto el mundo iba a estremecerse con la primera revolución proletaria en una de las naciones más grandes y pobladas del planeta, que rápidamente se extendería a un tercio de la humanidad y cuyas consecuencias marcarían a escala global las siete décadas posteriores. Pero ¿cuándo empezó a gestarse esta revolución socialista?

Una primera hipótesis podría ser que, tal como se describe en otros apartados de este libro, el germen nació con el proyecto de la modernidad capitalista que comenzó al consolidarse la expansión europea en lo que en toda su obra Thomas Bender denomina «mundo oceánico», un capitalismo que se sostuvo con la conquista y la colonización, mediante la esclavitud y la explotación de los pueblos americanos y africanos, y del campesinado y la clase obrera que irá surgiendo. La riqueza de América hizo posible la apropiación originaria del capital (Marx, [1867] 1973) que está en la base del orden capitalista y de la Revolución Industrial. A su vez, la otra gran transformación fundante del orden político republicano —que acompaña el proceso de instalación hegemónica del capitalismo liberal— es la Revolución Francesa de 1789 que, junto con la Declaración de Independencia de los Estados Unidos (1776), marcará también los procesos independentistas en América que atraviesan el siglo xix y los albores del xx.

En el mundo de la cultura también ocurren sucesos que transformarán las subjetividades y los modos de percibir y de habitar el mundo: se escribieron las primeras novelas, se desarrollaron nuevas corrientes artísticas, nació el cine; se registraron por primera vez de manera reproducible obras musicales; se enunció la *muerte de Dios*, se inventaron el psicoanálisis y el marxismo; rodaron cabezas de reyes y reinas, millones se enamoraron, tuvieron hijos, establecieron sus familias en los llamados *nuevos mundos* (América), pueblos enteros fueron aniquilados.

Asimismo, hay que recordar que los siglos xviii y xix se caracterizaron por dos tipos de conflictos: las guerras entre las naciones, con distintos tipos de alianzas entre los países, algunos imperiales, otros menos poderosos, otros que reclamaban independizarse, con los consecuentes cambios de fronteras de acuerdo a los resultados de los conflictos; y las

guerras civiles en el interior de cada nación (nivel local), con cambios de alianzas entre las clases sociales y consecuentes cambios de formas de organización política y social.

Estas reformas y revoluciones buscan determinar quiénes deben gobernar, qué modelos de gobierno habrá y qué sujetos políticos quedarán reconocidos como ciudadanos con determinados derechos económicos, sociales y políticos en las nuevas naciones: derechos de propiedad, de voto, de libertad de expresión, de credo religioso, de comercio, de acceso a la educación, de herencia, de matrimonio, entre muchos otros. Las economías nacionales se irán industrializando en mayor o menor grado, en la medida en que logren consolidar cierta soberanía e independencia (no solo política, sino, sobre todo, económica) respecto de las potencias imperiales europeas. En el caso de Rusia, finalizado el siglo xix todavía se trata de un gigante cuya economía mantiene el modelo feudal de explotación de grandes latifundios, donde trabajan millones de campesinos en condiciones de servidumbre y extrema precariedad, si bien hay un lento proceso de desarrollo urbano e industrial.

El territorio ruso en transformación

En la era de Internet y con la hipercomunicación que vivimos cuesta imaginar lo que significaba la incorporación de dispositivos que conectan por primera vez (modificando de este modo la percepción del tiempo y del espacio) lugares y personas alejadas: el telégrafo, el tren, más adelante el teléfono, jugaron un papel fundamental en esta transformación y fueron indispensables para consolidar el desarrollo económico y social. Sin embargo, en un imperio con uno de los territorios más extensos del planeta como Rusia, finalizado el siglo xix aún no se habían resuelto las comunicaciones internas entre regiones lejanas como la fría Siberia, en el extremo este, y San Petersburgo,³ la capital ubicada en el límite con Europa. El avance tecnológico permite no solo el desplazamiento en el espacio a través de grandes distancias, sino que esta posibilidad impacta en la economía (comercio, abastecimiento de alimentos y mercancías, entre otros) así como en las prácticas sociales, políticas y culturales, y, como consecuencia, en las subjetividades. El poder desplazarse a través de grandes distancias —en trenes y barcos a vapor— modifica la percepción del tiempo que, por un lado se *acorta* (se viaja más rápido) y por otro, con el desarrollo de la electricidad, se *extiende* (las horas productivas ya no dependen del sol). Las fábricas equipadas con tecnologías que incrementan la productividad y la conformación de un nuevo proletariado urbano, modificaron lentamente y de manera desigual la vida de millones de trabajadores rusos: las formas de producir los alimentos, de distribuirlos y de acopiarlos; la explotación agrícola, la propiedad de las tierras; las ideas sobre el mundo y su comprensión, el territorio y el espacio, la propia conciencia de la existencia y la identidad nacional y de pertenencia a una clase social. Ejemplo de ello es el de una de las grandes obras iniciadas —que se completaría sobre el final del siglo xx— por el último zar, Nicolás II, en 1906: la construcción del ferrocarril Transiberiano, una

red ferroviaria que conecta la Rusia europea con las provincias del lejano oriente ruso, Mongolia, República Popular China y con Corea del Norte, que en la actualidad tiene 9288 km de extensión.⁴

Pero también se modifica el mundo de las ideas, las ciencias y la cultura, lo que gravitó en las condiciones que hicieron posible la Revolución Rusa de 1917. La influencia cultural de la Ilustración, en especial de Francia, era muy importante en la Rusia zarista de fines del siglo xix, sobre todo en las capas nobles y medias en ascenso, como se expresa en la literatura y el arte. La apertura hacia Occidente había sido iniciada por Pedro el Grande (1672-1725) y profundizada por Catalina la Grande,⁵ ya fuera por su propia voluntad o empujados por la presión de sectores reformistas descontentos, que empezaban a gestarse y a producir algunas revueltas y atentados contra la monarquía. Ambos monarcas habían introducido reformas en la administración política del imperio, en pos de sentar las bases de un Estado moderno. No obstante, no debe creerse por ello que estas reformas impactaron sobre las condiciones de vida de las masas campesinas ni ampliaron derechos, a excepción de algunos sectores muy minoritarios de la nobleza o de la alta burguesía. Por su parte, tal era la influencia de la cultura francesa en las clases altas, que los niños y las niñas de la nobleza eran educados por institutrices galas y muchas veces aprendían esa lengua antes que la propia lengua rusa; incluso, una parte de la dirigencia consideraba inferior a la cultura eslava. Por esa puerta abierta hacia Occidente no solo iban llegando las ideas políticas y económicas revolucionarias liberales, sino, también, las socialistas. Sin embargo, se considera al último zar como uno de los más conservadores, aun dentro de la tradición autocrática,⁶ y muy lejos de las ideas de algunos de sus predecesores.

La influencia de Marx

A la par que las ideas liberales, llega a Rusia la influencia del pensamiento del filósofo alemán Karl Marx con su materialismo dialéctico, su crítica al capitalismo y sus ideas de revolución socialista proletaria como etapa superior del capitalismo. Esto irá nutriendo a la *intelligentsia*⁷ e iniciando un proceso que hará síntesis, junto con otras ideas y tradiciones, en lo que algunos historiadores como el inglés Orlando Figes (2006) llaman el «populismo ruso» (p. 289). A su vez, las ideas de Marx serán la base en la que se formen muchos militantes y sindicalistas del comunismo, en las fábricas y en las revueltas y huelgas. Entre ellos se destaca quien se convertirá en el mayor líder de la revolución, Vladímir Ilich Uliánov, conocido como Lenin (1870-1924). Entre la *intelligentsia* rusa existía, al mismo tiempo, una búsqueda por la propia identidad —¿existía algo como *un alma rusa?*— que expresaba a sectores muy distintos. Por un lado, una izquierda reformista o revolucionaria, que se oponía al régimen monárquico y donde coexistían reivindicaciones emancipadoras de las mujeres, que rechazaban la violencia del modelo patriarcal tradicional que imperaba en la Rusia campesina, pero, por otro lado, también sectores conservadores y tradicionalistas

que, a veces, coincidían en algunas cuestiones. Los eslavófilos reivindicaban la cultura popular del campesinado ruso y sus costumbres y veían un peligro en la occidentalización, a la vez que defendían, con cierto romanticismo, a la iglesia ortodoxa rusa, que tenía muchísimo poder entre las masas. Muchas de estas ideas aparecían expresadas en el arte y, sobre todo, en la literatura de grandes poetas, como Alexandr Pushkin, y otros escritores que fueron los primeros en utilizar la lengua rusa en sus obras, considerados por ello eslavófilos. Además, algunos de ellos (León Tolstoi, Antón Pávlovich Chéjov), aun con ideas muy diferentes respecto a lo político, denunciaban con intensidad la injusticia del régimen de servidumbre, los desastres de las guerras y las pésimas condiciones de vida del campesinado, militancia que les valió la cárcel, como en el caso de Fiódor Dostoievski. Junto con el positivismo científico y las vanguardias artísticas de fines del siglo XIX, también llegaban de Europa las ideas de Friedrich Wilhelm Nietzsche y de Sigmund Freud quienes, junto con a Marx, son considerados como los *maestros de la sospecha* que pondrán en cuestión las bases del proyecto de la Modernidad.⁸

La Guerra y la ceguera del régimen autocrático

Mientras todo esto acontecía, el zar Nicolás II, con el título de Emperador y Autócrata de todas las Rusias, cabeza de la familia Romanov, gobernaba uno de los territorios más complejos del planeta conformado por varias naciones que hablaban diversas lenguas y religiones, bajo la hegemonía de Rusia y la iglesia ortodoxa, cuya extensión iba desde el este europeo hasta el este asiático, incluyendo Alaska, en América del Norte.⁹ Sin embargo, el último zar y su esposa, la zarina Alejandra —que pertenecía a una familia de la nobleza alemana y era nieta de la Reina Victoria de Inglaterra—¹⁰ parecían no sospechar que la tremenda crisis política que sus actitudes ayudaron a incrementar estaba encendiendo la mecha de una revolución sin precedentes que sacudiría al mundo. La personalidad débil y conservadora de Nicolás II también gravitó para profundizar la crisis que Rusia arrastraba por el atraso con el que, debido a su régimen político, sostenía el modelo de producción feudal. Pese a la tardía liberación de los siervos (1861) y algunas tímidas reformas, la élite de aristócratas terratenientes era una clase parasitaria e improductiva que se apropiaba del producto del trabajo de millones de campesinos, que vivían en estado de servidumbre en los comienzos del siglo XX. El escritor y médico Anton Chéjov, quien «durante la epidemia de cólera que precedió a la hambruna de 1891 dejó de escribir y trabajó como médico de campesinos» (Figes, 2006, p. 324) en el distrito de Moscú, y que luego ayudó a reunir las estadísticas para el primer censo nacional ruso en 1897, daba cuenta de que cada diez niños nacidos en las familias campesinas, seis morían antes del año de vida. Denunciaba, además, la violencia patriarcal con que los campesinos, embrutecidos por sus patrones y por el vodka golpeaban a sus esposas hasta causarles la muerte, situación que los marxistas también señalaban, contradiciendo la visión romántica acerca de la vida campesina que sostenían los sectores del populismo conservador.¹¹

Rusia tenía, asimismo, problemas de conexión entre sus vastos territorios, lo que dificultaba el comercio y la circulación no solo de alimentos, sino también de minerales (indispensables, entre otras cosas, para calefaccionar en sus helados inviernos). El desarrollo industrial era escaso en comparación con las otras naciones europeas, existían restricciones a la prensa y los derechos políticos y el acceso a la educación eran inexistentes para las mayorías. Las minorías nacionales y las diversas etnias (ucranianos, rusos blancos o bielorrusos, georgianos, armenios, uzbekos, tártaros, kazakos, judíos, lituanos, letones, gitanos, adserbeyanos, entre otros) tenían también sus demandas¹² y la larga tradición nacionalista, encarnada en la figura del Zar, comenzaba a hacer crisis. Con escasa autoridad y conocimientos militares, obsesionados por la salud del heredero al trono —el zarevich Iván, quien padecía hemofilia—, Nicolás y Alejandra se dejaban influenciar por un entorno reaccionario que terminó de hacer crisis debido a la presencia de charlatanes o figuras sospechosas, como el *starets* (maestro o consejero espiritual) Grigori Rasputin, que concentraba el rechazo tanto de los sectores populares como de burgueses y nobles, y terminaría asesinado por un complot de la nobleza en 1916. Por su parte, cerca de ciento cincuenta millones de rusos padecían hambre, frío y opresión, mientras los recursos se destinaban a financiar la guerra y a sostener lujosamente una aristocracia ociosa e improductiva. Si bien las cifras aún no están del todo claras, se calcula que dieciocho millones de soldados rusos lucharon en los ejércitos imperiales en las infernales trincheras de la Primera Guerra, sin armas ni uniformes adecuados, de los cuales mil ochocientos murieron. Para algunos historiadores, cuando el Zar partió al frente en 1915 empezaron a escribirse las primeras páginas de la revolución, ya que dejó a cargo del gobierno a su esposa. Alejandra, una mujer de cuarenta y tres años que hasta ese momento había cumplido un papel protocolar, dedicada al cuidado de sus cuatro hijas y del frágil heredero al trono, no estaba en absoluto preparada para gobernar, menos aún en la crítica situación de guerra en la que su vasto imperio se encontraba.¹³ De modo que la figura de la zarina alemana empezó a ser blanco de todo el odio popular que todavía no se animaba a apuntar directamente al Zar: se la acusaba de conspirar con el enemigo alemán, entre otras cosas. Hay que considerar que el pueblo ruso veneraba la figura de su monarca y la inmensa mayoría compartía la creencia de que su poder, infalibilidad e investidura procedían de la voluntad divina —lo llamaban «Padrecito»—.

Campeñxs, obrerxs, soldadx, estudiantes¹⁴

El orden mundial capitalista, con las potencias imperiales europeas en el centro, empezaba a crujiir por dentro. Si bien los discursos, las prácticas y la ideología de la triunfante burguesía liberal impregnaban la cultura dominante para dar lugar a nuevos ordenamientos sociales y políticos, en Rusia la revolución política republicana, burguesa y liberal, iniciada en 1789, parecía no tener ya nada que ofrecer a las masas proletarias (Béjar, 2018). Es por eso que la Revolución Rusa puede entenderse en dos etapas

previas: la primera, fallida, la revolución de 1905; y la segunda, la revolución (burguesa) de febrero de 1917, lograda mediante la unidad contingente de los intereses de los sectores liberales y las masas que, respondiendo en principio a la crisis de autoridad y a la lógica que comenzó en Francia más de un siglo antes, acaba con el régimen zarista e instala un gobierno provisional y un parlamento (Duma) que responderá también a la organización de los sóviet.

Sin embargo, en apenas ocho meses se convertirá en socialista, marxista, roja, y con carácter igualitario para las mujeres, que acceden a derechos como el divorcio y el aborto legal. Esta será la revolución triunfante que dará a luz al primer estado soviético,¹⁵ luego de un período de guerra civil entre los sectores contrarrevolucionarios (y su Ejército Blanco) y el Ejército Rojo, que concluye en 1924 con la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Pero ¿cómo era la Rusia donde se estaba gestando la revolución bolchevique en la mirada de uno de sus protagonistas? Así lo describe León Trotsky (1879-1940), en su famosa *Historia de la revolución rusa* [1932] (2012):

La población de aquellas estepas gigantescas, abiertas a los vientos inclementes del Oriente y a los invasores asiáticos, nació condenada por la naturaleza misma a un gran rezagamiento. La lucha con los pueblos nómadas se prolonga hasta fines del siglo xvii. La lucha con los vientos que arrastran en invierno los hielos y en verano la sequía aún se sigue librando hoy en día. La agricultura —base de todo el desarrollo del país— progresaba de un modo extensivo: en el norte eran talados y quemados los bosques, en el sur se roturaban las estepas vírgenes; Rusia fue tomando posesión de la naturaleza no en profundidad, sino en extensión.

[...] Se diferenciaba en la Europa occidental, sin confundirse tampoco con el Oriente asiático, aunque se acercase a uno u otro continente en los distintos momentos de su historia, en uno u otro respecto. El Oriente aportó el yugo tártaro, elemento importantísimo en la formación y estructura del Estado ruso. El Occidente era un enemigo mucho más temible; pero al mismo tiempo un maestro. Rusia no podía asimilarse a las formas de Oriente, compelida como se hallaba a plegarse constantemente a la presión económica y militar de Occidente (p. 29).

Una nación se agita entre Oriente y Occidente

En 1905 una ola de agitación política en las masas atraviesa el territorio del Imperio Ruso, originada en la derrota de la guerra contra Japón.¹⁶ Demandas muy heterogéneas se formulan al gobierno de Nicolás II para que haga modificaciones en su régimen y lo modernice, ampliando algunas libertades políticas y profundizando la emancipación campesina, a la vez que mejorando las condiciones de vida de la clase obrera. El

descontento aglutina a sectores campesinos y obreros, intelectuales y estudiantes. Huelgas, motines, atentados, expresan el malestar. Presionado por los acontecimientos, el Zar cede a los consejos de sus ministros más liberales, establece una monarquía constitucional limitada y crea la Primera Duma del Estatal del Imperio Ruso.¹⁷

Por una parte, dominan la escena política los militantes revolucionarios del llamado *narodnichestvo* (populismo revolucionario), que tenía como bases ideológicas una especie de síntesis entre el socialismo europeo y el colectivismo eslavo, del que surge en 1898 el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR), de tendencia marxista, que se dividirá en 1903 dando origen a un sector más moderado, los mencheviques, y otro más radicalizado: los bolcheviques. Líder del sector bolchevique, Lenin publica en 1902 una obra clave que resume sus ideas del momento, a la vez que convoca a la acción: *¿Qué hacer?* Por otra parte, algunos partidos de izquierda, como el Partido Social-Revolucionario (SR),¹⁸ mediante su brazo armado, causan una serie de atentados políticos y asesinan a miembros importantes del gabinete del Zar, entre los que se destacan dos ministros del Interior responsables de la política represiva hacia los obreros, estudiantes, huelguistas y activistas políticos (Sipiaguin en 1902 y su sucesor, von Plehve, en 1904). La reacción no se hace esperar y se profundiza el control y la represión policial, así como las restricciones a la participación política. Asimismo, la derrota contra Japón profundiza el descontento: si bien la tradición popular y nacionalista rusa lleva a que en los comienzos el pueblo apoye la guerra, el hambre, la enorme cantidad de bajas ocasionada por los desastres militares y la debilidad del gobierno incrementan el malestar y crecen las protestas campesinas que se expresaban mediante la quema de granjas en todo el territorio.

Domingo sangriento y nuevos liderazgos

El 9 de enero (22 de enero según el calendario gregoriano que se usaba en Europa) se produce el llamado Domingo Sangriento, cuando una pacífica manifestación obrera en San Petersburgo —encabezada por un clérigo y formada por obreros y campesinos desarmados, que portaban cruces—, cuyo objetivo era entregar al Zar una petición de mejoras laborales, fue brutalmente reprimida por las tropas cosacas y los soldados apostados frente del Palacio de Invierno, que dispararon sucesivas descargas de fusiles contra la multitud y luego persiguieron y atacaron a los sobrevivientes por las calles de la ciudad. Se calcula que hubo al menos al menos dos mil muertos, muchos de ellos niños y niñas. Mientras tanto, el zar Nicolás había abandonado la ciudad por temor a su seguridad. Las noticias de la brutal represión y la huida del Zar generaron una oleada de protestas en todo el imperio. La ruptura del centenario pacto de amor y respeto del pueblo ruso por su monarca, y por el régimen autocrático que los había traicionado de esa forma, ya no tendría vuelta atrás. Nicolás perdió allí su última oportunidad posible de iniciar una serie de reformas al estilo de las monarquías constitucionales y liberales europeas, y, por el

contrario, reafirmó la autocracia, limitó más las libertades civiles y acentuó así el rechazo que no solo los sectores populares sino parte de la nobleza sentían por su gobierno, corrupto, débil y decadente.

Si bien esta primera revolución no resultó triunfante, la legitimidad y la diversidad de los reclamos no podría acallarse por más que se reprimieron las huelgas que se extendían por todo el país y se asesinara a cientos de trabajadores. Aunque en apariencias se restableció el *statu quo*, nada volvería a ser igual, aunque habría que esperar a la Primera Guerra Mundial para que llegara lo que el periodista norteamericano John Reed llamó, en un libro titulado así, los *Diez días que estremecieron al mundo* (1918).

Pese al fracaso de esta revolución, la experiencia sentó las bases de 1917 y consolidó nuevas alianzas y liderazgos. Merece mencionarse el caso de Trotsky, líder por entonces de los mencheviques, quien organizó la huelga de doscientas fábricas (Gran Huelga de octubre) que paralizó la capital rusa por varios días: no circularon tranvías, ni operaron telégrafos ni teléfonos. También Lenin tendrá un papel destacado, a pesar de que se encontraba en el exilio cuando estalló la revolución de 1905, volvió clandestinamente al país y participó activamente de los disturbios. Por su parte, los sectores universitarios fueron duramente perseguidos —de hecho, se cerraron todas las universidades hasta fin de año— y se acusó a docentes y estudiantes de ser agitadores. Una de las obras más destacadas de la historia del cine, *El acorazado Potemkin*, dirigida por Sergei M. Eisenstein en 1925, relata justamente uno de los episodios más destacados de esta revuelta: el motín de los marineros de ese acorazado, que se habían sublevado cansados de los malos tratos y de que les dieran alimentos en mal estado y fueron reprimidos al punto de que las fuerzas imperiales asesinaron a todos los amotinados. Cuando acabaron los disturbios, en diciembre, el país era otro. Se crearon o legalizaron algunos partidos políticos liberales y se dispusieron elecciones limitadas para la primera Duma, que fueron boicoteadas por los bolcheviques. En abril de 1906, el gobierno promulgó una Constitución, que marcaba los límites de este nuevo orden político que consagraba la autocracia, como si nada hubiera pasado.

La mecha se enciende: ¿burgueses o proletarios?

La Primera Guerra precipitó los acontecimientos de febrero de 1917 que derrocaron al régimen zarista y se pueden sintetizar del siguiente modo: derrotas militares rusas (sobre todo en Prusia Oriental); un sistema fabril insuficiente para abastecer a la población de alimentos y de armas a los soldados en el frente; una red ferroviaria ineficiente; cerca de 1800 mil rusos que morirían en esta guerra, la mayoría de origen campesino y obreros; la impopularidad crecientes del Zar y la Zarina; la hambruna y las enfermedades; la huelga entre los obreros de San Petersburgo, en febrero de 1917.

El 23 de febrero (8 de marzo según el calendario gregoriano, es decir, el Día de la Mujer),¹⁹ las mujeres de San Petersburgo se manifiestan para exigir pan y reciben el apoyo de los obreros huelguistas. Enfrentadas a la policía, hay testimonios (Figes, 2017) que dan cuenta de que algunos soldados del regimiento de San Petersburgo se resisten a la orden de reprimir, al recordar los trágicos sucesos del Domingo Sangriento de 1905, y reconocer entre las mujeres a sus propias madres, hermanas, esposas (Figes, 2010). Si bien al principio los soldados reprimen y hay muertos, en pocos días algunos regimientos y parte de la policía se sublevan y se ponen del lado de los manifestantes, lo que obliga al régimen zarista a enviar a sus cosacos para reprimir la revuelta. Sin embargo, van creciendo las consignas que convocan a derrocar la autocracia y poner fin a la guerra.

Desesperado, Nicolás disuelve la Duma y nombra un comité interino. Mientras tanto, todos los regimientos de la guarnición de San Petersburgo se unen a la revuelta y es por eso que algunos historiadores sostienen que fueron las mujeres y los soldados quienes iniciaron la Revolución Rusa. Finalmente, el Zar no tuvo más remedio que abdicar el 2 de marzo, y designar a su hermano, el gran duque Miguel Aleksándrovich, quien rechazó la corona. Luego de tres siglos, terminaba el gobierno de la dinastía Romanov y se realizaban las primeras elecciones en el sóviet de la capital rusa. Más de un centenar de víctimas (casi todos manifestantes) para la caída del régimen parecía un costo bajo, y el entusiasmo revolucionario recorrió el país. La mecha se había encendido y nadie sabía lo que iba a ocurrir.

La Revolución de Febrero, de carácter burgués y liberal, logró derrocar al régimen y establecer un Gobierno Provisional y un nuevo Parlamento o Duma. La abolición del absolutismo sugería que el gigante ruso seguiría los pasos de otras potencias europeas, como Inglaterra o Francia. Incluso para los propios bolcheviques, cuando las masas ocuparon las calles en febrero de 1917, no se trataba de una revolución sino de una reforma (Béjar, 2018), ya que estaban formados en las ideas de Marx, quien había planteado que para llegar al comunismo primero había que pasar del feudalismo al capitalismo. Marx, consultado en 1881 por la militante revolucionaria rusa Vera Zasúlich respecto de si existía una «necesidad histórica que obligara a todos los países del mundo a atravesar todas las fases de la producción capitalista antes de llegar al socialismo» (Béjar, 2018, p. 78), no había dado una respuesta, aunque sí lo había hecho Friedrich Engels, quien había afirmado que «la gente que encienda la mecha será barrida por la explosión» (Béjar, 2018, p. 78).

Oktubre rojo: *the right man in the right place*

Uno de los relatos más famosos y extraordinarios sobre estos sucesos es sin duda el diario de John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo* (1918).²⁰ Al considerar los sucesos

de febrero, que había instalado en el poder al Gobierno Provisional encabezado por el menchevique Kerenski, sostenido por una alianza de sectores liberales y una izquierda moderada, Reed (1918) sostiene:

Para los intelectuales y los hombres de negocios, la revolución había ido ya bastante lejos y comenzaba a durar demasiado; era tiempo de que todo volviese al orden. Compartían este sentimiento los grupos socialistas «moderados», los *oborontsi*, los mencheviques recalcitrantes y los socialrevolucionarios, que sostenían al Gobierno provisional de Kerenski (s. p.).

Estos sectores se oponían a llevar más lejos este *primer acto* de la revolución, que ya habían alcanzado los objetivos por ellos soñados, destituir al régimen zarista y establecer una república liberal. Sin embargo, Reed (1918) explica:

[...] las masas obreras y los campesinos se resistían obstinados a creer que el primer acto hubiese terminado. [...] En Febrero, los obreros y soldados de Petrogrado se habían sublevado no solo a pesar de la voluntad patriótica de todas las clases cultas sino también a despecho de los cálculos de las organizaciones revolucionarias. Las masas se mostraron irresistibles. Si ellas mismas se hubieran dado cuenta de ello, se habrían hecho con el poder. Pero todavía no había a su cabeza un partido revolucionario fuerte y consagrado. El poder cayó en manos de la democracia pequeño burguesa, camuflada bajo los colores del socialismo. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios no podían hacer uso de la confianza de las masas más que llamando al timón a la burguesía liberal (s. p.).

A medida que avanzaban los meses, el Gobierno Provisional se mostraba incapaz de satisfacer las demandas de las masas sublevadas y, más bien, estaba dispuesto a poner freno a su revolución. Para el mes de agosto, según el propio relato de Trotsky [1932] (2012), las «clases poseedoras» (p. 251) estaban planeando un golpe de Estado contrarrevolucionario, para restaurar el orden burgués y desarmar al pueblo, mientras se seguía adelante con la guerra. Sin embargo, nada podía detener el movimiento de las masas que habían entendido que eran capaces de tomar el poder y de gobernar, construyendo un estado socialista. Conducidos por Lenin, las masas derrocarán en octubre al gobierno de Kerenski. Ante la incrédula vista de la aristocracia, de los generales, de los grandes propietarios y de los ricos burgueses, los trabajadores tomaban el poder: obreros, oficiales de bajo rango militar, peones que van cubiertos de grasa debido a sus «engrasadores de ruedas de vagones» (Trotsky, [1932] 2012, p. 943), habían sido capaces, además, de organizar los transportes; humildes cerrajeros, devenidos en directores, «habían puesto en pie a la industria» (Trotsky, [1932] 2012, p. 943). A diferencia del zar Nicolás y del gobierno demócrata liberal, el gobierno bolchevique encabezado por Lenin había cumplido con el principal desafío de un régimen político eficaz, según el aforismo inglés que Trotsky

[1932] (2012) hace suyo: «Poner *the right man in the right place*» (p. 943) [poner el hombre correcto en el lugar correcto]. Por su parte, Reed (1918) sostiene que la «luna de miel» (s. p.) con el gobierno de Kerenski surgido de la revolución de febrero duró poco porque «las clases poseedoras querían una revolución solamente política que, arrancando el poder al zar, se lo entregara a ellas [...] a la manera de Francia o de los Estados Unidos» (s. p.). Mientras que «las masas populares querían una verdadera democracia obrera y campesina» (Reed, 1918, s. p.).

La organización del Estado socialista

No eran pocos los desafíos que enfrentaba la revolución. Organizar y administrar el estado revolucionario suponía resolver algunas cuestiones urgentes: firmar la paz con Alemania, para evitar que siguiera derramándose sangre de los trabajadores y recuperar la economía; enfrentar al ejército contrarrevolucionario y las acciones de sabotaje; garantizar el alimento a millones de rusos, transformar rápidamente la propiedad de la tierra y el modelo de explotación, para volverla más productiva a la vez que más justa; promover el desarrollo industrial con la mayor celeridad posible.

La paz se concreta en marzo de 1918 mediante la firma del Tratado de Brest-Litovsk, aunque es resistida por partidos aliados hasta entonces, como los socialrevolucionarios. Rápidamente se decreta el fin de la propiedad privada de grandes latifundios, que serán entregados para que los administren, si bien en un proceso bastante desordenado, las familias campesinas (Béjar, 2018). Mientras esto ocurría, Nicolás y su familia permanecían prisioneros bajo la custodia del Ejército Rojo en la ciudad de Ekaterimburgo, en espera de ser juzgados. Sin embargo, y aunque aún los historiadores especializados discuten si la orden partió de Lenin o de algunos oficiales subalternos, dada la continuidad de la guerra y de los intentos contrarrevolucionarios de rescatar al Zar y utilizarlo como símbolo para un eventual golpe de Estado que restaurara el orden monárquico, para evitar que la familia real cayera en manos de los blancos se dio la orden de ejecutarlos a todos, incluyendo a las grandes duquesas, los servidores que permanecían prisioneros junto a la familia y al zarevich.

Ese mismo año de 1918, «el Congreso de los sóviets sancionó la Constitución que dispuso la creación de la República Socialista Federativa soviética de Rusia (RSFSR)» (Béjar, 2018, p. 87) que incluía casi toda Rusia, pero también otras naciones como Siberia y Turquestán. En la primera etapa la organización de una federación de naciones con los territorios que habían pertenecido al Imperio no estuvo exenta de contradicciones, ya que los bolcheviques planteaban la autodeterminación de los pueblos, pero también gravitaron cuestiones como el desenlace de la guerra y la ocupación de territorios de Alemania, así como los movimientos nacionalistas que operaban en Polonia, en Lituania, en Ucrania y en Bielorrusia,

con distinto grado de intensidad. Con posterioridad al Tratado de Versalles (28 de junio de 1919), que fijó las condiciones de la paz al concluir la Primera Guerra, y luego del fin de la guerra civil se crearon las repúblicas socialistas soviéticas de Ucrania, por un lado, y de Rusia Blanca (1920), por otro, pero no se las incorporó inmediatamente a la Federación Rusa. Hay que considerar la complejidad de identidades nacionales englobadas en esta federación naciente, no solo atravesada por la cuestión política, sino por cuestiones de nacionalismos vinculados con la historia local, la identidad cultural, lingüística y religiosa, además de que muchos de estos pueblos habían sido oprimidos por la supremacía rusa durante los siglos del Imperio Romanov. De modo que el proceso de incorporación fue complejo y dispar; por ejemplo, en el caso de las naciones Transcaucásicas (azerbaiyanos, armenios y georgianos). Muchas de estas naciones, a su vez, estaban divididas entre su lealtad a los blancos, a los rojos o en busca de la oportunidad de independizarse de ambos bandos. Asimismo, Turquía tenía una histórica disputa con Rusia por la ocupación de algunos de esos territorios, por lo cual mientras los bolcheviques debían librar batallas en tantos frentes, parte de esos territorios fueron ocupados por los turcos. Tras algunos años de lucha en esos territorios, se creó una federación transcaucásica que, en 1924 con la sanción de la nueva constitución que creó la URSS, incorporaba a las nuevas repúblicas: Turkmenistán y Uzbekistán (que más adelante cambiarían nuevamente sus fronteras y sus nombres).

En cuanto a la organización política de estas repúblicas soviéticas, el poder real estaba en manos del Partido Comunista de cada una y no tanto en los sóviet, que eran la instancia formal de cada república que, a su vez, tenía su representación en el Sóviet Supremo de Diputados del Pueblo, con sede en la capital, Moscú, donde también se encontraba el poder ejecutivo, representado por el Consejo de Comisarios del pueblo de la URSS. La realidad del poder era paralela a la estructura estatal y se ejercía en el Partido Comunista. Las repúblicas federativas no deben ser entendidas en los términos de las democracias liberales de Occidente, ya que no contaban con una autonomía real en ese sentido, sino que estaban supeditadas al Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), concentrado en su Secretaría del Comité Central. Hasta su muerte en 1924, el control del PCUS estuvo en manos de Lenin. Ese alto grado de concentración de poder y centralismo, con escaso margen para el disenso, debe ser analizado en un contexto donde el primer estado socialista de la historia debía resolver múltiples problemas en escaso tiempo y en múltiples frentes, a la vez que inventar un nuevo orden social y político para regir la vida de ciento cincuenta millones de personas .

Mientras se tomaban estas drásticas medidas en plena guerra y guerra civil, los bolcheviques debían garantizar los alimentos para una población en crisis, entusiasmada mayoritariamente con la revolución, pero en una sociedad atravesada por problemas y contradicciones. Para ello se organizan comités integrados por campesinos pobres

que ayudaban a las organizaciones estatales a requisar el grano de los campesinos más ricos (*kulaks*). A pesar de que al principio debido a la presión, se lograba reunir el grano suficiente para abastecer a la población de las ciudades, la resistencia de los kulaks a ser expropiados los llevó a bajar la producción, lo cual causó grandes hambrunas entre 1921 y 1922.

Al mismo tiempo, el Ejército Rojo (revolucionario) continuó luchando contra el ejército Blanco (contrarrevolucionario) y contra los sabotajes, por lo que el gobierno bolchevique decidió crear la Cheka, una policía política que respondió con acciones durísimas a los atentados que causaron la muerte de algunos líderes e intentaron asesinar al propio Lenin —origen de la posterior Comité para la Seguridad del Estado (KGB) en los años de la Guerra Fría—. Para 1920 el ejército Blanco había sido prácticamente derrotado, pero muchos problemas seguían sin resolver y empezaron a aparecer revueltas obreras en reclamo de que se solucionara el abastecimiento de alimentos. Conscientes de que no podían resolver la transformación de un mundo feudal en un mundo socialista mientras el capitalismo hegemonizaba el mundo Occidental, a la vez que teniendo que afrontar disidencias, revueltas y resistencias, con una economía seriamente dañada como consecuencia de la Primera Guerra y la guerra civil —y sin que la revolución se replicara en otros países como esperaban los bolcheviques al principio—, Lenin y su gobierno harán algunas modificaciones de la política económica y pasarán del llamado *comunismo de guerra* a la Nueva Política Económica (NEP), con el fin de reconstruir la industria y especialmente la agricultura, restableciendo una parte de la propiedad privada de las tierras.

Para finalizar

Las consecuencias de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Rusa produjeron cimbronazos en cada una de las naciones europeas. En 1919 los comunistas alemanes encabezaron un enorme motín que fue derrotado. Ese mismo año, Lenin impulsó la organización de la Tercera Internacional en Moscú, de la cual participaban líderes del comunismo alemán y de otros países. No todos los dirigentes aprobaban el curso de la revolución bolchevique y muchos permanecieron fieles a lo acordado en el anterior congreso, la Segunda Internacional. Esta división de los partidos socialistas tuvo una enorme importancia en el curso de los acontecimientos de las décadas posteriores. Asimismo, el temor de que se expandiera el comunismo soviético determinó, en gran medida, las decisiones que llevaron, durante el período de entreguerras (1918-1939), al advenimiento del nazismo y el fascismo, representados por Adolf Hitler y Benito Mussolini, con el apoyo inicial de los gobiernos occidentales como el de Inglaterra o el de Estados Unidos, que veían en estos líderes un freno a la expansión del comunismo soviético, ya para entonces dirigido por Joseph Stalin, quien había asumido el poder luego de la muerte de

Vladimir Lenin. Stalin había dispuesto algunas de las más dramáticas purgas para eliminar las disidencias en el interior del Partido, ejecutando, enviando a prisión (en un sistema de campos de trabajo y de concentración llamado Gulag) o al exilio a miles de compatriotas, muchos de los cuales habían sido los protagonistas de la Revolución, héroes y heroínas del Ejército Rojo o grandes escritores y artistas. Las grandes revoluciones son violentas, contradictorias, complejas y se encarnan en la historia real, no en la ideal. Mientras tanto, la URSS comenzaba a erigirse como un gigante económico que iniciaba un arduo proceso de industrialización y de producción que lo llevaría a convertirse en una de las mayores potencias económicas del planeta.

Cronología

1861: liberación de los siervos.

1904-1905: Guerra del Japón o Guerra Ruso japonesa.

1905: Revolución de 1905.

1914: estalla la Primera Guerra Mundial, que durará hasta 1918.

1917: Revolución de febrero (1917). Gobierno provisional.

1917 (octubre): Revolución Bolchevique. Los bolcheviques toman el poder.

1918: Congreso de los sóviets sanciona la constitución que dispuso la creación de la República Socialista Federativa soviética de Rusia (RSFSR).

1918 (17 de julio): Ejecución del zar Nicolás II y de toda su familia (su esposa Alejandra, las cuatro hijas, las grandes duquesas María, Olga, Tatiana y Anastasia) y el zarevich Iván, en la ciudad de Ekaterimburgo.

1918: Fin de la Primera Guerra.

1924: La nueva Constitución crea la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

1924: Muerte de Lenin.

Glosario

Autocracia

Sistema de gobierno monárquico absoluto, donde la figura de un emperador o monarca concentra todo el poder.

Duma

Órgano consultivo o asamblea representativa de algunas clases sociales, que surge en

el primer intento de reforma en la Rusia zarista (la llamada «Revolución de 1905»). Hubo cuatro Dumas entre 1906 y la revolución de 1917.

Sóviet (consejo)

Asambleas de campesinos, obreros y soldados, fundamentales para el triunfo de la Revolución de Octubre de 1917 y la base de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (1922). La Constitución Soviética de 1918, impulsada por los bolcheviques, organizó la administración del estado en un sistema inversamente democrático basado en estos sóviets de obreros, campesinos y soldados. Los primeros sóviets fueron la raíz de la Revolución Rusa de 1905.

Zar/Zarina

Título usado por la cabeza de la monarquías eslavas, en especial en el Imperio Ruso entre 1547 y 1917. La palabra proviene del latín *caesar*.

Referencias

Béjar, M. D. (2018). *Historia del siglo XX. Europa, América, Asia, África y Oceanía*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Eisenstein, S. M. (Director). (1925). *El acorazado Potemkin* [Película]. Unión Soviética: Mosfilm.

Figes, O. (2006). *El baile de Natacha. Una historia cultural rusa*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Edhasa.

Figes, O. (2017). *La Revolución Rusa, 1891-1924: la tragedia de un pueblo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Edhasa.

Reed, J. (1918). *Diez días que estremecieron al mundo*. Recuperado de https://www.marxists.org/espanol/reed/diezdias/capitulo_9.htm

Ricoeur, P. (1990). *Freud: una interpretación de la cultura*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Martínez, J. L. (7 de junio de 2018). John Reed, el periodista excepcional de la Revolución rusa. *La Izquierda diario*. Recuperado de <https://www.laizquierdadiario.com/John-Reed-el-periodista-excepcional-de-la-Revolucion-rusa>

Marx, K. [1867] (1973). *El Capital*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Trotsky, L. [1932] (2012). *Historia de la revolución rusa*. Tomo I. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Ediciones RyR.

Wikipedia (s. f. a). *Día Internacional de la Mujer*. Recuperado de https://es.wikipedia.org/wiki/D%C3%ADa_Internacional_de_la_Mujer

Wikipedia (s. f. b). *Partido Social-Revolucionario*. Recuperado de https://es.wikipedia.org/wiki/Partido_Social-Revolucionario

Wikipedia. (s. f. c). *Transiberiano*. Recuperado de <https://es.wikipedia.org/wiki/Transiberiano>

Notas

1• La primera presidencia de Hipólito Yrigoyen fue de 1916 a 1922.

2• La Primera Guerra Mundial enfrentó a dos bloques: la Triple Entente (Francia, Inglaterra y Rusia, a los que se unieron luego Bélgica, Italia, Portugal, Grecia, Serbia, Rumania y Japón, entre otros) y las potencias de la Triple Alianza (el Imperio austrohúngaro y el Imperio alemán, con el apoyo de Bulgaria y Turquía).

3• San Petersburgo es la segunda ciudad más poblada de Rusia después de la capital nacional, Moscú, y se ubica en la Región de Leningrado. Fue fundada por el zar Pedro el Grande en 1703 con el objetivo de convertirla en la ventana de Rusia hacia el mundo occidental. Se llamó Leningrado durante la época soviética (1924-1991), en homenaje a Lenin, tras su muerte. Entre 1914 y 1924 se llamó Petrogrado.

4• Para comprender la escala de la que hablamos, hay que imaginar que este tren atraviesa ocho zonas horarias y su recorrido completo demanda hoy cerca de siete días de viaje, constituye el segundo servicio ferroviario continuo más largo del mundo (Wikipedia, s. f. c).

5• Emperatriz de Rusia durante 34 años (entre 1762 hasta su muerte en 1769). Siguiendo la política de su antecesor, Pedro el Grande, intentó abrir Rusia hacia Occidente, para lo cual importó ideas de la Ilustración, así como tecnología e ideas para reformas institucionales y militares, jurídicas, artísticas, culturales y educativas. Mantuvo correspondencia con intelectuales franceses como Montesquieu, Voltaire y Denis Diderot.

6• Autocracia: ver la definición en la parte «Glosario» de este capítulo.

7• Intelligentsia: término tomado del ruso, que se aplica a una cierta categoría de intelectuales —estudiantes, literatos, artistas, académicos, científicos, profesores, clero, ingenieros—, que tuvieron un papel de liderazgo y vanguardia en la Revolución de Febrero y de Octubre de 1917, y en la formación de los partidos menchevique y bolchevique.

8• El filósofo Paul Ricoeur llamó así a estos tres pensadores en su libro *Freud: una interpretación de la cultura* (1990). Marx, al denunciar que la conciencia se falsea o se enmascara por intereses económicos; Freud, debido a la represión del inconsciente; y Nietzsche, a causa del resentimiento del débil. Los tres serán de enorme influencia en las ideas, la cultura y las transformaciones políticas del siglo xx.

9• Alaska (1 518 800 kilómetros cuadrados) fue comprada por 7.2 millones de dólares por Estados Unidos al Imperio Ruso en 1867.

10• Alejandra Fiódorovna Románova (1872- 1918), última emperatriz de Rusia, nació como Alix de Hesse y el Rin. Al convertirse a la religión ortodoxa rusa para casarse con el heredero al trono de Rusia, modificó su nombre, como exigía el ritual y la época.

11• Un ejemplo que denuncia Chéjov es el del régimen matrimonial ordenado por los señores, que obligaba a las niñas y los niños campesinos a casarse en edades muy tempranas (trece o catorce años) para darles más siervos a sus patrones, con lo que se incrementaba la mortalidad materna.

12• Como se ha señalado en diversos apartados, las fronteras políticas han ido cambiando a lo largo del siglo xx, y algunas de estas naciones, que formaron parte del Imperio Ruso y luego de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), son independientes en la actualidad.

13• Entre septiembre de 1915 y febrero de 1917 se sucedieron varios cambios en el gabinete. Alejandra era llamada despectivamente la alemana —si bien había nacido en Alemania como princesa Dagmar de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg, su educación había sido a la inglesa, como nieta de la reina Victoria—.

14• Mientras se escriben estas páginas, en amplios sectores de nuestra sociedad se discuten diversas modalidades del lenguaje inclusivo. Quien escribe este capítulo elige dar cuenta de este modo en el subtítulo (y no repetirlo en el texto) del estado actual de la cuestión, sin por ello pretender clausurar ningún debate.

15• Sóviets: ver la definición en la parte «Glosario» de este capítulo.

16• También llamada Guerra Ruso-Japonesa (1904-1905). El conflicto fue dramático para los rusos y produjo infinidad de bajas en combate y muertes por enfermedad en ambos bandos. La causa fue

la necesidad de los rusos de obtener un puerto de aguas cálidas, que no se congelaran en invierno. A su vez, se trató de un conflicto originado por las ambiciones imperialistas rivales del Imperio Ruso y del Imperio del Japón en Manchuria y Corea.

17• Duma: ver la definición en la parte «Glosario» de este capítulo.

18• «Fue un partido político ruso activo a principios del siglo xx. Se presentaba como el representante del campesinado ruso, aunque el partido siempre estuvo bajo el control de los intelectuales. Probablemente el partido con mayor apoyo durante el periodo revolucionario de 1917, fue el principal rival del Partido Bolchevique» (Wikipedia, s. f. b, s. p.).

19• «En 1910, en la II Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas reunida en Copenhague, se reiteró la demanda de sufragio universal para todas las mujeres y, a propuesta de Clara Zetkin, se proclamó el 8 de marzo como el Día Internacional de la Mujer. La propuesta de Zetkin fue respaldada unánimemente por la conferencia a la que asistían más de 100 mujeres procedentes de 17 países» (Wikipedia, s. f. a, s. p.).

20• John Reed y su compañera Louise Bryant se embarcaron rumbo a Petrogrado (San Petersburgo) en 1917. Allí recorrieron asambleas, trincheras, manifestaciones y entrevistaron a los protagonistas de la revolución. Reed tomó notas que servirán de base a su testimonio. A su regreso a Estados Unidos, enfrentó un juicio por su militancia contra la guerra (Martínez, 2018).

LOS ESTADOS UNIDOS: DE COLONIA A POTENCIA IMPERIAL

Reflexiones a partir de aportes de estudiantes

Ana Pifano

Resumen

El presente trabajo pretende realizar un aporte a partir de poner en diálogo planteos de los autores propuestos por la cátedra¹ y reflexiones de estudiantes. Las mismas surgen del abordaje de los autores y de dinámicas de clase desarrolladas en el espacio de prácticos, en el marco del tema Independencia de los Estados Unidos e Imperialismo. ¿Cómo analizar las categorías centro y periferia en las políticas económicas que impuso Gran Bretaña sobre sus colonias en América del Norte? ¿Qué objetivo central se reconoce en dichas políticas? ¿Qué reflexiones surgen a partir del análisis del caso de la independencia de las colonias norteamericanas en torno a la independencia política y la independencia económica? Estas son algunas de las cuestiones que este trabajo se propone transitar.

En mi experiencia docente en la cátedra de Historia Social General he observado que uno de los temas que despierta mayor interés y genera más interrogantes en los estudiantes es el de la independencia de Estados Unidos.

Creo, además, que es un tema cuyo abordaje permite reflexionar ampliamente sobre conceptos centrales que se van visitando y revisitando a lo largo de toda la cursada de la materia. La relación centro-periferia, la acumulación de capital, el capitalismo industrial y financiero y las relaciones que se desarrollan en su seno, el imperialismo, la independencia en sus dimensiones económica y política son todos temas que pueden encontrar interesantes disparadores para el análisis en el caso de la independencia de las colonias de América del Norte.

En el presente trabajo se tomarán como insumo para la reflexión los aportes de los autores trabajados por la cátedra —Vivian Trías, Marcelo Gullo y Thomas Bender— que, desde lugares y tiempos diferentes,² hacen una mirada del caso y una sistematización de los aportes de los estudiantes en dos momentos del proceso de enseñanza-aprendizaje: una actividad grupal realizada en el contexto de la clase práctica en que se abordó el tema y la respuesta a las preguntas de parcial y recuperatorio referidas a independencia norteamericana.

Ambos materiales serán puestos en diálogo tomando tres ejes para la organización de los aportes:

- Las categorías centro y periferias y el papel asignado a las colonias norteamericanas por la corona británica.
- El veto a la industrialización.
- La independencia política y la independencia económica.

De esta manera se propone rescatar los aportes centrales de los autores seleccionados y poner sus planteos en relación con las reflexiones de los estudiantes de las carreras Diseño Multimedial y Artes Audiovisuales que asisten a las comisiones de prácticos 5 y 6 de la asignatura Historia Social General de la Facultad de Artes (FDA) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) en el ciclo lectivo 2018.

La mirada sobre los autores

Tal como menciona el programa de la asignatura:

Los contenidos presentados en los encuentros teóricos, luego serán retomados en las clases prácticas en las que los estudiantes realizarán trabajos de análisis de textos sobre los temas explicados en los teóricos, respondiendo a consignas formuladas para dichas instancias (Oporto, 2018, p. 2).

Poniendo en práctica esta premisa, luego de haberse presentado el tema en el teórico, se realizó en las comisiones 5 y 6 un encuentro dedicado a trabajar el tema *La revolución política. La revolución norteamericana*.³ En dicho encuentro se propuso reflexionar sobre los planteos de los autores y debatir, en grupos de entre dos y cinco estudiantes, las siguientes consignas: «Mencionen tres aportes que crean centrales para pensar la cuestión de la independencia en sus aspectos políticos y económicos a partir del caso de Estados Unidos».

Cada grupo apuntó una síntesis de lo debatido durante la media hora que se dio para la tarea y luego se abrió el debate general en el que se retomaron los aportes de todos los grupos y se los puso en discusión. Las reflexiones que se recuperan en el presente trabajo provienen de los punteos escritos entregados por cada grupo y de sistematizaciones de las expresiones orales que tuvieron lugar en el debate general.

Desde la cátedra consideramos que «los temas serán abordados desde una perspectiva problematizadora que busque desnaturalizar los hechos sociales y alimentar una perspectiva crítica de la realidad sociohistórica» (Oporto, 2018, p. 2). Para ello, resulta fundamental «promover el ejercicio de la lectura crítica de los textos obligatorios, guiando a los alumnos en la comprensión de los procesos y de los conceptos abordados, así como también en las discusiones presentadas en los mismos» (Oporto, 2018, p. 9).

La dinámica de trabajo detallada anteriormente está directamente asociada a estos preceptos.

Asimismo, la promoción de la materia (ya sea directa o indirecta) presupone la aprobación de dos evaluaciones parciales de carácter individual en las instancias de comisiones prácticas. En el momento de la evaluación se espera que el estudiante, reuniendo todas las lecturas, tras dedicar un tiempo de estudio a la totalidad de los temas abordados, pueda reflexionar por escrito sobre los mismos.

En este caso, formaron parte del primer parcial y de su instancia recuperatoria las siguientes consignas asociadas al tema que nos ocupa:

- Vivian Trías explica que Gran Bretaña buscaba obligar a sus trece colonias norteamericanas a consumir sus manufacturas europeas y controlaba su comercio

de manera monopólica. Explicar: ¿qué relación se puede establecer entre aquella política promovida desde Gran Bretaña y las categorías de centro y periferia? ¿Cómo se produjo la independencia de los Estados Unidos?

- Antes de la independencia de Estados Unidos, Gran Bretaña implementó algunas medidas que generaron descontento entre los colonos norteamericanos: ¿en qué consistieron esas medidas?, ¿cuál era su finalidad política? Explicarlas.

En el presente trabajo se incorporan reflexiones transcritas de los parciales de los estudiantes en respuesta a estas consignas.

Tanto los emergentes de la dinámica de debate propuesta como de los escritos de la evaluación serán presentadas en vinculación con citas y referencias a los planteos de los autores ya mencionados.

Las categorías centro y periferia, y el rol de las colonias

Para analizar la independencia de las colonias de América del Norte, es útil pensar, en primer término, el lugar que las mismas ocupaban, es decir, la función que la corona británica les asignaba. Bender (2011) se expresa al respecto de manera muy clara:

[...] [los británicos] consideraban a las colonias de América del Norte como su inversión más preciada [...]. Londres reconocía las consecuencias comerciales de la creciente prosperidad y del aumento del nivel de vida en las colonias. Si bien estas eran posibles candidatas a la aplicación de nuevos impuestos, su importancia real radicaba en que constituían un mercado para los productos de fabricación inglesa y esto instaba a una redefinición del imperio. Sin necesidad de leer a Adam Smith, las autoridades coloniales británicas comenzaron a ver en las colonias norteamericanas tanto una economía extractiva como una de consumo (p. 92).

Aparecen, entonces, dos cuestiones: las colonias como fuente de ingreso proveniente de impuestos y las colonias como proveedoras de materias primas y de mercado de consumo.

En el aumento de las medidas impositivas, «el plan era trasladar a los norteamericanos parte de los costos de la potencia global —costos que antes solventaban exclusivamente los contribuyentes británicos—» (Bender, 2011, p. 95). Frente a la ley impositiva colonial que afectó al azúcar en Boston estallaron por primera vez, en 1764, las protestas guiadas por el lema de no aceptar impuestos sin representación y los colonos comenzaron a negarse a consumir productos importados desde Inglaterra.

Luego de la implementación de los gravámenes al té, al papel, a la pintura, al vidrio y al plomo, cobró más fuerza esta política de no importación de los colonos que, además, fue virtuosa al promover la actividad intercolonial y el sentimiento de identidad colonial (Bender, 2011).

La ley de sellos⁴ fue pionera en gravar las actividades internas de las colonias e inició la larga discusión por las formas de gobiernos de las colonias (Bender, 2011). Estos debates estuvieron atravesados por los postulados del iluminismo que entonces recorrían el mundo. Al debate sobre la distinción entre impuestos externos e internos le siguió el de los modelos de gobierno y los derechos sobre la regulación del comercio y la imposición de tributos.

Vemos aquí cómo tempranamente los colonos pensaron de manera conjunta lo político y lo económico y discutieron los papeles que les eran asignados.

La política británica consideraba a las colonias como «comunidades inferiores, cuya economía debía estar siempre al servicio de los intereses de Gran Bretaña» (Lacy, 1969, p. 49). Al respecto, una estudiante reflexiona en su parcial: «Las colonias debían estar al servicio de la industria inglesa. En Inglaterra, la gente había sido expulsada de los campos para trabajar en forma precaria y ser explotada por poco dinero en las fábricas y en las colonias se saqueaban recursos y se esclavizaba para que el centro acumulara riquezas y expandiera sus capacidades económicas». En la misma línea, podemos sumar el aporte de otra compañera que escribió: «Inglaterra fue generadora de la industrialización a costa de la explotación de los trabajadores y los saqueos, esclavización y genocidios en América. Como dijo Marx, el capitalismo nace chorreando sangre y lodo».

Aparece aquí una interesante relación entre el escenario inglés y el americano en el proceso de acumulación del capital, en la que se hacen presentes temas y autores vistos previamente en la cursada.

El saqueo de recursos en América y la cuestión de la inferioridad aparece problematizado también en otros parciales: «Inglaterra cree tener derecho sobre sus colonias ya que las considera civilizaciones inferiores, con una naturaleza que debe ser explotada sin límites».

En este punto refleja la perspectiva de Boaventura de Sousa Santos (2009) en su análisis sobre los descubrimientos imperiales del segundo milenio y las matrices fundantes de los mismos.

Con la cuestión de la inferioridad nos acercamos a las categorías de centro y periferia y, en asociación a las mismas, aparecen las nociones de eurocentrismo y colonialismo. «El eurocentrismo va de la mano del colonialismo, las colonias eran para ellos la

periferia salvaje e inferior que debía dominarse», afirma otro estudiante en su parcial. Completando la idea, otra estudiante propone: «Occidente se conceptualizó a sí mismo como centro de poder y con el colonialismo construyó su periferia».

Otras compañeras y otros compañeros de la clase suman sus ideas al respecto: «el centro depende de la periferia para seguir siendo centro», dice uno; «es una periferia necesaria», afirma otro. «El centro no puede ser centro sin la periferia, que le da el lugar y la posibilidad de ser centro. En este caso, Inglaterra no podría haber realizado la revolución industrial sin las plantaciones de las colonias norteamericanas», desarrolla una compañera. «La relación centro periferia puede relacionarse con el vínculo opresor-oprimido, descubridor-descubierto», completa otro estudiante. En la misma línea podemos leer en otro parcial: «El capitalismo no existe si no hay un centro y una periferia, el centro explota a la periferia y así expande su economía. Eso pasó cuando Inglaterra controlaba política y económicamente a sus colonias».

«Las trece colonias de América del Norte protagonizaron la primera insubordinación exitosa producida en un sitio que, por ese entonces, era la periferia del sistema internacional» (Gullo, 2008, p. 83) y, mediante el proceso de insubordinación ideológica y cultural que llevó adelante, salió de la periferia.

Podemos continuar la idea que abre Gullo (2008) con estas palabras de una estudiante que en su reflexión recorre desde los principios de la modernidad hasta nuestros días: «se podría hacer una comparación con lo que sucedía antes de la Revolución oceánica con Europa. Europa comienza siendo periferia pero al estar descontento con su lugar, decide expandirse por medio de saqueos y de la esclavitud. Aquí Inglaterra se vuelve centro y las trece colonias funcionan como su periferia. Estados Unidos luego será centro y aplicará mecanismos similares».

El veto a la industrialización

Las medidas destinadas a impedir la industrialización bien pueden inscribirse en la «larga serie de abusos y usurpaciones» (Hancock y otros, 1776, p. 1) que denunciaban los colonos en la Declaración de la Independencia. Sin duda las mismas tuvieron un gran peso dentro de los motivos que guiaron la lucha independentista.

«Inglaterra llevó a cabo una política expresa para impedir el desarrollo industrial de las trece colonias porque comprendió, desde muy temprano, que la industrialización de las colonias podía llevarlas a la independencia económica», explica Gullo (2008, p. 84), y luego completa «la política inglesa trató de supervisar y boicotear las escasas empresas manufactureras» (p. 84).

Al respecto del tema, los estudiantes reflexionaron: «El fin de Inglaterra siempre era defender sus propios intereses comerciales e industriales»; «el gran miedo era que América se independizara industrialmente»; «Inglaterra sabía que no podía permitir la independencia económica de las colonias porque, además de ser una pérdida, significaba una competencia».

Los gobernadores coloniales tenían dentro de sus tareas «oponerse a toda manufactura y presentar informes exactos sobre cualquier existencia de ellas» (Underwood Faulkner, 1956, p. 134).

Sir Francis Bernard, gobernador real de Massachusetts, definió claramente las relaciones entre Imperio y colonias: los dos grandes objetivos de Gran Bretaña respecto del comercio americano deben ser: 1) obligar a sus súbditos americanos a tomar exclusivamente de Gran Bretaña todas las manufacturas y mercaderías europeas de que esta pueda proveerlos. 2) Regular el comercio exterior de los americanos de manera que los beneficios que esto devengue, puedan finalmente centrarse en Gran Bretaña, o ser aplicados al mejoramiento de su imperio (Huberman en Trías, 1975, pp. 17-18).

Para alcanzar estos objetivos, Inglaterra comprendió rápidamente que lo que debía hacer era frenar e impedir el desarrollo industrial en sus colonias:

Inglaterra elaboró una legislación específica para frenar todo posible desarrollo industrial en las trece colonias. Había dos industrias que Gran Bretaña vigilaba con particular recelo por considerarlas estratégicas y vitales para la economía británica: la textil y la siderúrgica (Gullo, 2008, p. 86).

Para esto se establecieron leyes específicas en 1699 y en 1750. Trías (1975) detalla la cuestión de la siguiente manera:

Las colonias tenían prohibido manufacturar sombreros, o tejidos de lanas, o herramientas de hierro, pese a que contaban con abundantes materias primas y disponían de la tecnología para hacerlo. Pero el interés metropolitano imponía que dichas materias primas se exportaran a Gran Bretaña como tales y que fueran sus talleres y fábricas los que las transformaran en mercancías útiles, que luego se venderían a los consumidores americanos (p. 13).

Haciéndose eco de las palabras de Trías, una estudiante escribe: «Norteamérica poseía materias primas y tecnología suficiente para generar manufacturas, pero debía transportar todo a las fábricas y talleres británicos para que luego se las vendieran muy caras. Contra esto se rebelaron».

Trías (1975) conceptualiza al respecto:

El pacto colonial es la fórmula perfecta para asegurar la balanza favorable de la metrópoli. Esto impone a sus colonias manufacturas caras y las obliga a vender materias primas baratas. Pero ahí no termina todo. También les prohíbe o traba el comercio con otras naciones, o colonias de otras metrópolis. Se trata de una relación económica no solo bilateral y desigual, sino también monopolista (p. 14).

En el transcurso de la guerra independentista contra Inglaterra se dio un proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Al interrumpirse la llegada de manufacturas y no regir las restricciones del parlamento británico para impedir el desarrollo industrial comenzó a desarrollarse una incipiente industria manufacturera apoyada por el naciente Estado insubordinado. «El impulso estatal [...] fue acompañado decididamente por una gran parte de la población que [...] se había negado a comprar mercaderías inglesas» (Gullo, 2008, p. 89).

El veto británico a la industrialización norteamericana fue un factor de peso, quizá el más relevante, entre los que provocaron la revolución de los colonos.

La independencia política y la independencia económica

El aspecto más conocido por los estudiantes al comenzar a abordar la temática es la independencia política de 1776. La bibliografía propuesta busca complejizar la misma abordando la caracterización del contexto previo, para luego incluirlo en el marco más amplio del proceso colonizador y ponerlo en relación con la cuestión de la independencia económica.

Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se hace necesario para un pueblo disolver los vínculos políticos que lo han ligado a otro, y tomar entre las naciones de la tierra el puesto separado e igual a que las leyes de la naturaleza y el Dios de esa naturaleza le dan derecho, un justo respeto al juicio de la Humanidad exige que declare las causas que impulsan a la separación (Hancock y otros, 1776, p. 1).

A la luz de estos nuevos problemas las palabras de la declaración de la independencia, conocida por algunos estudiantes, cobra nuevos sentidos y abre nuevos interrogantes.

Los colonos decidieron no legitimar más a sus gobernantes y «organizar [ellos mismos] sus poderes en la forma que a su juicio ofrecerá las mayores probabilidades de alcanzar su seguridad y felicidad» (Hancock y otros, 1776, p. 1). Podemos preguntarnos, ¿qué elementos involucra esta decisión?

«Es muy importante en este momento el sentimiento de unión nacionalista que se había generado por la guerra previa» afirma un grupo de estudiantes en su trabajo realizado en clase, «con el tiempo los colonos crearán un sentido de pertenencia y una identidad propia, cuestionando la relación con Inglaterra», reflexionan otros.

«El crecimiento de las trece colonias era visible, tanto en cantidad de población como en parámetros económicos. El desarrollo económico incipiente era notable, a pesar de las restricciones y fuerte carga impositiva. Ese mismo desarrollo ocasionó cada vez más trabas por parte del poder británico. [...] Esto despertó en el pueblo una sed de independencia que no tardó en reflejarse en protestas y enfrentamientos», explica en su parcial un estudiante intentando explicar los factores que confluyeron en ese 1776. Otra estudiante agrega: «Las colonias eran vistas como una fuente de recursos naturales y un mercado para las manufacturas de Inglaterra, el gran peligro era que los colonos se independizaran económicamente», introduciendo en la vinculación independencia política e independencia económica.

Los patriotas de 1776 escriben para la posteridad, uniendo ambos aspectos, que «como estados libres e independientes, tienen pleno derecho para hacer la guerra, concluir la paz, contraer alianzas, establecer comercio y hacer todos los otros actos que los estados independientes pueden por derecho efectuar» (Hancock y otros, 1776, p. 3).

«Lo político es importante pero el principal interés de la independencia es poder desarrollar una economía propia» se escribe en uno de los apuntes grupales realizado por estudiantes en clase. Otro grupo aporta «lo político también es importante porque la ciudadanía ya no quería estar relegada y ser ciudadanos de segunda» y continúan otros «había un gran enojo porque sentían que Inglaterra no los representaba».

Una vez obtenida la independencia formal comenzaron a surgir, dentro del bloque revolucionario, los enfrentamientos entre los que querían avanzar hacia la independencia económica y los que no querían profundizar el camino de independencia porque tenían intereses económicos ligados a Gran Bretaña. Este enfrentamiento decantó en la guerra civil (Gullo, 2008). Mientras que los primeros adherían al liberalismo ortodoxo y se aferraban a la división internacional del trabajo y el libre cambio, los segundos promovían un liberalismo nacional, el rechazo a la teoría de libre comercio y la adopción de medidas proteccionistas.

En el tomo I de su obra *Historia del Imperialismo Norteamericano*, titulado *La pugna por la hegemonía* (1975), Trías afirma que «la independencia se produjo cuando las contradicciones entre el mercantilismo de la metrópoli inglesa, [...] y el de las trece colonias americanas del Norte se tornaron inconciliables y estallaron» (p. 12). En palabras más simples, pero

no menos claras, un estudiante dice en la clase: «Lo que desató la revolución fue una fricción de intereses» y otro grupo de estudiantes lanza la pregunta «¿la independencia estadounidense es ejemplo de fuerza popular o de ansias capitalistas?»

Una vez lograda la independencia política, Inglaterra reforzó la aplicación del imperialismo cultural para mantener la subordinación económica (Gullo, 2008) difundiendo la teoría de la división internacional del trabajo y propagandizando las bondades de las políticas de libre comercio. La intención era que la independencia política fuera solo una formalidad.

Sin embargo, afirma una estudiante en la clase, «[Estados Unidos] decidió asumir un rol de productor industrial dejando de lado el de productor de materias primas». «Lo entendieron bien, no fueron inocentes por ejemplo cuando decidieron no comprar mercaderías inglesas y lo cumplieron», reflexionó al respecto otro compañero.

«No fue una simple revuelta sino que fue un largo proceso de independencia», escribe un grupo de estudiantes y complejiza Gullo (2008):

Estados Unidos no conquistó su autonomía nacional en un acto único sino mediante un largo proceso que comenzó con la guerra de la independencia y terminó, en realidad, con la guerra civil. A la insubordinación fundante le siguió un largo y tortuoso proceso de insubordinación económica e ideológica (p. 83).

«En la guerra de la secesión se enfrentaron los del norte que defendían un modelo industrial y el sur que defendía un modelo agroexportador y esclavista. Venció el norte y el desarrollo de un modelo industrial», aporta un estudiante en su parcial.

A esto podríamos sumar las palabras de Gullo (2008): «Estados Unidos pudo convertirse en un país industrial mediante un arduo trabajo de insubordinación ideológico-cultural [...]. La república estadounidense ganó su verdadera independencia económica en los campos de Gettysburg»⁵ (p. 87) y completa Trías (1975), «sin la liberación absoluta de la madre patria británica el capitalismo mercantilista norteamericano no habría podido madurar plenamente y, por ende, no hubiera sido posible su tránsito a la fase industrial» (p. 12).

Con su independencia política las trece colonias crearon la primera República Moderna y con su independencia económica el primer Estado nación Industrial fuera del continente europeo (Gullo, 2008). Y no cualquier nación industrial, «antes de 200 años [...] serían la superpotencia del capitalismo mundial» (Trías, 1975, p. 23).

«Hay una gran diferencia entre la revolución norteamericana y las sudamericanas que lograron la independencia política pero no la económica», «los norteamericanos se dieron cuenta del engaño y provocaron una revolución que culminó en una independencia total», reflexiona en su parcial una estudiante poniendo en comparación el proceso norteamericano con el proceso hispanoamericano.

Reflexiones finales

A lo largo de las páginas precedentes se intentó establecer un diálogo entre los autores propuestos por la cátedra y la voz de los estudiantes. Un diálogo imaginario pero verosímil. Una conversación que los docentes intentamos propiciar en los encuentros de trabajos prácticos.

Hemos visto como los estudiantes, luego de las lecturas, reflexionan y sientan posicionamientos frente a los temas. En este caso, la mirada de los estudiantes coincide con la de los autores, encontrándose en ella una apropiación de sus propuestas. De manera muy interesante, los estudiantes asocian este tema y sus aristas con otros temas y autores recorridos durante la cursada y también efectúan una vinculación con la realidad propia dentro de la historia colonial.

El sentido último de los trabajos prácticos es generar un espacio de construcción colectiva de conocimiento a partir de la posibilidad de reflexionar y de aprender con otros, entendiendo que de este modo se construye ciudadanía y se forma profesionales críticos y comprometidos con sus comunidades. El presente trabajo está orientado por esta convicción.

Referencias

Bender, T. (2011). La Gran Guerra y la revolución estadounidense. En *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones* (pp. 91-99). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

de Sousa Santos, B. (2009). El fin de los descubrimientos imperiales. En *Una epistemología del Sur* (pp. 213-224). Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Gullo, M. (2008). La insubordinación estadounidense. En *La insubordinación fundante. Breve historia de la construcción del poder de las naciones* (pp. 83-89). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Hancock, J., Jefferson, T., Adams, J. y otros. (1776). Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América. Recuperado de http://www.diputados.gob.mx/biblioteca/bibdig/const_mex/decla_1776.pdf

Lacy, D. (1969). *El significado de la revolución norteamericana*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Troquel.

Oporto, M. (2018). *Programa de la asignatura Historia Social General B* (Material de cátedra). Historia Social General B, Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina.

Trías, V. (1975). La crisis del alumbramiento. En *Historia del imperialismo norteamericano*. Tomo 1 (pp. 11-24). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Peña Lillo.

Underwood Faulkner, H. (1956). *Historia económica de los Estados Unidos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Nova.

Notas

1• Cátedra Historia Social General B de la Facultad de Artes (FDA) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) para las carreras de Artes Audiovisuales y Diseño Multimedial durante el ciclo lectivo 2018.

2• El uruguayo Vivian Trías desde los años setenta sudamericanos y ya en el siglo XXI Thomas Bender desde los Estados Unidos y Marcelo Gullo desde la Argentina.

3• El tema forma parte del bloque II que abarca el periodo temporal que va desde 1750 hasta 1850, y tiene como título «Las revoluciones burguesas, capitalismo industrial y revoluciones sociales». El bloque se centra en la gesta del capitalismo industrial y en las principales transformaciones sociales, políticas, culturales e ideológicas asociadas, estas son puestas en diálogo con los procesos desarrollados en la periferia.

4• La misma implicaba la obligación de sellado en todas las publicaciones y documentos legales.

5• La batalla de Gettysburg fue una batalla librada en 1863 en el pueblo del mismo nombre durante la Guerra Civil Norteamericana. Esta batalla es considerada un punto de inflexión ya que marcó el inicio de la victoria de la unión

LA DESCOLONIZACIÓN

Agustina Quiroga y Pablo Moro

Resumen

El capítulo busca poner en común algunos rasgos generales acerca de los procesos de descolonización vividos en Asia y en África tras la Segunda Guerra Mundial, a fin de realizar algunos aportes para la enseñanza del tema. Se propone pensarlos contemplando las múltiples dimensiones que constituyen la relación imperial —económico, política, cultural—y analizarlos desde la decolonialidad del saber. Asimismo, el caso de Argelia será presentado como paradigmático por su gran peso simbólico y político en la historia del siglo xx. De esta manera, se invita al abordaje de este tema desde una mirada problematizadora y como parte constitutiva de la historia de las periferias que merece ser estudiado en las aulas.

«El colonialismo es la organización de la dominación de una nación por medio de la conquista militar. La guerra de liberación no es busca de reformas sino esfuerzo grandioso de un pueblo, antes momificado, para encontrar su genio, para retornar su historia y volverse soberano.»
Frantz Fanon (1973)

El proceso de descolonización es, sin dudas, largo y complejo. Una variedad de expresiones desde abajo (expresiones de clase, de etnia, de estatus político) en distintos lugares del tercer mundo confluyen en movimientos contrahegemónicos con fines claros: la destitución de la ocupación imperialista y la constitución de una nación soberana.

Ahora bien, sería necio desconocer que esas expresiones estaban atravesadas por múltiples factores que las definían y que, incluso, podemos encontrar contradictorios entre sí. Dependiendo del momento y del lugar en el que centremos nuestro análisis podemos observar posiciones más o menos consolidadas al respecto. En definitiva, la descolonización como objeto de estudio de la historia se puede abordar desde múltiples perspectivas y que, por haber sido motivo de revueltas políticas en un pasado no tan lejano, despierta aún hoy tantas emociones como análisis racionales. Esto presenta algunas dificultades a la hora de abordar el tema en una clase, incluso en un curso de nivel universitario. Se puede hablar de dos grandes problemas: en primer lugar, el mismo concepto de descolonización implica tener debates ya saldados o haber transitado ciertos recorridos que los estudiantes no necesariamente tienen (los conceptos de colonia, imperialismo o soberanía, por ejemplo); y, en segundo lugar, y teniendo en cuenta lo que decíamos más arriba, muchos estudiantes cuentan con alguna versión parcial sobre el tema, que muchas veces está atravesada por las propias lógicas culturales de las naciones que impusieron o imponen aún sus verdades hegemónicas.

Este capítulo se enmarca dentro del trabajo de cátedra de Historia Social General, pensada como una introducción a la historia del siglo XIX y XX a estudiantes de diversas carreras de la Facultad de Artes (FDA) de la Universidad Nacional de la Plata (UNLP). Intentará eludir las discusiones historiográficas en torno al tema, con el fin de poner en común algunos rasgos generales sobre los procesos de descolonización y así poder realizar algunos aportes para el tratamiento y la enseñanza del tema en el aula.

Hacia una construcción de la descolonización

En una fotografía de 1960 [Figura 1] observamos cinco hombres de pie. Algunos sonríen, otros no tanto. La heterogeneidad de rasgos es lo que cunde en aquella imagen, a pesar

de que lo que se iniciaba en aquel momento era la unidad de los países no alineados. Los presidentes Jawaharlal Nehru, de India; Kwame Nkrumah, de Ghana; Gamal Abdel Nasser, de Egipto; Ahmed Sukarno, de Indonesia, y Josep Tito, de Yugoslavia, protagonizan un año después, en 1961, la Conferencia de Países No Alineados en Belgrado. Hacía catorce años, India había alcanzado su independencia, un acontecimiento simbólico y de gran impacto, pues se trataba de la liberación de una colonia de grandes dimensiones. Un año después de Belgrado, Argelia logra su liberación.



Figura 1. Los presidentes Jawaharlal Nehru, de India; Kwame Nkrumah, de Ghana; Gamal Abdel Nasser, de Egipto; Ahmed Sukarno, de Indonesia, y Josep Tito, de Yugoslavia, 1960

Las diversas naciones que habían sido sometidas durante años al colonialismo constituían en los años sesenta una tercera posición, centrada en la liberación de los países periféricos. Este conjunto de procesos, al que llamamos *descolonización*, implicaba una intrínseca articulación de fuerzas entre distintos sectores de las sociedades colonizadas como parte fundamental en la lucha contra la imposición política y el racismo.

Nos proponemos presentar algunas reflexiones en torno a las guerras de liberación nacional vividas en Asia y en África tras la Segunda Guerra Mundial, focalizando en la intención de pensar las independencias desde la decolonialidad del saber. Tomaremos el caso de Argelia como hecho histórico que condensa los diversos aspectos que constituyen, de manera articulada, la política de control y de sometimiento de una nación sobre otra.

Las dimensiones del imperialismo

Reflexionar en torno a los procesos de descolonización que tuvieron lugar en Asia y en África luego de 1945 implica necesariamente dar cuenta del imperialismo. Como sabemos, las crisis económicas son un aspecto inherente al sistema capitalista y tras las profundas quiebras de escala global, el capital tramita la manera de recomponerse generando nuevas lógicas de acumulación.

La larga depresión de 1870-1885 fue la antesala de la salida imperialista. Esta implicó la concentración de la economía, la ocupación de territorios extraeuropeos en busca de mercados, inversión y materias primas. La *belle époque* fue el momento ascendente y de resolución de aquella depresión que favoreció el pasaje de muchos países del *status* de gran potencia europea a convertirse en gran potencia mundial (Mommsen, 2004). El imperialismo, entonces, a diferencia del colonialismo europeo de siglos anteriores, ya no se trataba de adquirir territorios a partir de la revolución oceánica (Bender, 2011), sino del aprovechamiento económico y de la fuerza de trabajo en las colonias, el monopolio y la exportación del capital financiero. La libre concurrencia y la exportación de mercancías será superada por el capitalismo monopolista y la exportación de capital (Lenin, 2008).

Con relación a esto, Edward Said (1996) señala:

Ni el imperialismo ni el colonialismo son simples actuaciones de acumulación y adquisición. Ambos se encuentran soportados y apoyados por impresionantes formaciones ideológicas que incluyen la convicción de que ciertos territorios y pueblos necesitan y ruegan ser dominados (p. 44).

En ese sentido, resulta interesante dar cuenta de los aspectos culturales que favorecieron la hegemonía de ciertas naciones imperiales sobre otras, de manera tal que los procesos imperialistas se producen más allá de las leyes económicas y de las definiciones políticas. Tal es así que la jerarquía de la colonialidad se manifestaba en todos los dominios: político, económico y, no menos, en lo cultural (Quijano & Wallerstein, 1992). La ideología nacionalista europea funcionó como una ética en aquellos años. Wolfgang Mommsen (2004), en su clásico texto, explica que solo en la encrucijada de las rivalidades nacionalistas, el capitalismo moderno empezó a desarrollar rasgos imperialistas. Las ideas nacionalistas en Occidente encontraron eco y apoyo popular, como también gestó exponentes nacionalistas como Charles Maurras en Francia, quién promovió el máximo valor de la nación conservadora.

La expansión de los estados europeos implicó conquistas militares, explotación económica e injusticias, justificadas por la supuesta difusión de civilización, crecimiento económico y

desarrollo y progreso (Wallerstein, 2007). El reparto de Asia y de África, las disputas y los acuerdos en torno a las áreas de influencia, al tutelaje y el control de aquellos pueblos que eran considerados *inferiores* por Occidente gestó el enfrentamiento bélico interimperialista de la primera mitad del siglo xx. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, se iniciaron las guerras de liberación protagonizadas por el pueblo africano y asiático.

Pensar la descolonización desde la decolonialidad del saber

Existe una tensión entre el concepto de descolonización y el de guerras de liberación según Muriel Evelyn Chamberlain (1997). El primero supone la iniciativa de las potencias imperialistas para la negociación y el acuerdo de la independencia de sus colonias, mientras que el segundo pone el foco en la acción de los pueblos dominados. Ante este debate, consideramos que resulta de interés comprender la complejidad del fenómeno, contemplando la diversidad de situaciones vivenciadas en las excolonias, como las generalidades compartidas. En algunos casos, las metrópolis se encontraron cercadas y se abrieron al diálogo frente a la tendencia de independencias que parecía irrefrenable. En otros casos, la resistencia por parte de las potencias europeas llevó a enfrentamientos, generando guerras por la liberación nacional, tal es el caso de Indochina y Argelia.

Más allá de la discusión conceptual, entendemos que los análisis socio-históricos producidos en las academias occidentales en torno a estos hechos, han ayudado a construir y a legitimar perspectivas históricas acerca del sistema mundo contemporáneo. Las potencias lograron forjar y consolidar un relato en torno a los sucesos imperiales basados en la *misión civilizatoria* europea, destinada a acompañar y tutelar estas naciones subdesarrolladas e inferiores a los ojos occidentales.

Pensar desde la decolonialidad del saber implica comprender que en la producción misma de conocimiento occidental se produce una necesaria subalternización del conocimiento y de las culturas de estas otras sociedades (Escobar, 2003). Repensar las guerras de liberación nos invita a analizar dichos hechos socio-históricos desde el sur, contemplando la complejidad y ubicándolos como parte de un proceso más amplio que se teje con la idea de modernidad y el nacimiento de Europa como centro de poder, tras la conquista de América y el control del Atlántico.

En este sentido, sostenemos que la colonización se produjo también en el plano de las ideas y de la producción de conocimiento. Fue tal así, que en el mundo excolonial las ciencias sociales han favorecido al establecimiento de contrastes con la experiencia histórico cultural *universal* europea, identificando carencias y diferencias a ser superadas, dejando a un lado el conocimiento de esas sociedades a partir de sus especificidades histórico culturales (Lander, 2011). Europa logró forjar y consolidar un modo de

conocimiento que se manifiesta como universal, pero que descansa en «una confusión entre una universalidad abstracta y el mundo concreto derivado de la posición europea como centro» (Dussel, 2000, p. 471).

Los aspectos culturales han cumplido y cumplen un papel fundamental en la construcción y el sostenimiento de las vinculaciones hegemónicas. De esta forma, sostenemos lo señalado por Arturo Escobar (1996) acerca de que la economía occidental debe ser vista como una institución compuesta por sistemas de producción, poder y significación. Estos tres sistemas se unieron al final del siglo XVIII y están inseparablemente ligados al desarrollo del capitalismo y la modernidad. Asimismo, Said (2005) nos invita a problematizar en torno a esto, cuando afirma que en las colonias la coerción y la intimidación si bien se manifestaba a través del ejército, este tenía un papel reducido si consideramos el inmenso territorio que administraban.

Había un programa de pacificación ideológica: el sistema de educación que se promulgó en 1830 que dejó en claro que debía enseñarse a los indios la superioridad de la cultura inglesa. Desde luego, en el caso de revueltas no se escatimaba el uso de la fuerza para aplastar las revueltas [...]. Si bien había fuerza pero, en mi opinión, mucho más importante que la fuerza era la idea inculcada en la mente de los colonizados: que su destino era vivir gobernados por Occidente (Said, 2005, p. 66).

Con esto señalamos, entonces, que los mismos análisis y estudios acerca de la colonización y las guerras de independencia sucedidas entre 1947 y la década de los setenta en Asia y en África suponen, también, un proceso complejo de disputa. No es casual que hace pocos años en Francia existió una polémica a partir de la sanción de una ley que implementaba la incorporación de contenidos, en los manuales escolares, que reconocieran los efectos positivos de la colonización.¹

De esta manera, perdura la idea de colonialidad, más allá de las independencias —formales— de aquellos países.

La colonialidad se inició con la creación de un conjunto de estados reunidos en un sistema interestatal de niveles jerárquicos. Los situados en la parte más baja eran formalmente las colonias. Pero eso era sólo una de sus dimensiones, ya que incluso una vez acabado el status formal de colonia, la colonialidad no terminó, ha persistido en las jerarquías sociales y culturales entre lo europeo y lo no europeo (Quijano & Wallerstein, 1992, p. 584).

Contemplar la complejidad de dimensiones —económicas, culturales, políticas— que constituyen las relaciones imperialistas, desde una mirada decolonial, nos invita a

reflexionar en torno a un hecho complejo que perdura en debate. La batalla continúa por otros medios, hoy lo que está en juego son las formas de presentar, analizar, estudiar y enseñar estos hechos contemporáneos y fundamentales, a nuestro entender, de la historia universal.

Hacia la liberación nacional

La noción de *misión civilizadora* nos ayuda a entender el proceso de descolonización. Se debe entender dentro del paradigma de darwinismo social francés, que pretendía legitimar la conquista imperialista. El imperio francés se caracterizó por *asimilar* los pueblos que habitaban sus colonias y convertirlos a la cultura y la civilización francesa, mientras que el inglés experimentó formas de gobierno de tipo indirecto, con ciertos grados de autonomía (Chamberlain, 1997). Cuando en la posguerra comenzaron los enfrentamientos entre metrópolis y colonias, la nación francesa tuvo una respuesta resistente, siendo las guerras más cruentas la de Argelia y la de Indochina. Con relación a esto, Chamberlain (1997) explica: «La diversidad de las prácticas gubernamentales adoptadas por las potencias colonizadoras influyó naturalmente en la forma que iba a tomar la descolonización en los diferentes territorios» (p. 20).

Una de las primeras independencias fue la de India en 1947, convirtiéndose en la referencia para demás países periféricos sometidos al control imperialista. La experiencia india era simbólica, pues sucedió en la colonia más grande del mundo y parecía mostrar que la descolonización en el resto del mundo era inevitable. Atenta a los movimientos de liberación desarrollados en las periferias, Gran Bretaña rápidamente comprendió que el formato para el ejercicio del imperialismo debía necesariamente mutar. La *Commonwealth* (la comunidad británica de naciones) se adaptaría al momento socio-histórico, ideando una nueva forma de acumulación que se sintetizaría en la década de los setenta bajo el neoliberalismo financiero transnacional.

En la Conferencia de Bandung de 1955, a la que asistieron trescientos cuarenta delegados de veintitres estados asiáticos y seis africanos, los presentes se definieron como *tercera fuerza* entre los bloques imperialistas que ordenaban la Guerra Fría. El espíritu de Bandung se orientó al neutralismo y el no alineamiento. Sukarno (en Bréville, 2016), presidente indonesio, expresó en el discurso de apertura:

Tengo la certeza de que a todos nosotros nos unen cosas más importantes que aquellas que nos separan de forma superficial; por ejemplo, nos une el mismo odio al colonialismo en cualquiera de sus formas, nos une el odio al racismo y la determinación común de preservar y de estabilizar la paz en el mundo (p. 125).

Luego de Bandung se avanzó en las independencias de aquellas colonias que aún no lo habían logrado. Fue así que las colonias del imperio británico, francés, belga, portugués fueron alcanzando su libertad.²

El caso de Argelia ha sido paradigmático, puesto que puso de manifiesto la mayor contradicción en el justo centro de los valores occidentales. La libertad y la igualdad, preconizada por los franceses del siglo XVIII, convivía con el sometimiento de poblaciones árabes. Al concluir la Segunda Guerra Mundial, Francia intentó perdurar su control sobre el norte de África. Túnez y Marruecos eran protectorados, lo que significaba que existía una autoridad nacional propia aunque condicionada y no soberana de hecho. En 1956, tras el fracaso en Indochina y el nacimiento del Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Argelia, una Francia debilitada aceptó la independencia de aquellos dos protectorados. La situación en Argelia era distinta, pues había sido incorporada como un departamento del territorio francés. La resistencia argelina no era una novedad, había iniciado un siglo atrás tras el desembarco francés en 1830. En aquel entonces Emir Abdel Kader inició la lucha contra la conquista y el Frente de Liberación Nacional (FLN) de Argelia, que derrotó a los franceses y logró la independencia recién en 1962, se consideraba continuador de la resistencia iniciada en 1830, «se veía como parte de una misma historia» (Said, 2005, p. 71).

La represión y la tortura fue la respuesta francesa a la rebelión iniciada por Ahmed Ben Bella en 1954 y a la posterior organización del FLN. En 1957 tuvo lugar la conocida Batalla de Argel, «los ataques terroristas del FLN contra objetivos civiles y militares franceses fueron contestados con la tortura generalizada y la ejecución sumaria de centenares de argelinos» (Béjar, 2013, p. 187).

El proceso de liberación argelino fue arduo y difícil, no es nada nuevo. Pero debemos tener en cuenta que la represión directa convivía con formas de dominación cultural que servían como resortes de legitimación de aquel orden. En el libro *La batalla de Argel* (1996), de Gillo Pontecorvo, podemos ver una escena ejemplificadora. No es un dato menor que la película sea de 1966.

La escena se ubica en Argel en 1954. La cámara y una voz en *off* presentan «la ciudad europea», y luego enfoca paulatinamente hacia la derecha y se observa allí, a lo alto de una colina: la *Casbah*.³ Mientras, nos muestra imágenes de hombres y mujeres habitando y transitando aquella ciudadela, acarreando canastos en sus espaldas, subiendo las escaleras clásicas de la ciudad; la voz en *off* recita el comunicado número 1 del FLN: «Hermanos argelinos, ha llegado la hora de salir de la larga noche y de la gran miseria en la cual durante ciento treinta años la opresión colonial nos ha tenido sumergidos. El momento de la lucha se acerca. El objetivo es la independencia nacional [...]» (Pontecorvo, 1996).

Un hombre alto, robusto, morocho y de rasgos árabes, invita a apostar a un juego de cartas en plena calle céntrica. Su actividad se ve interrumpida por un agente de seguridad que lo persigue por dicho juego clandestino. La huida se produce por una avenida donde se puede observar una cadena de supermercados francesa —Monoprix—. Nuestro protagonista, Alí, llega corriendo a una esquina, donde un joven rubio, delgado, blanco, caracterizado como un clásico francés, interrumpe su veloz andar y con su pie logra que caiga tumbado. La sonrisa del joven rubio se contrasta con la mirada de preocupación y de enojo del morocho. En seguida el francés recibe un golpe y comienza la clásica trifulca, se suman otros hombres, mujeres y el policía. Los empujones, golpes y agresiones físicas se complementan con gritos: «Ladrón, ladrón», «Argelino de mierda».

La breve escena relatada de la película *La batalla de Argel* da cuenta de que la colonización francesa en Argelia supuso una fragmentación cultural, visualidad en términos territoriales (la ciudad europea y la *Casbah*), como también en términos sociales. El imperialismo no puede explicarse solamente a través de aspectos económicos-estructurales, sino que consideramos necesario estudiarlo como hecho complejo, contemplando lo ideológico-cultural como constitutivo y legitimador de aquella política.

A modo de conclusión

Creemos que el abordaje del tema en clase —entendiéndolo como un debate en torno al imperialismo, la decolonialidad del saber y la consolidación de una identidad nacional tercermundista que se nutre de la idea de liberación— puede servir para eliminar las dos grandes dificultades de las que hablábamos en la introducción.

El caso de Argelia ha sido tomado como paradigmático por su enorme significancia simbólica, por su peso político en la historia del siglo xx y, sobre todo, porque lo consideramos idóneo para trabajarlo en clase y empezar a deconstruir los conceptos previos sobre los procesos de descolonización. Entender la colonización desde su dimensión política, económica y también cultural es esencial para su análisis y para una mayor comprensión de la historia en términos generales. Implica que un proceso descolonizador también debería disputar el ámbito cultural, y así sucedió y sucede.

Hemos planteado este capítulo como un aporte para la reflexión acerca de la descolonización, intentando establecer algunos elementos comunes que nos permitan el abordaje de este tema en clase desde una mirada problematizadora. Consideramos que los procesos de descolonización constituyen parte fundamental de la historia del tercer mundo y ayuda a comprender la historia de la periferia, hecho que merece ser pensado pedagógicamente a fin de nutrir los debates en torno a la misma en nuestras aulas.

Referencias

Béjar, M. D. (2013). *Historia del siglo XX*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Bender, T. (2011). *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Bréville, B. (2016). *Atlas de historia crítica y comparada. Una visión heterodoxa desde la Revolución Industrial hasta hoy*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Capital Intelectual.

Chamberlain, M. E. (1997). *La descolonización*. Barcelona, España: Ariel.

Dussel, E. (2000). Europe, Modernity, and Eurocentrism [Europa, Modernidad y Eurocentrismo]. *Nepantla*, 1(3), 465-478.

Escobar, A. (1996). *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá, Colombia: Grupo editorial Norma.

Escobar, A. (enero-diciembre de 2003). Mundos y conocimientos de otro modo. El programa de investigación de modernidad/colonialidad latinoamericano. *Tabula Rasa*, (1), 51-86.

Fanon, F. (1973). *Por la revolución africana*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Lander, E. (2011). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Centro de Integración Comunicación, Cultura y Sociedad (CICCUS), Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Lacouture, J. (2005). Bandung o la era de la descolonización. *Le Monde Diplomatique*, Edición Cono Sur, (70), 30-31. Recuperado de <https://www.insumisos.com/diplo/NODE/1339.HTM>

Lenin, V. I. (2008). *El imperialismo. Fase superior del capitalismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Libertador.

Mommsen, W. J. (2004). *La época del imperialismo*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Pontecorvo, G. (Director). (1966). *La batalla de Argel* [Película]. Italia/Argelia: Igor Film/Casbah Films.

Quijano, A. y Wallerstein, I. (1992). La americanidad como concepto, o América en el moderno sistema mundial. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, (134), 583-591.

Said, E. (1996). *Cultura e Imperialismo*. Barcelona, España: Anagrama.

Said, E. (2005). *La pluma y la espada*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Wallerstein, I. (2007). *Universalismo europeo: el discurso del poder*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Notas

1• El 23 de febrero de 2005, en Francia, la Asamblea Nacional sanciona una ley en la que se favorecía la enseñanza de los procesos positivos de la colonización. Tras la polémica suscitada, en enero de 2006, se deroga el artículo 4. Muchos tomaron como ejemplo de ello la posibilidad de construir hospitales, carreteras e instituciones educativas mientras fueron colonias (Bréville, 2016). El artículo 4 establecía: «Los programas escolares reconocen, en particular, el papel positivo de la presencia francesa en el extranjero, especialmente en el norte de África, y otorgan a la historia y a los sacrificios de los combatientes del ejército francés de esos territorios el lugar relevante al cual tienen derecho».

2• Algunas fechas de independencias: Filipinas en 1946 (colonia de Estados Unidos); Indonesia en 1945 (Holanda); India en 1947 (Gran Bretaña); Ceylán, futuro Sri Lanka, el 14 de noviembre de 1947; Birmania en 1948 (Gran Bretaña); Indochina en 1954 (Francia); Ghana en 1957 (Gran Bretaña); Malí en 1957 (Gran Bretaña); Nigeria en 1960; Uganda en 1962; Kenia en 1963; Tanzania en 1964; Zimbabwe (ex Rhodesia) en 1980 todas de Gran Bretaña. Del imperio francés: Túnez en 1955; Marruecos en 1956; Guinea en 1958; 17 estados africanos (entre ellos Senegal, Costa de Marfil, Chad, Mali, Ubangui-Chari (República Centroafricana), Madagascar) en 1960; Argelia en 1962. Del imperio Belga: Congo-Kinshasa en 1960; Ruanda y Burundi en 1962. Del imperio portugués: Guinea-Bissau en 1974; Angola en 1975; Mozambique en 1975; Cabo Verde en 1975; São Tomé en 1975 (Lacouture, 2005).

3• El término casbah deriva del árabe Al Qasbah que significa 'ciudadela'. Es el primer distrito de Argel, en ella se levantan tres grandes mezquitas, una de ellas fue convertida por los franceses en Iglesia católica en 1930.

EL NEOLIBERALISMO, EL CAPITALISMO FINANCIERO Y EL MUNDO UNIPOLAR

Auge, crisis y transición histórica

Gabriel Esteban Merino

Resumen

El capítulo se propone poner en común categorías y claves de análisis para debatir el presente y las perspectivas futuras, y lo hace a partir del abordaje del surgimiento y las características del proyecto financiero neoliberal en los años setenta y ochenta del siglo pasado. Asimismo, da cuenta de la vinculación entre este proceso y la recuperación de la primacía político-militar de Estados Unidos en esa etapa. A su vez, examina la crisis de este proyecto y del liderazgo unipolar estadounidense al señalar algunos rasgos centrales de la transición histórica actual, como el escenario de multipolaridad relativa y las perspectivas para América Latina.

Algunos autores, como Immanuel Wallerstein (2003) o Giovanni Arrighi (2007), identifican el inicio de la transición histórica mundial y el declive de la hegemonía de Estados Unidos —y podríamos decir de la hegemonía del polo de poder anglosajón que se inicia en 1815 con la derrota del imperio francés— a fines de los años sesenta y principio de los setenta del siglo xx. El año clave de referencia es 1968, un gozne en la historia del sistema mundial. Atravesado por la paradigmática Guerra de Vietnam, el enfrentamiento bipolar entre Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y un emergente y revolucionado Tercer Mundo, se sucedieron los acontecimientos del Mayo francés, el levantamiento estudiantil en México, la revuelta de Checoslovaquia, la efervescencia de los movimientos por los derechos civiles en los Estados Unidos y el asesinato de su símbolo, Martin Luther King, en la autoproclamada tierra de la libertad, al que le siguió ese mismo año el asesinato de Robert Kennedy. Si en los países centrales o del Norte Global los movimientos tenían un contenido más cercano al liberalismo político radical, combinados con formatos más típicos de la izquierda, por otro lado, en la periferia o el Tercer Mundo el contenido central del auge de luchas populares fue de liberación nacional y social, con distinto tipo de combinaciones.¹

Sin embargo, a partir de la década del setenta el llamado *establishment* angloamericano produjo una contrarrevolución política, económica e ideológica —integral y estratégica— que se cristalizó en los años ochenta en una retomada de la hegemonía estadounidense (Tavares & Fiori, 2017). Dicha contrarrevolución se caracterizó, como observan Perry Anderson (2003) y Aldo Ferrer (2008), entre otros, por la implementación del proyecto financiero neoliberal, aunque la característica de este proyecto fue diferente en el centro occidental que en la periferia bajo su influencia. Si en ambos territorios existía una ofensiva general contra la clase trabajadora, en los países centrales se mantenían y se profundizaban las políticas para mantenerse, justamente, como centros globales: inversión en investigación y desarrollo con el Estado como actor central; fuerte protección a activos o áreas consideradas estratégicas, tanto de la economía como de la producción cultural; políticas para apalancar sólidos centros financieros; administración del comercio exterior e interior, entre otras. En la periferia bajo influencia occidental, por el contrario, se procuraba dismantelar todo lo relacionado a la soberanía y al desarrollo, es decir, se propiciaba una involución periférica, lo cual resultó muy evidente en América Latina.

La contrarrevolución conservadora neoliberal fue de la mano de un proceso de acelerada transnacionalización del capital, la conformación de cadenas globales de valor, una nueva dinámica centro-periferia y la universalización de la acumulación capitalista, sostenida por la revolución de la informática y el despliegue de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Todo esto apareció de forma difusa bajo la forma ideológica de la llamada *globalización* económica (Marini, 2008; Drucker, 1997).

Sin embargo, la *belle époque* neoliberal y del mundo unipolar occidental duró un suspiro. Hacia fines de los años noventa comenzó a resquebrajarse y el movimiento de la historia siguió su curso. El resurgimiento de Asia, el vertiginoso ascenso de China (acorde a su lugar central en la historia de los últimos dos mil años) y la puesta en marcha de los procesos nacionales populares en América Latina a comienzos del siglo XXI son acontecimientos que ponen de manifiesto que el mundo estaba y está en plena transición histórica.²

En las siguientes páginas nos proponemos abordar el surgimiento y características del proyecto financiero neoliberal en los años setenta y ochenta y las condiciones de su surgimiento como parte de la recuperación de la primacía político-militar de Estados Unidos. Luego se examinará la crisis de dicho proyecto y de la unipolaridad, señalando algunos de los rasgos centrales de la transición histórica actual, la situación de multipolaridad relativa y las perspectivas para América Latina. El objetivo no es realizar una mera síntesis de dichos procesos sino poner en común categorías y claves de análisis para debatir el presente y las perspectivas futuras.

Crisis de los años sesenta y setenta

El período que va de la posguerra hasta los años setenta se conoce como la *edad de oro* del capitalismo, que también coincide con un desarrollo importante de la URSS y de sus áreas de influencia, como a su vez de varios países del llamado Tercer Mundo. A su vez, hubo una explosión en la población mundial que en apenas veinticinco años pasó de dos mil quinientos millones (1950) a más de cuatro mil millones (1975) (Banco Mundial, s. f.).³ La reconstrucción de Alemania y de Japón, y su exponencial desarrollo económico, fueron de la mano de sus competitivas industrias y su fuerte desarrollo tecnológico. Por su parte, Francia, en alianza con Alemania, avanzó en un proyecto continental europeo que le permitía alcanzar los nuevos umbrales de poder en el escenario mundial y, así, mayores niveles de autonomía relativa con respecto a Washington y a Londres. Los viejos Estados Nacionales industriales quedaron *chicos* y llegó la era del Continentalismo (Methol Ferré, 2009), protagonizada por Estados Unidos más el Commonwealth británico, la URSS y China.

Hay cinco elementos centrales que, entre otros, explican la crisis de la *edad de oro* del capitalismo y de la hegemonía estadounidense, que coincidió con el inicio de una etapa de estancamiento y recesión en buena parte de la economía mundial.

- 1) Las presiones competitivas en el Norte Mundial, donde las empresas estadounidenses se vieron amenazadas en su liderazgo, especialmente por parte de las empresas alemanas y japonesas (que en caso de las últimas coincidió con la emergencia de un

nuevo modelo de producción).⁴ Ello presionó hacia la caída de la tasa de ganancia del capital y, consecuentemente, a problemas de acumulación.

- 2) Hacia los años sesenta había una gran fortaleza obrera para luchar por salarios y por condiciones de trabajo tanto en el Norte Global como en algunos países de la semiperiferia (como en el caso de la Argentina). Esto también presionaba sobre la tasa de ganancia del gran capital. Además, los aumentos de precios para elevar la tasa de ganancia eran contestados con grandes luchas obreras que recuperaban el precio del salario y, de esta manera, generaban presiones inflacionarias.
- 3) Dicha fortaleza de los trabajadores también era producto de la amenaza *roja*, es decir, de que las malas condiciones de trabajo y los bajos salarios constituyeran un caldo de cultivo para revoluciones anticapitalistas tanto en la periferia como en el centro. Un tercio del mundo era gobernado por fuerzas comunistas.
- 4) Parte fundamental de la crisis de hegemonía de Estados Unidos es producto de la insubordinación del Tercer Mundo (Arrighi, 2007). Vietnam es un símbolo de dicha situación, como también lo es Cuba. Pero también la multiplicación de gobiernos nacionales y populares y los procesos de liberación nacional en Asia, en África y en América Latina. La ruptura con los mecanismos de la dependencia que permiten al Norte Global (centro) absorber gran parte de la riqueza producida por el Sur Global (periferia y semiperiferia), perjudica al centro y limita las posibilidades de acumulación. No hay acumulación *sin fin* de capital sin poder político y militar que la garantice, ya que entre otras cuestiones debe garantizar los monopolios.
- 5) La caída en la tasa de ganancia del capital debido a cierto agotamiento del régimen de acumulación fordista y de su tecnología base (automovilística y petroquímica). Ello se suma a las presiones descritas anteriormente: por las luchas entre capitales de países centrales, la fortaleza de los asalariados en la lucha capital-trabajo, y la insubordinación de la periferia en la lucha *Norte-Sur*.

La llamada crisis del petróleo de 1973, desatada a partir de la decisión de los Estados pertenecientes a la Organización de Países Exportadores de Petróleo de dejar de vender dicho suministro a los países que habían apoyado a Israel en la guerra de Yom Kipur contra Siria y Egipto, echó más combustible al problema de inflación (especialmente en los países centrales importadores de petróleo) y trajo también una recesión económica del mundo capitalista debido al aumento de los costos de producción. En 1979 se produjo la segunda crisis del petróleo como consecuencia de la revolución iraní contra el régimen del Sha sostenido por Estados Unidos y la guerra Irán-Irak. Entre 1978 y 1981 el precio del petróleo casi se triplicó.

Pero si por un lado las crisis del petróleo tuvieron su recesivo en la economía, presionando sobre las contradicciones descritas anteriormente, también otorgaron un enorme impulso a la expansión del capital financiero transnacional a través del flujo de petrodólares hacia la *city* de Londres, que devino en capital financiero centralizado por los grandes bancos angloamericanos. El abandono del patrón oro y la conversión del dólar a dinero fiduciario (sin respaldo metálico), provocado entre otras cuestiones por el enorme gasto de la Guerra de Vietnam, también contribuyó como elemento fundamental para la *financiarización* de la economía del Norte Global y su expansión. Pero el elemento central en el proceso de *financiarización* de los procesos de acumulación del capital —la multiplicación incesante del capital ficticio por sobre el *real*— fue la propia crisis de acumulación del capital: ante la dificultad de encontrar rentabilidad en la economía real la inversión se trasladó a la especulación financiera.

Frente a esta situación surgirá en el plano político e ideológico la contrarrevolución neoliberal, con un nuevo programa de Estado, aunque con elementos muy diferentes en el centro y en la periferia (algo que muchas veces no se tiene en cuenta). Y en el plano económico, se producirá una transformación en las relaciones de producción capitalistas, con el proceso de transnacionalización del capital (con predominio de la forma financiera que subsume la forma comercial, industrial, etcétera) y el desarrollo del paradigma posfordista.

Capital transnacional y redes financieras globales

La transformación de las relaciones de producción —la emergencia de una nueva forma de capital— fue trabajada, por un lado, por Peter Drucker (1997), Samir Amin (1998), Ruy Mauro Marini (1996), Manuel Castells (2002) y también en la base conceptual del libro *Imperio* (2002), de Antonio Negri y Michael Hardt. Por otro lado, desde la escuela regulacionista se abordó especialmente la crisis del fordismo, el desarrollo del posfordismo y del paradigma flexible (Lipietz, 1994). A partir de dichos trabajos, podemos plantear resumidamente una categorización propia.

En primer lugar, la transnacionalización del capital implica que la unidad económica de producción y de realización del capital es de carácter global. Ello produce una nueva territorialidad social que impacta y modifica el conjunto de relaciones sociales. Dicha transnacionalización se categorizará ideológicamente como *globalización*. Que los capitales más concentrados sean transnacionales implica que estos ya no se organizan en términos lineales de casa matriz-filial, cada una atada a ciclos de rotación de capital nacionales o de metrópolis-semicolonia. Como observa Drucker (1997), en una compañía transnacional hay solo una unidad económica, el mundo: ventas, servicios, relaciones públicas y asuntos legales son locales. Pero partes, máquinas, planificación, investigación, finanzas, mercadotecnia, fijación de precios y administración se realizan teniendo en cuenta el mercado mundial. Es

decir, la escala se vuelve transnacional, por lo cual se profundiza y da un salto cualitativo un rasgo propio de la modernidad del sistema-mundo: el desarrollo de un sistema mundial integrado de producción y comercialización, ahora integrado por cadenas globales de producción de valor, vertebrado por un sistema financiero transnacional.

En segundo lugar, otro de los rasgos principales es la tendencia al funcionamiento en red, con una pirámide organizacional achatada y con menor integración vertical formal.⁵ En este sentido, se sustituye el paradigma típico de las grandes y viejas corporaciones estadounidenses, hiperintegradas verticalmente (controlaban formalmente todo el proceso productivo, de cada parte específica y cada insumo hasta el producto final) y con un funcionamiento totalmente piramidal, bajo el modelo burocrático clásico, que se reproducía en el vínculo casa matriz-filial.

En tercer lugar, los nodos estratégicos de las redes transnacionales centralizan los flujos globales de información, dinero, mercancías, y basan su capacidad de acumulación ampliada en: 1) el control de gigantes sumas de capital-dinero con el cual financiar las empresas de la red así como invertir en la especulación financiera; 2) el conocimiento estratégico desde el cual procesar la masa de información y diagnosticar, concebir y planificar a escala global, con cuadros competentes para dichas tareas; y 3) los medios de producción estratégicos y los monopolios tecnológicos que les permite controlar el corazón del proceso de acumulación y establecer ganancias monopólicas .

En cuarto lugar, se organizan bajo el paradigma Flexible. Se desarrolla un amplio proceso de tercerización o subcontratación de infinidad de tareas, a la vez que flexibiliza a los trabajadores a través de la polifuncionalidad, la rotación, la inestabilidad laboral, etcétera. El pasaje de fordismo al posfordismo implica la imposición de la flexibilización junto a un nuevo paradigma tecnológico, la robotización (Lipietz, 1994). La flexibilización, tanto laboral como del proceso productivo, le permite al capital avanzar sobre las condiciones y la situación laboral de los trabajadores y enfrentar en mejores condiciones las presiones competitivas para aumentar la tasa de ganancia. En este sentido, por ejemplo, la deslocalización de ciertas partes de los procesos productivos, especialmente los intensivos en mano de obra, hacia lugares con costos salariales más baratos, permite quebrantar la resistencia obrera. Lo mismo sucede con la tercerización, por la cual la empresa principal puede empeorar las condiciones de contratación de la fuerza de trabajo a través de empresas subcontratadas.

En quinto lugar, es necesario señalar que en el Norte Global el capital transnacional es financiero, ya que los directorios de las empresas están dominados por fondos financieros de inversión global. Estos se encuentran en el corazón de una red que combina diferentes empresas de ramas disímiles.

El desarrollo de esta nueva forma de capital, de estas nuevas formas en las relaciones de producción capitalista, que se produjo en el nivel económico, permitió vencer el conjunto de factores de la crisis que mencionamos en el apartado anterior. También desde el plano político se produjo una respuesta, conocida como la contrarrevolución conservadora y la implementación de un proyecto neoliberal. Eso lo veremos a continuación.

Reacción conservadora y programa neoliberal

«La economía es solo el método, el objetivo es cambiar el corazón y el alma.»
Margaret Thatcher (1981)

Es falso decir que el neoliberalismo implica un Estado débil o en retirada. Un Estado débil no sirve para *cambiar el alma*. En realidad, el Estado neoliberal necesita ser muy fuerte para vencer la influencia de los sindicatos, el poder del movimiento popular y desarmar los llamados Estados de *bienestar*. También determinados estados centrales dominados por el proyecto neoliberal necesitan ser fuertes en su política exterior para vencer los movimientos contrahegemónicos de la periferia. A la vez, dicha fortaleza se utiliza para implementar un programa que resuelva las tensiones político-sociales a favor del capital financiero transnacional, el *establishment* del Norte Global y sus aliados periféricos.

Como observa Anderson (2003), el programa neoliberal tiene como premisa filosófica la desigualdad. Para el neoliberalismo, apoyado en la escuela neoclásica de economía, el ideal de la igualdad —propio de la socialdemocracia europea, el comunismo o de los nacionalismos populares de la periferia— constituye un camino a la servidumbre (Hayek, [1944] 2008), en el sentido de que estos proyectos implican un aumento del poder estatal-colectivo que restringe la libertad individual, especialmente la libertad del capitalista. Con ello se restringe, se razona desde el neoliberalismo, la libertad de mercado, la competencia, el individualismo y los sujetos quedan a merced del Estado.

De esta forma, el neoliberalismo vuelve a separar e, incluso, contraponer los conceptos de libertad y de igualdad que el centrismo liberal democrático había procurado sintetizar para resolver la problemática coexistencia entre capitalismo y democracia: una democracia representativa ampliada a ciertos derechos sociales, ya que resulta imposible en la práctica un sistema democrático sin ciertos *niveles mínimos* de igualdad o de inclusión social. De esta forma, son los propios poderes dominantes quienes deben poner en crisis el liberalismo burgués y con él la categoría de ciudadano, portador de derechos universales e igual ante la ley y el mercado. La categoría de ciudadano, núcleo del liberalismo burgués, se ve sustituida por la de *gente* o *vecino* y *consumidor* o *cliente*. También desaparecen las *clases sociales*.

El programa económico del neoliberalismo, mediante el cual se procura cambiar el *alma* de los pueblos, se puede resumir en nueve puntos. Debemos tener presente que, si bien estos puntos programáticos son casi *universales*, debemos diferenciar entre el neoliberalismo central y el periférico no solo en cuanto a la profundidad de su aplicación para dismantelar derechos sociales de los trabajadores, sino, también, porque en las periferias se procura dismantelar todas aquellas actividades estatales y sectores que pueden competir con los centros dominantes: desarrollo y protección de industrias estratégicas y de alta complejidad, desarrollo científico-tecnológico, poderosos complejos industriales-militares, entre otros.

Podemos resumirlo en los siguientes puntos:

- 1) La centralidad del combate contra la inflación por sobre otros objetivos económicos, como el pleno empleo o el desarrollo con justicia social. Y, por otra parte, las políticas para combatir la inflación se enfocan desde una perspectiva neoclásica en el control de la emisión monetaria y en el aumento de la tasa de interés. Dichas soluciones producen un beneficio de los actores financieros dominantes, por la transferencia de ingresos desde el pequeño y mediano empresariado y los trabajadores. Dichas medidas apuntan a combatir algunas de las fuentes de la inflación como son la puja distributiva capital-trabajo y el *exceso* de consumo, a través de un enfriamiento de la economía y una redistribución regresiva del ingreso, es decir, es un combate desde los intereses del gran capital.
- 2) La disminución de impuestos a los altos ingresos y las reformas tributarias regresivas. El argumento es que ello va a incentivar la inversión, ya que va a ser mayor la masa de plusvalía reinvertida para la acumulación de capital. Sin embargo, como observa Anderson (2003) ello solo se tradujo en mayor inversión especulativa —y no en la economía real— y solo aumentó los ingresos de los sectores más concentrados, profundizando enormemente la desigualdad. En la Argentina los mayores ingresos percibidos por la cúpula empresarial no solo no se tradujeron en mayor inversión, sino que derivaron en una mayor fuga de capitales, la cual se cubrió con endeudamiento externo que paga el conjunto de la población.
- 3) Abolir controles a los flujos financieros, flujos de información y flujos comerciales, lo que provoca la pérdida del control soberano sobre las economías nacionales, a favor del capital financiero transnacional y su libre funcionamiento a escala global, en detrimento de las libertades de otros sectores.
- 4) Creación de una *tasa natural* de desempleo para quebrar la resistencia de los trabajadores y bajar sus ingresos.

- 5) Coerción sobre huelgas y/o movilizaciones, persecución a dirigentes gremiales y legislación *antisindical* para debilitar a las clases trabajadoras. En las periferias, como sucedió en particular en América Latina, la coerción fue mucho más profunda. Se llevaron adelante genocidios mediante dictaduras cívico-militares que respondían a las oligarquías locales y el capital financiero transnacional.
- 6) Una política general de recorte de los *gastos* sociales del Estado. Para legitimar dicha política, se resalta la palabra *gasto* en lugar de inversión pública. El ajuste de la inversión social del Estado produce un proceso de mercantilización de los bienes públicos, los cuales pasan a ser nuevos espacios para la acumulación del capital. La salud, la educación, la vivienda, etcétera, dejan de ser derechos que deban estar garantizados por el Estado de forma universal (a la medida de sus ingresos) y se accede a ellos y a sus distintas calidades según el precio que se pague.
- 7) Un plan general de privatizaciones, que en la periferia también significó un importante proceso de extranjerización de las empresas públicas.
- 8) Una dinámica de fuerte endeudamiento externo. Por ejemplo, en la Argentina entre 1976 y 1983 el endeudamiento público medido en dólares se multiplicó por siete. Otro salto importante se dio en la década de los noventa a pesar del financiamiento obtenido con las privatizaciones. Y también se observa a partir de 2016, con la asunción de un gobierno afín al proyecto neoliberal, un impresionante salto de los niveles de endeudamiento externo.
- 9) La promoción de las inversiones extranjeras como motor económico fundamental, en detrimento de la burguesía local y de las empresas estatales. Además, las inversiones extranjeras —cuando va a la inversión productiva en lugar de la especulación financiera— al no estar planificadas con relación a la necesidades y al desarrollo nacional, profundiza la dependencia y, por lo tanto, el subdesarrollo porque: a) se taponan el desarrollo de tecnología a nivel local; b) implica una fuerte salida de capitales por la remisión de utilidades y distintos mecanismos; c) dificulta la planificación económica a nivel local; d) genera problemas de balanza de pagos por la fuerte demanda importadora; e) se centran en ventajas comparativas estáticas de los países, que en la periferia son los recursos naturales y/o la mano de obra barata, sin desarrollar nuevas ventajas.

Del auge a la crisis del proyecto neoliberal unipolar

Las transformaciones en el campo económico, producto del desarrollo del capital financiero transnacional y el cambio en las relaciones capitalistas de producción, junto con la ofensiva

en los campos político, ideológico y militar del proyecto neoliberal encabezado por los Estados Unidos y el Reino Unido, posibilitó al polo de poder angloamericano retomar la hegemonía. Sin lugar a dudas, la caída de la URSS fue fundamental en este sentido. El mundo devino unipolar y Francis Fukuyama (1992) llegó al punto de establecer el fin de la historia: no había proyecto alternativo ni superador al capitalismo y a la democracia liberal occidental —que muchos pensadores caracterizan como una plutocracia republicana o un gobierno del poder financiero—.

En la década del noventa emergió el *globalismo* como descripción ideológica de la nueva fase del capitalismo mundial, pero, también, como proyecto político. A la estructura de poder transnacionalizada debía corresponderle una superestructura global, por encima de las naciones, que administrara el nuevo orden del sistema mundial y suturase las contradicciones del capitalismo global. En función de ello, se fortalecieron algunas instituciones claves de la posguerra bajo el control de Estados Unidos y el Norte Global: el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. A su vez se creó la Organización Mundial del Comercio (OMC) y comenzó a impulsarse un conjunto de normas globales referidas al comercio, la inversión, la propiedad intelectual, etcétera, plasmadas en acuerdos e instituciones. Incluso, se establecieron tribunales internacionales, como el Centro Internacional de Arreglo de Diferencias relativas a Inversiones (CIADI)⁶ para arbitrar sobre diferencias relativas a inversiones. Toda esta institucionalidad globalista significó un proceso de debilitamiento de las soberanías nacionales, una desnacionalización progresiva de los estados.

Sin embargo, hacia fines de siglo, en el auge de la *belle époque neoliberal*, comenzaron a manifestarse los primeros síntomas de la crisis. Si el levantamiento del campesinado zapatista en el sur de México en 1994 puso en evidencia el feroz impacto en los pobres del Sur Global del proyecto financiero neoliberal, hacia 1999 se manifestó un conjunto de contradicciones entre los grupos dominantes del sistema. Como se afirma en Gabriel Esteban Merino (2014), es el año en que se observan en términos políticos y estratégicos los primeros indicios de la crisis del orden mundial. Es el año que en Estados Unidos comenzaron a profundizarse las tensiones internas entre globalistas y americanistas. Es el año en que Alemania y Francia, junto con sus aliados europeos, avanzaron en la constitución del euro para fortalecer el bloque de poder europeo continental y tener un mayor margen de autonomía respecto a Washington (contradicción que fue patente en la guerra de Irak propiciada por Estados Unidos y el Reino Unido y rechazada por Francia, Alemania y Rusia, con importantes intereses en dicho país). Además, el 31 de diciembre de 1999 y tras la dimisión de Boris Yeltsin, Vladímir Putin llegó a la presidencia de Rusia (puesto que meses más tarde confirmaría electoralmente de forma contundente) expresando el renacer del poder ruso. Asimismo, China, el gigante oriental al que se lo vio crecer vertiginosamente durante veinte años, asumió en 1999 formalmente la soberanía

de Macao (colonia portuguesa) luego de que en 1997 recuperara la de Hong Kong (colonia británica). Ese año su embajada en Belgrado fue bombardeada por parte de Estados Unidos, lo que provocó fuertes tensiones.

También en dicho año, Hugo Chávez llegó al poder en Venezuela y se produjo la primera grieta para el proyecto neoliberal y el Consenso de Washington en América Latina y el Caribe más allá de Cuba. Además, a meses de comenzar el año 1999, el 29 de noviembre de 1998, el papa Juan Pablo II expidió el jubileo 2000. En el mismo se proponía la condonación de la deuda externa a países pobres y en desarrollo, en sus tres formas principales de endeudamiento: la contraída con los bancos comerciales, con los gobiernos y con las entidades multilaterales de crédito (FMI, Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo, etcétera). Según el jubileo, la deuda era inmoral, ilegítima e impagable. Esta propuesta estaba en el marco de la lucha contra el *capitalismo salvaje* que el Vaticano venía desarrollando desde la caída del Muro de Berlín, para diferenciarse del neoliberalismo de cuño anglosajón y su avance global.

Brasil devaluó su moneda en 1999, luego de la ola de devaluaciones en los países *emergentes* que se inició en 1997 con el estallido de la crisis del sudeste asiático, que fue el puntapié inicial para una ola de avance del capital transnacional sobre la periferia, de fuertes adquisiciones (centralización del capital) y debilitamiento de los actores económicos locales de los respectivos países *emergentes*. En la Argentina se fracturaron los grupos y las clases dominantes, y comenzaron las luchas entre quienes proponían, por un lado, dolarizar la economía, avanzar hacia el Área de Libre Comercio de la Américas (ALCA) propuesta por los Estados Unidos y profundizar el neoliberalismo (privatizar los bancos públicos que quedaban, ajustar más los salarios, imponer la Ley de Flexibilización Laboral) y, por otro, quienes, en sintonía con lo acontecido en Brasil, comenzaban a debatir la necesidad de devaluar el peso, fortalecer el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) y salir del proyecto neoliberal, agrupados en el Movimiento Productivo Argentino (MPA). A su vez, la resistencia popular al neoliberalismo crecía a medida que se agudizaba la crisis económica, aumentaba el desempleo y se disparaba la pobreza.

El escenario resultaba desolador. Al igual que en buena parte de los países del mundo, en la Argentina —producto de la imposición del proyecto neoliberal, cuyos primeros pasos datan del golpe cívico militar de 1976— se pasaba de una situación de pleno empleo a una desocupación del 24 % y una subocupación del 20 %. La pobreza, que se calculaba en el 5 % en 1974, tocaba el récord del 56 %, mientras la desigualdad se multiplicaba.

En este escenario, en la Argentina, en América Latina y en el mundo comenzaba una reacción muy diversa frente al proyecto neoliberal, el capitalismo financiero y el mundo unipolar gobernado por el *establishment* angloamericano. Y esta reacción es la que se

cristalizó en 1999 con importantes cambios en el mundo. De esta manera, se iniciaba una etapa de transición geopolítica y crisis del orden mundial.

Con la derrota de Estados Unidos en la Guerra de Irak, el empantanamiento en Afganistán y el estallido de la crisis financiera global en 2008 con epicentro en Nueva York, en Londres y en el Norte Global y la crisis europea a partir de 2009, las tendencias descriptas se aceleraron. La crisis de 2008 muestra, entre otras cosas, un problema estructural del capitalismo neoliberal: desde los años ochenta se buscó bajar los salarios para aumentar la tasa de ganancia del capital, lo cual repercutió en un problema de realización del capital porque los trabajadores ganaban menos y se les dificultaba el consumo. Para *solucionar* temporalmente dicho problema se multiplicaron los instrumentos de financiarización, es decir, el otorgamiento de créditos y tarjetas para el consumo. Pero ello, obviamente, tenía sus límites. Y estalló como lo hizo la burbuja hipotecaria. A esta situación se sumó una gran puja financiera al interior de los Estados Unidos y el Reino Unido, como parte de la lucha entre Globalistas y Americanistas.

Después de esto, el mundo ya no fue el mismo. Asia Pacífico, de la mano de China, se convirtió progresivamente en la región económicamente dinámica del sistema mundial, en detrimento del Atlántico que dominó la modernidad occidental. Junto a ello, la reemergencia de Rusia, la dinámica de medio Oriente y los procesos políticos latinoamericanos que dieron lugar a la conformación de un contradictorio pero activo bloque regional, dieron inicio a un siglo XXI caracterizado como un *cambio de época*.

Latinoamérica en la transición histórica

La *nación* Latinoamericana retomó a principios de siglo, una vez más, distintos senderos para romper o, al menos, atenuar las cadenas de la dependencia, su división política y su consecuente condición de periferia. Y ello no es casual: cada vez que se producen escenarios de transición histórica del sistema mundial, reemergen en la región, allí donde existe cierto grado de desarrollo de las fuerzas subjetivas, los movimientos nacionales, populares y latinoamericanos —también llamados despectivamente desde la perspectiva neoliberal *populismos*—. Estos movimientos, de naturaleza heterogénea y de diferentes improntas y dominados cada uno por distintos proyectos estratégicos, al expresarse contradictoriamente a través de distintos gobiernos en el Estado dieron lugar a procesos transformadores, de ruptura con la hegemonía neoliberal.

Como señalamos, la primera de estas manifestaciones nacionales populares y latinoamericanas se produjo en Venezuela, con el triunfo electoral en 1998 del Movimiento V República (MVR) encabezado por Hugo Chávez, quien finalmente asumió la presidencia en 1999. La guerra del agua en Bolivia en el año 2000, donde una enorme masa popular

ascendió a las luchas políticas oponiéndose a la privatización de ese recurso clave y sus consecuencias sociales, puso de manifiesto el resquebrajamiento de la hegemonía neoliberal en dicho país y el comienzo de la articulación de un nuevo bloque popular. La crisis de 2001 en la Argentina, luego de cuatro años de recesión económica y de crecientes resistencias al proyecto financiero neoliberal y al bloque de poder que lo sostiene, expresó el ascenso de un contradictorio bloque nacional productivo, con un programa neodesarrollista que, finalmente, se consolidó en el gobierno con la asunción de Néstor Kirchner en mayo de 2003. El año anterior, en 2002, se produjo un acontecimiento de enorme significación para la región, la llegada de Luiz Inácio «Lula» da Silva al gobierno del gigante suramericano, Brasil, a través de una alianza entre clases populares y sectores de izquierda con parte de la burguesía nacional y capas de la burocracia y de la intelectualidad neodesarrollista. También en 2002, se frustró por medio de una insurrección popular el intento de golpe de estado en Venezuela, apoyado por Estados Unidos, avalado por el FMI y cuyo protagonista era el referente del empresariado local. El golpe fue rechazado por los gobiernos de la Argentina y de Brasil, lo que demostraba el giro que se había producido en los dos países más importantes de Suramérica. Al año siguiente, el triunfo del Frente Amplio en Uruguay y la fundación de la Alianza Bolivariana para las Américas por parte de Cuba y Venezuela, terminarían de dar forma a un eje atlántico-caribe de La Habana a Buenos Aires que sepultaría en la Cumbre de las Américas de diciembre de 2005 el plan ALCA de los Estados Unidos.

En 2006, la cumbre del Mercosur marcó un quiebre. Con la presencia del histórico líder revolucionario de Cuba Fidel Castro y la de Hugo Chávez, se decidió la incorporación de Venezuela al Mercosur y mecanismos para aliviar el bloqueo económico de Estados Unidos sobre Cuba. A partir de allí, las fuerzas nacionales, populares y latinoamericanas comenzaron un momento de ofensiva regional que nacía desde el núcleo de aglutinación de la Argentina y Brasil, junto con Paraguay y Uruguay, avanzaba con la potencia energética de Venezuela (quien posee las mayores reservas de petróleo comprobadas) y se proyectaba sobre Suramérica a través de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) reimpulsada y redefinida en 2008, mismo año en que estalló la crisis financiera global. El espacio suramericano es, desde el punto de vista geopolítico, el soporte territorial de un Estado Continental que posibilite la unidad regional, desde la cual romper las cadenas de la dependencia, el subdesarrollo y la especialización primario exportadora. El siguiente paso fue la constitución de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), mirada con recelo desde el *establishment* de Estados Unidos, que se apoyó para emerger en un escenario de creciente multipolaridad relativa, con los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) en pleno ascenso para discutir la distribución del poder en el sistema mundial. También debemos señalar la importancia del triunfo del Movimiento al Socialismo (MAS) de Bolivia en 2006, liderado por Evo Morales, que combinaba la tradición popular comunitaria de los pueblos originarios con las corrientes latinoamericanistas de

la izquierda y del nacionalismo, para articular una alianza entre campesinado, obreros y sectores de pequeña y mediana burguesía urbana y rural. A su vez, se produjo el triunfo de Rafael Correa en Ecuador en 2006, quien asumió la presidencia en enero de 2007, y del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua, territorio en donde históricamente se expresaron con enorme crudeza las tensiones entre el imperialismo norteamericano y las luchas de liberación nacional continental. En términos políticos institucionales se expresaba, entonces, un importante cambio en las correlaciones de fuerzas sociales de la región.

No resulta casual que en los quince años que transcurren entre 1999 y 2014 unos cien millones de latinoamericanos (la sexta parte de la población) hayan salido de la pobreza según el propio Banco Mundial. Más allá del alza del precio de las materias primas a nivel mundial, ello está estrechamente relacionado a un conjunto de políticas regionales que, por lo menos, tendieron a distribuir buena parte de la renta de los productos de exportación y a disminuir un poco la desigualdad en el continente más desigual del mundo. Como razonaba Abelardo Ramos (2011), América Latina no se encuentra dividida porque es subdesarrollada, sino que es subdesarrollada porque está dividida. Resulta lógico que los proyectos de unidad nacional latinoamericana vayan de la mano con mayores niveles de justicia social, por lo menos en términos parciales.

Para definirlo esquemáticamente, en cuanto al modelo de integración se puede observar un enfrentamiento entre un *regionalismo autónomo* —que cuestiona el papel de periferia en el orden mundial e intenta establecer estrategias de desarrollo endógeno para posicionar a la región como bloque de poder en un escenario multipolar— y el *regionalismo abierto* —que no cuestiona el lugar de periferia y el papel en la división internacional del trabajo, busca estrategias de adaptación al capitalismo mundial, plantea una alianza estratégica con los Estados Unidos y, en términos más amplios, con Occidente, y está centrado en el libre mercado y en la integración de las cadenas globales de valor dominadas por el capital transnacional—. Si, como describimos, hasta 2010 avanzó con claridad aunque con perspectivas disímiles, el regionalismo autónomo, en el año 2011 y en sintonía con un nuevo momento de la crisis del Orden Mundial, se va a producir un acontecimiento que marcará una nueva etapa en la región: la firma y puesta en marcha en 2012 de la Alianza del Pacífico, conformada por Chile, Perú, Colombia y México, significó un retorno del regionalismo abierto y una recuperación de la iniciativa de las fuerzas del proyecto financiero neoliberal con sus distintos matices (Merino, 2017).

La ofensiva de las fuerzas unipolares sobre las semiperiferias a partir de 2010-2011 tuvo su impacto en América Latina, el eslabón débil de los polos de poder emergentes. En América Latina no se profundizó lo suficiente el regionalismo autónomo como para consolidar una estatalidad regional, esto es, un conjunto de instituciones regionales que

sostengan un proyecto propio: moneda del sur, banco y fondo del sur, petrolera del Sur, Defensa del Sur, Ciencia y Técnica del Sur, entre otras. Además, no hubo grandes avances en la integración productiva y en el suficiente desarrollo de la economía para romper la esencia primario-exportadora, típica característica de las economías dependientes. Las economías fuertemente primarizadas, concentradas y extranjerizadas son un obstáculo determinante para la construcción de una estructura productiva regional desde la cual sostener la construcción de mayores grados de autonomía político-estratégica que haga posible el desarrollo. El fin del ciclo de los *commodities* a precios extremadamente altos y su consecuente problema en las cuentas de los países de la región, así como el retroceso del comercio al interior de la región pusieron en evidencia estos problemas. A su vez, el problema de la *frazada corta* debido a los menores recursos, agudizó las contradicciones al interior de las alianzas sociales que sostenían los gobiernos nacionales y populares. En la Argentina y en Brasil ello repercutió con el debilitamiento político del *kirchnerismo* y del *lulismo*. Sobre esas contradicciones operaron las fuerzas del bloque financiero neoliberal.

El escenario actual, tanto a nivel regional como mundial, tampoco es de reconstrucción de la hegemonía neoliberal y del polo de poder angloamericano (Estados Unidos más el Reino Unido y aliados). Es decir, no nos encontramos como a principios de los años 1990. Por el contrario, las tendencias son otras. Entre ellas, podemos nombrar la fractura del polo angloamericano entre globalistas y nacionalistas evidenciada con el triunfo de Donald Trump en Estados Unidos y la salida del Reino Unido de la Unión Europea (UE). En segundo lugar, la derrota de Estados Unidos en Irak, el empantanamiento en Afganistán y el triunfo del presidente sirio apoyado por Rusia y por Irán frente a las fuerzas apoyadas por el *establishment* occidental. En tercer lugar, el ascenso cada vez más indetenible de China que, a diferencia del desafiante Japón de los ochenta, o también de Alemania, no se trata de un protectorado militar estadounidense, tiene una escala territorial y poblacional varias veces más importante y fue durante milenios el centro hegemónico de Asia-Pacífico. En cuarto lugar, hay que destacar la elección del papa Francisco al frente de la iglesia católica, de enorme influencia en América Latina, quien irradia posiciones antineoliberales contrarias al capitalismo salvaje, está en sintonía con los movimientos nacionales, populares y latinoamericanos y propicia el regionalismo autónomo. En quinto lugar, las conquistas conseguidas en los últimos años, así como los niveles organizativos de los sectores populares constituyen un obstáculo difícil para las fuerzas neoliberales. El triunfo del progresista popular Andrés Manuel López Obrador en las elecciones presidenciales de México en 2018, en un país que parecía completamente hegemonizado por el neoliberalismo y el poder de los Estados Unidos, da cuenta de que no hay un fin del ciclo histórico en la región.

«Qué importa que breme la tormenta: todo taller de Forja parece un mundo que se derrumba», razonaba Hipólito Yrigoyen (en Gabriel del Mazo, 1936, p. 7), al calor de

la transición histórica que él protagonizó, bajo un capitalismo en crisis estructural y salvaje cuyas contradicciones devinieron en las sangrientas guerras mundiales. Estamos transitando un momento histórico parecido, pero al mismo tiempo completamente distinto. Ayer como hoy ese mundo que se derrumba es, también, el mundo desde el cual construir una nueva forma de vida.

Referencias

Amin, S. (1998). *El capitalismo en la era de la globalización*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Anderson, P. (2003). Neoliberalismo: un balance provisorio. En E. Sader y P. Gentili (Comps.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social* (pp. 11-18). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Arrighi, G. (2007). *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid, España: Akal.

Banco Mundial. (s. f.). Población, total. Recuperado de <https://datos.bancomundial.org/indicador/SP.POP.TOTL>

Castells, M. (2002). *La Era de la Información. Vol. I: La Sociedad Red*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Del Mazo, G. (1936). *El pensamiento escrito de Irigoyen. Compilación antológica*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Cuadernos de FORJA.

Drucker, P. (octubre-diciembre de 1997). La economía global y el Estado-nación. *Archivos del presente*, 3(10), 41-54.

Ferrer, A. (2008). *La economía argentina: desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona, España: Planeta.

Hayek, F. A. [1944] (2008). *Camino de servidumbre. Textos y documentos*. Madrid, España: Unión Editorial.

Lipietz, A. (1994). *El posfordismo y sus espacios. Las relaciones capital-trabajo en el mundo* (Serie Seminarios Intensivos de Investigación. Documento de Trabajo N.º 4).

Programa de Investigaciones Económicas sobre Tecnología, Trabajo y Empleo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas/Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <http://www.ceil-conicet.gov.ar/wp-content/uploads/2013/06/s4lipietz.pdf>

Marini, R. M. (2008). *América Latina, dependencia y globalización*. Bogotá, Colombia: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) / Siglo del Hombre.

Merino, G. E. (2014). Lucha entre polos de poder por la configuración del orden mundial. El escenario actual. *Revista de Estudios Estratégicos*, (1), 11- 32. Recuperado de <http://www.cipi.cu/libro-revistarevista-de-estudios-estrategicos-no-01>

Merino, G. E. (2016). Tensiones mundiales, multipolaridad relativa y bloques de poder en una nueva fase de la crisis del orden mundial. Perspectivas para América Latina. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 7(2), 201-225. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/GEOP/article/view/51951>

Merino, G. E. (2017). Proyectos estratégicos e integración regional en América Latina. El surgimiento de la Alianza del Pacífico, el fortalecimiento del regionalismo abierto y el retroceso del regionalismo autónomo. *Relaciones Internacionales*, 26(52), 17-37. Recuperado de <https://revistas.unlp.edu.ar/RRII-IRI/article/view/2075>

Merino, G. E. (2018). Los tratados comerciales y las luchas globales en la era Trump. *Realidad Económica* 47(313), 9-40. Recuperado de <http://www.iade.org.ar/articulos/los-tratados-comerciales-y-las-luchas-globales-en-la-era-trump>

Methol Ferré, A. (2009). *Los Estados Continentales y el MERCOSUR*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Ediciones del Instituto Superior Dr. Arturo Jauretche.

Negri, A. y Hardt, M. (2002). *Imperio*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Ramos, J. A. (2011). *Historia de la Nación Latinoamericana*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Ediciones Continente.

Tavares, M. C. y Fiori, J. L. (Orgs.). (2017). *Poder e dinheiro. Uma economia política da globalização* [Poder y dinero. Una economía política de la globalización]. Río de Janeiro, Brasil: Vozes.

Thatcher, M. (1981). *Interview for Sunday Times* [Entrevista para Sunday Times]. Recuperado de <https://www.margareththatcher.org/document/104475>

Wallerstein, I. (2003). *Decline of American Power: The U.S. in a Chaotic World* [La decadencia del poder estadounidense: los Estados Unidos en un mundo caótico]. Nueva York, Estados Unidos: New Press.

Notas

- 1• El texto *La hora de los pueblos* (1968), de Juan Domingo Perón, refleja y sintetiza la profundización antiimperialista y social de los movimientos nacionales populares latinoamericanos.
- 2• Esto lo trabajamos, entre otros lugares, en Gabriel Esteban Merino (2014, 2016, 2017, 2018).
- 3• Datos del Banco Mundial y del Contador Mundial de la Población.
- 4• El modelo de tercerización de las grandes empresas japonesas y organización en red transnacional, es decir, de subcontratación en múltiples niveles y en distintos países del este asiático (con menor costo de mano de obra) organizados en torno a una red financiera y tecnológica de origen japonés, va a superar competitivamente al modelo estadounidense de grandes corporaciones integradas verticalmente, que hacia fines del siglo XIX había otorgado a los Estados Unidos una gran ventaja competitiva.
- 5• Por integración vertical se refiere a las empresas que integran y controlan los distintos eslabones del proceso productivo o de la cadena de valor, con lo cual buscan disminuir la dependencia de terceros en la cadena de suministros y servicios.
- 6• Perteneciente al Banco Mundial.

1492

Martín Oporto

Universidad Nacional de San Martín / Facultad de Artes, Universidad Nacional de La Plata. Argentina

Resumen

Se presenta una lectura pormenorizada de la primer parte del libro 1492: el encubrimiento del otro: hacia el origen del mito de la modernidad (1992), de Enrique Dussel, en el que se ven cuatro conferencias a propósito del quinto centenario de la llegada de Colón a América. Su autor cuestiona el mito moderno irracional de justificación de la violencia ejercida por Europa frente al Nuevo Mundo y analiza cómo el ego moderno cartesiano tiene su origen práctico en la conquista de 1492. Para ello, hace la crítica de algunas categorías, como eurocentrismo, invención, descubrimiento, conquista, colonización, encuentro y conquista espiritual que el pensamiento moderno desarrolló a fin de ocultar la violencia y la irracionalidad moderna sobre el mundo de la vida (lebenswelt) de los habitantes de América.

En octubre de 1991, próximo al quinto centenario de la llegada de Colón a América Latina, Enrique Dussel comienza a dictar, en diferentes universidades del mundo,¹ una serie de conferencias sobre el sentido de 1492. En octubre de 1992 es invitado a exponer estas ocho conferencias en la Universidad Johann Wolfgang Goethe de Frankfurt, Alemania, de las que surge su libro *1492: el encubrimiento del otro: hacia el origen del mito de la modernidad*. En este texto, el filósofo entra en discusión con varios autores de la modernidad, pero fundamentalmente se enfrenta con la obra *Filosofía de la historia universal* [1837], de Georg Wilhelm Friedrich Hegel e intenta considerar a la razón moderna, pero rechazar el *mito irracional* de justificación de la violencia. «Los postmodernos critican la razón moderna como razón, nosotros criticaremos a la razón moderna por encubrir un mito irracional» (Dussel, [1992] 2012, p. 9). Dussel plantea como eje principal de las conferencias la necesidad de la superación de la modernidad y propone el título «La transmodernidad: un proyecto futuro»; pero, también lo hace como diferenciación de la postmodernidad, a la que considera cómplice del encubrimiento del *Otro* como *lo Mismo*.² Asimismo, lo hace para dar cuenta del mito irracional de la justificación de la violencia en el marco filosófico y dialógico de la «filosofía de la liberación».

En este trabajo queremos indagar acerca del desafío que se propone el autor cuando despliega las cuatro primeras conferencias, las cuales encierra en una primera parte a la que titula «Desde el “ego” europeo: “el encubrimiento”». Esta parte del texto de Dussel está enfocada a vincular filosóficamente dos puntos históricos algo distanciados: la llegada de Colón a América en octubre de 1492, período que el autor llama «el primer momento de la “constitución histórica” de la Modernidad», y la formulación del *ego cogito* cartesiano en 1636, como confirmación del carácter conquistador del ego moderno.

Son por ello ‘figuras (*Gestalten*)’ abstractas del proceso de constitución de la ‘subjetividad’ moderna, del ‘ego’ que, de 1492 a 1636 (momento en el que Descartes expresa definitivamente el *ego cogito en el Discurso del Método*), recorre el primer momento de la ‘constitución histórica’ de la Modernidad (Dussel, [1992] 2012, p. 17).

Para el autor, esta reflexión contiene la idea de situarse intencionalmente desde la perspectiva europea como método. Sin embargo, ese *situarse* no implica una subsumisión pasiva de la postura europea respecto de 1492, sino un despliegue, una exposición del análisis filosófico europeo del momento siempre crítico, en actitud *de-estructiva* de la tradición moderna como primer paso hacia la superación transmoderna,³ y al desocultamiento del mito moderno como una recuperación permanente de lo olvidado, una negación de la negatividad de la modernidad. Dussel pretende revisar las filosofías constitutivas del sujeto moderno, de la modernidad europea, los procesos y los sucesos históricos, como también el ordenamiento que se les dio en la formación del mito de la modernidad. Cree, metodológicamente, que es fundamental la incorporación de la Europa

de finales del siglo XV, ya que España y Portugal se pronunciaban como únicas potencias europeas capaces de emprender una expansión de la región, una conquista territorial externa. De este modo, se provoca un redescubrimiento del lugar periférico que América Latina ocupó en la historia moderna —en tanto origen del proceso de modernización sufrido por nuestro continente—, que sirvió como primera experiencia para afianzar y para expandir la modernidad al resto del mundo.

Fuimos la primer «periferia» de la Europa moderna; es decir, sufrimos globalmente desde nuestro origen un proceso constitutivo de «modernización» (aunque no se usaba en aquel tiempo esta palabra) que después se aplicará a África y Asia (Dussel, [1992] 2012, p. 19).

Conferencia 1

Hablar de eurocentrismo en la obra de Dussel es, claramente, involucrarse también con el concepto de *desarrollo* al que él llama su «componente concomitante: la “falacia desarrollista”». Dussel entiende que su *desarrollo* (*entwicklung*) para Hegel no solo cuenta con un papel principal en su ontología — ya que es dialécticamente lineal y es una categoría primeramente ontológica—, sino que también es un acceso filosófico (el más antiguo) a la categoría. Lo que plantea es la investigación en un plano filosófico: tomar al *desarrollo* como categoría ontológica que «es el que determina el movimiento mismo del concepto (*begriff*) hasta culminar en la idea» (Dussel, [1992] 2012, p. 21). De esta manera, si consideramos metodológicamente el análisis ontológico de la modernidad del este, podemos aceptar que «un país subdesarrollado ontológicamente es no-moderno, pre-Aufklärung (Ilustración) para Hegel» (Dussel, [1992] 2012, p. 21). Dussel expone las categorías de *desarrollo*, *modernidad* e *ilustración*, y resalta la periferia que esas totalidades generan al cerrarse. Aquel país que ontológicamente existe por fuera del desarrollo, permanece también en la periferia de la modernidad y, para Hegel, en la lejanía de la ilustración.

En el ámbito espacial, el *desarrollo* también conlleva un movimiento y un desplazamiento. «Dicho ‘desarrollo’, además, tiene una dirección en el espacio» (Dussel, [1992] 2012, p. 21), en el cual, Hegel comienza el proceso de eliminación de América Latina de la historia universal al entender que este movimiento que tiende a desplazarse de oriente a occidente le asigna el comienzo de la historia universal a Asia y el fin absoluto de toda la historia a Europa. Por lo tanto, determina, el ocultamiento total de América Latina de la historia universal por su carácter de «tierra del futuro», aún inexistente.

América es, por consiguiente, la tierra del futuro. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica [...]. Mas como país del futuro, América no nos interesa, pues el filósofo no hace profecías (Dussel, [1992] 2012, p. 22).

Hegel ubica filosóficamente al *espíritu desarrollado* en el centro de la escena de la historia universal. Para esto, despliega el concepto de *centro* vinculado a la tríada Europa, Asia y África (aunque después también elimine a África y discrimine al hombre negro llamándolo «bruto») alrededor del mar mediterráneo, que era el que operaba como el elemento de unión de las tres partes del mundo, y posicionándolo en el centro (*mittelpunkt*) de la historia universal. El filósofo alemán construye una totalidad que tiene su núcleo en Europa, en el mar mediterráneo, pero que también crea una periferia *subdesarrollada*, «no moderna», «menor de edad»⁴, «oprimida», discriminada. Asia es eliminada del centro por ser el comienzo y, como tal, «el espíritu está en su infancia» (Hegel, G. W.F. [1937] 1999, p. 135). El centro de la historia universal está impuesto en Europa, más específicamente en la Europa a la que Dussel llama «occidental del norte» (Alemania, Francia y Dinamarca). Los países escandinavos, para Hegel, son el corazón de Europa (Dussel, [1992] 2012). La modernidad encarnada en el espíritu absoluto hegeliano habita en el corazón de Europa como centro de la historia universal y desde ahí no reconoce alteridades, sino inferioridades.

El proyecto de *transmodernidad* que propone Dussel para superar a la modernidad —en contraposición a la crítica postmoderna— permite una nueva definición, una nueva visión mundial de la modernidad en la que podamos descubrir el mito «victimario y destructor de un europeísmo que se funda en una falacia eurocéntrica y desarrollista» (Dussel, [1992] 2012, p. 29). Un mundo transmoderno está basado en asumir la razón moderna, pero en negar la irracionalidad violenta y victimaria. Europa fue siempre la periferia del mundo musulmán, pero logró ser centro a partir de 1492, con el descubrimiento de América Latina, emprendimiento que solo podía caer en manos del imperio español, que era el único en condiciones de abordarlo. Es por esto que Dussel revalora la trascendencia del siglo XV en la historia universal, para nuestro autor el inicio de la constitución de la modernidad europea. Esta visión de la modernidad es, claramente, también muy distinta a la de los postmodernos. Dussel asume su crítica a la razón moderna, aunque niega el encubrimiento irracional del mito de la violencia que también encubren los posmodernos. El proyecto transmoderno critica la irracionalidad de la actuación violenta de la modernidad y entiende a la *razón del Otro* como alteridad, no como lo «lo Mismo», no como inferioridad.

Contra los Postmodernos no criticaremos la razón en cuanto tal; pero admitiremos su crítica contra la razón dominadora, victimaria, violenta. Contra el racionalismo universalista no negaremos su núcleo racional, sino su momento irracional del mito sacrificial. No negamos entonces la razón, sino la irracionalidad de la violencia del mito moderno; no negamos la razón, sino la irracionalidad postmoderna; afirmamos la «razón del Otro» hacia una *mundialidad* Trans-moderna (Dussel, [1992] 2012, p. 30).

Conferencia 2

En esta conferencia titulada «De la “invención” al “descubrimiento” del Nuevo Mundo», Dussel anuncia la difícil tarea de distinguir conceptualmente las figuras (*gestalten*) de *invención, descubrimiento, conquista y colonización*, que son fundamentales para entender la perspectiva transmoderna y para asumir la alteridad ocultada, la irracionalidad moderna de las totalidades eurocéntricas. Al respecto, explica que estas figuras «tienen contenidos teóricos, espaciales y diacrónicos distintos. Son diferentes “experiencias existenciales” que merecen ser analizadas por separado» (Dussel, [1992] 2012, p. 31). Sin embargo, en esta parte solo completa dos de ellas y el resto las aborda en la siguiente conferencia.

Invención

Esta figura se desprende de un término que desplegó Edmundo O’Gorman en un trabajo histórico-filosófico de carácter heideggeriano, en el que tiene la intención de mostrar la experiencia ontológica tal como fue vivida, a saber: «La invención de América Latina» (Dussel, [1992] 2012, p. 23). Dussel afronta la experiencia de los cuatro viajes de Colón a América para encerrar conceptualmente la primera de las figuras anunciadas: la invención.

Si bien América ya había sido descubierta por los vikingos en el año 992 d. C., cuando arribaron a unas islas desoladas en el oeste de Groenlandia, su llegada no tuvo consecuencias históricas, ya que no incorporaron aquel descubrimiento a su vida cotidiana, a su historia, a la vida política, en fin, a su *mundo de la vida (lebenswelt)*.⁵ En cambio, la llegada del mundo moderno a América desembocó en variadas intervenciones a todos los niveles posibles, que dieron como resultado una modificación integral de la experiencia existencial del mundo cotidiano, tanto del descubridor como del descubierto.

Desde la llegada de Colón a América, Dussel distingue una perspectiva que se refleja en la concepción moderna del encuentro con el continente. Para el autor, Colón hace una interpretación sobre las zonas que visita y sobre lo que finalmente ve o quiere ver de las nuevas tierras. El 12 de octubre de 1492 arriba a unas islas en la parte occidental del Atlántico. En agosto de 1493 vuelve a Europa, se reúne con los reyes de España y declara haber estado en «las islas del Asia oriental, cerca de Cipango (Japón), junto a la cuarta Gran Península al este del Sinus Magnus, y no lejos del Quersoneso Aureo (Malaca), sin haber por ello llegado aún al continente asiático» (Dussel, [1992] 2012, p. 36). Más adelante, en el segundo viaje, también en 1493, decide ir a tierras ubicadas más al sur que las visitadas en el anterior, y desembarca en la zona de Cuba convencido de estar en «el Continente, la cuarta gran Península, no lejos del Quersoneso Aureo, y al tomar hacia el Sur cree que ha estado navegando junto a Mangi (China) y que pronto podrá dirigirse hacia la India» (Dussel, [1992] 2012, p. 37).

Sin pruebas fehacientes de su cercanía con India, pero convencido de su llegada a Asia, Colón asume su tercer viaje con la intención de seguir hurgando hacia el sur para poder pasar por debajo de la cuarta península hacia el encuentro con la India. Sin embargo, corre la misma suerte, ya que si bien visita el norte de Sudamérica, vuelve a España sin poder comprobar su paso por Asia, seguro de haber estado ahí y de haber recorrido una nueva región al este del Quersoneso. Por último, en el cuarto viaje, confunde a Honduras con China, y cree haber estado cerca del río Ganges cuando costeaba la zona de Panamá. Colón muere en 1506 totalmente convencido de haber trazado nuevos caminos a Asia. Sin enterarse de su particular invento: el de un *ser-asiático* en tierras americanas, que terminó por provocar el traslado del centro del mar mediterráneo al océano atlántico, ruta que va a ser el nuevo foco de atención para el mundo, porque unirá a Europa con el continente al oeste del océano.

De todas maneras, Colón muere en 1506 con la clara conciencia de haber descubierto el camino por el occidente hacia Asia; en ella siempre estuvo y murió pensando en ella. [...] Esto es lo que llamamos la «invención» del «ser-asiático» de América. Es decir, el «ser-asiático» de este continente solo existió en el imaginario de aquellos europeos renacentistas (Dussel, [1992] 2012, p. 38).

La invención del ser-asiático es la manera en que la modernidad hace desaparecer al indio, al Otro, que no fue reconocido en su alteridad sino encubierto como lo mismo, como lo conocido. América no fue reconocida por la modernidad, sino encubierta dentro del espectro de lo sabido. Para Dussel, Colón es el primer hombre moderno en pisar tierra americana; es el primer contacto del indio, reconocido como *lo Mismo*, con la modernidad y con el mito irracional de la violencia europea.

Descubrimiento

Así como en la fundamentación conceptual de la figura de *invención* Dussel despliega la experiencia ontológica de los viajes de Colón a América. De este modo, justifica el abordaje intelectual de la figura de *descubrimiento* en la experiencia ontológica de los viajes de Amerigo Vespucci al Nuevo Mundo. Sin embargo, antes hace algunas aclaraciones que tomaremos en cuenta:

Llamo «descubrimiento», como nueva figura posterior a la «invención», a la experiencia también estética y contemplativa, aventura explorativa y hasta científica del conocer «lo nuevo», que a partir de una «experiencia» resistente y terca (que se afirma contra toda la tradición) exige romper con la representación del «mundo europeo» como una de las «Tres Partes» de la Tierra. Al descubrir una «Cuarta Parte» (desde la cuarta península asiática) se produce una autointerpretación diferente de la misma Europa.

La Europa provinciana y renacentista, mediterránea, se transforma en la Europa «centro» del mundo: en la Europa «moderna» (Dussel, [1992] 2012, p. 41).

En su viaje al continente americano, Amerigo Vespucci llega a la zona de Brasil y continúa navegando hacia el sur en busca de un estrecho que lo comunique con la India. Finalmente, en septiembre de 1502, vuelve a Portugal con la frustración de no haber podido encontrar aquel pasaje. Pero con la sospecha de que aquella tierra descubierta por Colón no pertenecía a Asia sino que era «una cuarta parte de la tierra». Así lo redacta en una carta que le escribe por esos días a Lorenzo de Médici, en la que confirma el *descubrimiento* de un Nuevo Mundo habitado por «humanos muy primitivos y desnudos» (Dussel, [1992] 2012, p. 34). El *ego* moderno descubría una nueva parte de la tierra, pero encubría a sus habitantes como *lo Mismo*. La calificación de «primitivos» que Vespucci hace sobre el humano que yacía en aquellas tierras, muestra la imposibilidad del hombre moderno de ver al otro como *Otro*, inventándolo a su propia imagen y semejanza, y encerrándolo en *lo Mismo* conocido e inferior, dominable, conquistable, a quien hay que acercar la civilización, la «mayoría de edad».

«América no es descubierta como algo que resiste *distinta*, como *el Otro*, sino como la materia a donde se le proyecta “lo Mismo”. No es entonces la “aparición del Otro”, sino la “proyección de lo Mismo”: encubrimiento» (Dussel, [1992] 2012, p. 45). En 1520 se concreta el descubrimiento de la tierra como «el lugar de la historia mundial». Parte de la tripulación de Magallanes, logra retornar a Sevilla y comunicar el hallazgo de lo que hoy llamamos «el estrecho de Magallanes». La travesía incluía la navegación total de la circunferencia de la tierra por primera y fija como autointerpretación, el centro del «acontecer humano» en Europa. Aparece la «cuarte parte» como un Nuevo Mundo separado de la invención asiática de Colón. El *ego* moderno se autoimpone el proceso de civilización, de la conducción de ese otro, interpretado como *lo Mismo*, hacia la mayoría de edad, hacia la modernidad (proceso de modernización).

El Otro es la «bestia» de Oviedo, el «futuro» de Hegel, la «posibilidad» de O’Gorman, la «materia en bruto» para Alberto Caturelli: masa rústica «descubierta» para ser civilizada por el ser europeo de la «Cultura Occidental», pero «en-cubierta» en su Alteridad (Dussel, [1992] 2012, p. 47).

Conferencia 3

Esta conferencia se titula «De la “conquista” a la “colonización” del mundo de la vida (*lebenswelt*)». Así como a la asunción de las figuras de *invención* y de *descubrimiento* Dussel les asigna un ejemplo experimental ontológico que asuma, que refleje y que demuestre toda la carga conceptual que se les atribuye; en el caso de las figuras de *conquista* y *colonización*

—anunciadas en la conferencia anterior pero desarrolladas en ésta—, ensaya también la posibilidad de acercarse a la filosofía a través de casos históricos concretos, que reflejen la necesidad práctica del concepto. En aquella conferencia, los despliegues conceptuales de las figuras comprometidas exigían la descripción de una relación *persona-naturaleza*. En cambio, en el caso *conquista* y *colonización*, Dussel se dispone al análisis de «figuras prácticas, relación Persona-Persona, [...] de la dominación de las personas, de los pueblos, de los “indios”. No es ya la “theoria”, es ahora la “praxis” de dominación» (Dussel, [1992] 2012, p. 49).

Conquista

La *conquista* en tanto proceso militar, práctico y violento sienta las bases de una relación que quedó establecida para siempre en la dominación del mundo moderno, que impuso su voluntad violenta expansiva de ambición y de muerte sobre un Nuevo Mundo subdesarrollado, que Dussel adjetiva como primitivo, rústico, inferior. Es la figura que refleja la violencia física con la que el conquistador irrumpe en el Mundo del Otro, y con la que construye la dialéctica en la que el conquistado es posicionado violentamente como objeto, como lo mismo, ocultado en su alteridad.

La Conquista es un proceso militar, práctico, violento que incluye dialécticamente al Otro como «lo Mismo». El Otro, en su distinción, es negado como Otro y es obligado, subsumido, alienado a incorporarse a la Totalidad dominadora como cosa, como instrumento, como oprimido, como «encomendado», como «asalariado» (en las futuras haciendas), o como africano esclavo (en los ingenios de azúcar u otros productos tropicales). La subjetividad del «Conquistador», por su parte, se fue constituyendo, desplegando lentamente en la praxis (Dussel, [1992] 2012, p. 52).

Para Dussel la historia es la experiencia ontológica. En ese sentido, invoca a la figura de Hernán Cortés como «la subjetividad del conquistador». Cortés es el primer conquistador en vincularse con el Nuevo Mundo entendiéndolo como tal y ocultándolo en su alteridad. En él se figura el despliegue de la violencia militar, la imposición individual (ego) y dominadora, y se constituye al sujeto moderno, al *ego conquistador*, dueño de la voluntad del Otro no reconocido, ocultado, escondido. Cortés, que había arribado en 1504 a las tierras del Nuevo Mundo, en 1517 ya era nombrado capitán del proyecto de *conquista* y en 1518 asignado a la tarea de alcalde. Ese mismo año «fue nombrado por Velázquez, como hemos dicho, “por capitán general” de la conquista que se realizaría en las tierras recientemente descubiertas» (Dussel, [1992] 2012, p. 52). La subjetividad del conquistador se fue constituyendo en la experiencia práctica, ontológica. La *conquista* y el *conquistador* entraron violentamente en el territorio y dominaron los cuerpos. La historia de la modernidad europea —como ocultadora de la alteridad que representan los sectores subdesarrollados— tiene su inicio en la violencia militar ejercida históricamente por Hernán Cortés.

Dussel designa como eje central del proceso histórico de conquista el tenso encuentro entre Moctezuma y Hernán Cortés. Aquel día el emperador se vio obligado a recibir la mirada de Cortés (nadie tenía permitido mirarlo a los ojos) y se produjo el primer choque cara-a-cara⁶ entre los dos mundos. Este fue, también, la constitución del ego como «Señor-del-mundo», como voluntad de poder, en tanto ego descubridor, conquistador, colonizador de una alteridad decretada por él mismo. Desde ese momento, a finales de 1519, se fue instalando la conquista en los grandes imperios americanos. Para agosto de 1521, Cortés tenía a todo el imperio de Moctezuma tomado, saqueado, destruido y dominado: «Así se enfrentaron dos “mundos”. El uno moderno, de sujetos “libres” que decidían en común acuerdo; el otro, el del más grande Imperio del Nuevo Mundo, completamente limitado por sus tradiciones, sus leyes adivinatorias, sus ritos, sus cultos, sus dioses» (Dussel, [1992] 2012, p. 55). El ego no reconoció al Otro en su alteridad, lo sentenció a una inferioridad que solo tiene lugar en la comprensión del Otro como *lo Mismo*, y construyó el binomio *conquistador-conquistado* desde la superioridad y la dominación de un mundo experimentado en el ámbito bélico y militar. Eligió la violencia como herramienta de conquista, encubriéndola en el proceso de modernización de los pueblos descubiertos y primitivos (capacidad que solo podría caber en un entendimiento sesgado de la alteridad, reduciéndola a lo conocido inferior).

Colonización

El proceso de modernización, de civilización, de «subsumisión del Otro como “lo Mismo”» tiene su lugar en la noción de *colonización* de la vida (*lebenswelt*) desplegada por Dussel en esta conferencia. La cuarta figura que desarrolla el autor posee el propósito de conceptualizar, en un espacio filosófico, el movimiento histórico de alienación del Otro como *lo Mismo* inferior:

[...] pero ahora no ya como objeto de una praxis guerrera, de violencia pura, [...] sino de una praxis erótica, pedagógica, cultural, política, económica, es decir, *del dominio* de los cuerpos por el machismo sexual, de la cultura, de tipos de trabajos, de instituciones creadas por una nueva burocracia política (Dussel, [1992] 2012, p. 62).

Es decir que la *colonización* es la figura que pretende reproducir el dominio total de la vida cotidiana, del *mundo de la vida* (*lebenswelt*). La que conlleva en su despliegue una historia de convencimiento, de interrupción, pero, fundamentalmente, de imposición y de dominio, un proceso de domesticación. Finalmente, será el mundo moderno el que impondrá su voluntad para que América Latina se construya, desde 1492, como «una raza mestiza, una cultura sincrética, híbrida, un Estado colonial, una economía capitalista (primero mercantilista y después industrial) dependiente y periférica desde su inicio, desde el origen de la modernidad (su “Otra-cara”: te-ixtli)» (Dussel, [1992] 2012, p. 62).

La dominación de los cuerpos y la sumisión de la vida del indio fue tal que los propios caciques, convencidos de su inferioridad, entregaban a sus hijas a Cortés para servidumbre y para placeres personales. La dominación sexual llegó muy profundo en la *colonización* de la vida cotidiana del nativo: «Se “coloniza” la sexualidad india, se vulnera la erótica hispana, se instaura la doble moral del machismo: dominación sexual de la india y respeto puramente aparente de la mujer europea» (Dussel, [1992] 2012, p. 64). Para Dussel, el dominio sexual de las mujeres indias solo cabe en un contexto de control total del cuerpo del indio. El *colonizador* domina al hombre sometiéndolo al trabajo esclavo, como parte de la construcción de una nueva economía, aquello que Marx [1867] (2004) llamó «acumulación Originaria».7 Los hombres eran sometidos a trabajos forzados en las minas y sus vidas eran «inmoladas y transformadas primeramente en oro y plata» (Dussel, [1992] 2012, p. 65). La situación de hostigamiento que vivían los nativos permite comprender el dominio sexual de la mujer india sometida y entregada por sus propios padres, hijos, hermanos e incluso por sus madres. Todo ello es consecuencia del ocultamiento de su alteridad, del convencimiento de inferioridad frente al *conquistador*, frente a la modernidad. A partir de la imposición moderna de la sexualidad, de la dominación de los cuerpos, la *conquista* obtiene su recompensa en oro y plata, en poder y opresión, en dominio y convencimiento del mundo moderno, de su cultura, de la sexualidad, de la economía. Este es, según Dussel, el comienzo de la domesticación, de la estructuración, de la colonización del modo en el que «aquellas gentes vivían y reproducían su vida humana. Sobre el efecto de aquella ‘colonización’ del mundo de la vida se construirá la América Latina posterior» (Dussel, [1992] 2012, p. 62).

La *colonización* es la figura que intenta expresar la violenta apropiación de la vida cotidiana del indio por parte del mundo moderno europeo en el más amplio sentido de su existencia. Despliega el alcance de la esclavitud ejercida sobre los hombres, las violaciones y el control de la sexualidad de las mujeres, el sometimiento de los líderes, y la irrupción en el desarrollo de la cultura; una figura económico-política y social. Es la primera puesta en escena de los procesos de modernización y de civilización que sucedieron en América por ser la primera colonia de Europa, la primera periferia de la Europa en tanto centro. Es la constitución de una religión del capital, de un culto, de un sacrificio; la imposición del «dios-capital», la subsumisión de una nueva totalidad, de una nueva organización económica, una irrupción y una obligación de la experiencia de la vida cotidiana.

Luego, estos procesos fueron copiados y extendidos al resto de las colonias europeas (África, Asia y, más tarde, al territorio insular de Oceanía) para concretar el proyecto *eurocéntrico* de dominio y de explotación del Otro. Dussel comprende que el carácter subjetivo del hombre moderno y colonizador está incluido en el «discurso solipsista» del *ego cogito* que Descartes despliega en 1636 en su texto *Discurso del método*. La descripción analítica de la experiencia del *colonizador* será la base histórica con que se realizará su teoría filosófica *ego cogito*.

El «yo colonizo» al Otro, a la mujer, al varón vencido, en una *erótica alienante*, en una *económica capitalista* mercantil, sigue el rumbo del «yo conquisto» hacia el «ego cogito» moderno. La «civilización», la «modernización» inicia su curso ambiguo: racionalidad contra las explicaciones míticas «primitivas», pero mito al final que encubre la violencia sacrificadora del Otro. La expresión de Descartes del *ego cogito*, en 1636 será el resultado ontológico del proceso que estamos describiendo: el *ego*, origen absoluto de un discurso solipsista (Dussel, [1992] 2012, p. 66).

Conferencia 4

Esta conferencia incluye el abordaje de dos nuevas figuras: *conquista espiritual* y *encuentro*. Si en las conferencias anteriores Dussel se ocupaba de figuras que describían el dominio del mundo moderno-conquistador sobre la experiencia del indio y sobre su vida cotidiana, lo que sigue es la descripción de la intervención conquistadora sobre el «imaginario (*imaginaire*, diría Sartre) del nativo» (Dussel, [1992] 2012, p. 67). El cristianismo impone el amor, aquel que representan sus religiones, a través de la experiencia violenta de la conquista y la colonización. Se repite el medio de imposición pero se oculta en el mito de la modernización, de la civilización, del desarrollo, del cristianismo.

Los indios ven negados sus propios derechos, su propia civilización, su cultura, su mundo... sus dioses en nombre de un «dios extranjero» y de una razón moderna que ha dado a los conquistadores la legitimidad para conquistar. Es un proceso de racionalización propio de la Modernidad: elabora un mito de su bondad («mito civilizador») con el que justifica la violencia y se declara inocente del asesinato del Otro (Dussel, [1992] 2012, p. 68).

Conquista espiritual

Dussel utiliza la experiencia en la que Cortés se para delante de su ejército (al que los indios superaban en gran número) y pronuncia un discurso posicionando al Dios cristiano como *fundamento de lo intentado*. Así vincula el año 1492, en el sentido de la conquista de un mundo nuevo, con la aparición de Dios en la idea metafísica de René Descartes. La conquista y la colonización marcan en la historia la experiencia de un *ego conquistador* al que Descartes va a describir casi ciento cincuenta años más tarde en su teoría filosófica-metafísica. El *Discurso del Método*, del año 1636, involucra a Dios como creación perfecta e infinita de la cual el *ego* nunca puede ser causa; sino que necesita poder salir y lograr su compromiso con la existencia. Dussel propone una lectura en clave filosófica para entender de qué manera la modernidad compromete a Dios como fundamento, en respuesta a las *aporías* que el *ego* plantea en contextos en los que se queda sin respuestas. «Cortés por su parte, como Descartes después, necesitarán de Dios para salir del encierro del *ego*» (Dussel, [1992] 2012, p. 68).

Hemos visto cómo la modernidad oculta el mito irracional violento de la *conquista*, cómo encubre al *ser-americano* en su alteridad entendiéndolo como *lo Mismo* inferior; hemos presenciado la irrupción cultural, la imposición política y el sometimiento físico del indio nativo. Lo que sigue es dar lugar a la reflexión que Dussel intenta sobre la intervención violenta del *imaginario* indígena. Al respecto, escribe: «Era necesario ahora controlar el imaginario desde una nueva comprensión religiosa del mundo de la vida» (Dussel, [1992] 2012, p. 69). Lo que Dussel va a ensayar en esta figura es el despliegue de la importancia del Dios cristiano como imposición hacia la colonización total del imaginario del nativo. Dios era el fundamento, el que permitía cerrar una completa incorporación del Nuevo Mundo a la totalidad moderna y opresora, una estructura impuesta por Europa. Con la diferencia de que esta incorporación del indio a la nueva totalidad *mercantil-capitalista* no se va a dar al mismo nivel político-social del sujeto *conquistador*, sino como la *otra-cara*, es decir, ocupando el lugar de explotado, de dominado, de encubierto como Otro.

El mundo moderno expone su intención de reemplazar la antigua visión del mundo religioso, pero rechaza toda subsumisión antigua, toda posibilidad de incorporación novedosa que ponga en juego la estructura totalitaria y cerrada de la modernidad cristiana. Así, incita al indio a incorporar las religiones cristianas a su vida cotidiana, en lo que sería la culminación del proyecto de modernización, de incorporación del indio al nuevo sistema establecido.

Había una costumbre entre los nativos que facilitó, en gran medida, la tarea del invasor. Los indios estaban convencidos de que la batalla se presentaba en dos frentes: por un lado, el enfrentamiento mítico-imaginario que se daba entre dioses en el cielo; por el otro, la experiencia del ejército en el campo de batalla, en la tierra. Con la peculiaridad de que aquel que venciera en la tierra también lo haría en el cielo. Por lo tanto, vencidos y aniquilados los dioses en el cielo, en la tierra los sobrevivientes del bando vencido tenían que incorporar a su nueva vida religiosa, su propio imaginario, a los dioses del bando ganador. Esto implicó no solo una subsumisión total del mundo indígena de la propuesta de una nueva vida religiosa, sino también un descrédito profundo y una negación del mundo imaginario antiguo del nativo. El mundo religioso de los indios conspiró en su propio ocultamiento, fue funcional a las pretensiones de conquista del invasor y ayudó a que se lo encubriera en el concepto cristiano de demonio, de oscuridad o de lo satánico. De este modo, instaló las ideas del *vencedor* y de hombre moderno como nueva creencia religiosa para el mundo indio. La totalidad religiosa que implicaba el cristianismo de esos días no era capaz de nuevas asunciones. El ocultamiento de los dioses antiguos del indio se imponía por necesidad y se ocultaba como lo oscuro, lo adverso, lo nocivo y lo infernal.

El vencedor, por su parte, no pensó conscientemente en incorporar elemento alguno de los vencidos [...]. Todo el «mundo» imaginario del indígena era «demoniaco» y como

tal debía ser destruido. Ese mundo del Otro era interpretado como lo negativo, pagano, satánico e intrínsecamente perverso (Dussel, [1992] 2012, p. 70).

Encuentro

La figura de *encuentro* es, para Dussel, un eufemismo al que las clases dominantes criollas o mestizas latinoamericanas de estos días recurren para describir el nacimiento de un Nuevo Mundo en un contexto de armoniosa unidad. Esta posición conlleva el inicio de la elaboración del mito que oculta la violencia y la dominación del mundo moderno sobre el mundo indígena y su cultura. Nuestro autor sostiene que de ninguna manera puede considerarse el año 1492 como el surgimiento de un Nuevo Mundo consecuencia de un mero *encuentro* entre dos culturas. Esto implicaría una relación de pares que nunca existió entre la cultura moderna-europea y la cultura indígena-nativa.

Encuentro es para Dussel el eufemismo con el que se nombra lo que en realidad fue un choque, un ocultamiento de la cultura nativa sometida, dominada y encubierta como alteridad. Lo que pasó en América Latina en 1492 entre los visitantes modernos-europeos y los locales indios-nativos de ninguna manera puede ser asumido como un encuentro de dos culturas, como un encuentro de dos mundos. Es más bien el inicio del mito moderno de ocultamiento de la violencia como imposición de una cultura, como explotación y dominio. El uso de la figura de *encuentro* por parte de los sectores dominadores fue la manera de encubrir la violencia con la que fue imponiéndose la conquista, la colonia.

Nacerá, a pesar de todo, una nueva cultura, pero dicha cultura sincrética, híbrida, cuyo sujeto será de raza mestiza, lejos de ser el fruto de una alianza o un proceso cultural de síntesis, será el efecto de una dominación o de un trauma originario (que, como expresión de la misma vida, tendrá oportunidad de una ambigua creación) (Dussel, [1992] 2012, p. 75).

La propuesta de Dussel con respecto de la noción de *encuentro* es imponer una actitud *destructiva* de lo que la tradición de las elites dominantes, tanto de América Latina como de España, han divulgado e impuesto. Observaremos, entonces, el recorrido histórico del manejo de esta figura por los nombrados sectores sociales, para poder hacer la crítica que nos lleve a una visión transmoderna de lo que algunos llamaron «encuentro de dos mundos».

En 1982 el gobierno español utilizaba los términos *conquista* y *colonia* como una manera de posicionar a 1492 como una gloria, para que esta posición los ubicara positivamente en su intención de incorporarse al desarrollo de políticas de integración europea. Sin embargo, por esos años era necesario abrirse hacia los mercados latinoamericanos, así que decidieron aplicar *la ideología del encuentro* como figura que representaba una forma

política de acercarse a ambos objetivos trazados. En 1984, en el marco de un seminario dictado en México, Dussel despliega una negación del sentido que se le dio a la figura de *encuentro*. Para el autor el uso de este eufemismo no describe la experiencia de la *conquista*. Por lo tanto, intenta negarlo en un discurso opositor que desoculta el mito de la violencia moderna. Esta discusión sobre la figura no se instaló en la academia hasta 1988, año que fue el punto de partida de un gran debate en América Latina: «Entre otros, fue Miguel León Portilla, responsable en México en su momento de los festejos del V Centenario, el que parece lanzó la idea del “encuentro de dos culturas”. Fue así que en el año 1988 se produjo en México un debate sobre el significado de 1492, lo que mostró la necesidad de clarificar el sentido del concepto de “encuentro”» (Dussel, [1992] 2012, p. 78).

El diálogo sobre de la noción de *encuentro* se da en el seno del Nuevo Mundo. Se discute sobre el origen de éste pero desde adentro, es decir, como partes involucradas y, fundamentalmente, afectadas por tal *encuentro*. Aquellos que han logrado posicionarse en sectores dominantes de la nueva cultura ocultan la violencia del acto de la conquista, pero principalmente, ocultan al Otro, entendiéndolo como *lo Mismo* inferior. No reconocen la violencia de la dominación ni el exterminio del indio, encubren su cultura, su mundo de la vida (*lebenswelt*). Lo hacen en esta figura imponiendo un relato que transmite una pseudoexperiencia de 1492 armoniosa e igualitaria. La *conquista* y la *colonización* se ocultan detrás del mito moderno de un *encuentro* pacífico, de intercambio. Y niegan, desde el eurocentrismo, la historia de la cultura indígena a partir del momento en que se considera a 1492 como el comienzo de América Latina. Recién cuando ella afirma su propia nominación como un reconocimiento a aquel descubridor del Nuevo Mundo (un europeo, Amerigo Vespucci), se consuma su nacimiento y aparece como la cuarta parte de la tierra para la historia universal. Su apariencia es la de una tierra infante, incapaz de *ser* en el presente, en tal caso *será* en un futuro. La unión de estos dos mundos fue a través del dominio, la explotación y la negación de uno de ellos; no fue un *encuentro*, fue una *conquista*, un genocidio, una apropiación violenta de la vida del indio.

El concepto de «encuentro» es encubridor porque se establece ocultando la dominación del «yo» europeo, de su «mundo», sobre el «mundo del Otro», del indio.

No podía entonces ser un «encuentro» entre dos culturas —una «comunidad argumentativa» donde se respetara a los miembros como personas iguales—, sino que era una relación asimétrica, donde el «mundo del Otro» es *excluido* de toda racionalidad y validez religiosa posible (Dussel, [1992] 2012, pp. 75-76).

Palabras finales

A lo largo de este trabajo hemos visto cómo Enrique Dussel incorpora a la Historia, experiencia (pasado), como el fundamento de una investigación con pretensiones filosóficas. Fuimos testigos del uso que se hizo de ella para abordar los temas filosóficos y de cómo la experiencia de Cortés en América Latina construyó al sujeto moderno del que habla la filosofía. Ahora bien, si consideramos que la filosofía de Dussel lleva como fundamento a la Historia, al sujeto en su experiencia histórica, debemos aceptar que el abordaje de la Historia es un problema que aparece como especificidad. Si pensamos en una filosofía que involucre la experiencia como base teórica de análisis, hay que revisar la procedencia y la precisión de esa historia.

La actitud *destruktiva* que caracteriza todo el recorrido de esta parte del libro *1492: el encubrimiento del otro: hacia el origen del mito de la modernidad* es una revisión necesaria y crítica que la asunción de la historia como fundamento conlleva en su metodología. Dussel entiende el método *destruktivo* como espacio principal de su pensamiento y lo confirma en estas páginas cuando revisa, somete y critica la tradición estancada de lo que fue el año 1492 para la historia universal.

En estas conferencias se tratará de introducir desde una reflexión sobre un hecho histórico, un discurso que deberá desarrollarse en el futuro en un sentido más crítico aún. Se trata de clarificar la posibilidad de un diálogo intercultural, interfilosófico, que hemos ya iniciado con Karl-Otto Apel. Para muchos, como para Montaigne o Richard Rorty, la existencia empírica de diversas culturas, 'mundos de la vida (*Lebenswelten*)' son comunicables, inconmensurables. La tarea, repito, deberá consistir en desarrollar una «teoría» o «filosofía del diálogo» —como parte de una «Filosofía de la Liberación» del oprimido, del incomunicado, del excluido, del Otro—, sobre las condiciones de posibilidad histórica hermenéutica de la «comunicación» intercultural (Dussel, [1992] 2012, pp. 10-11).

Por lo tanto, el intento es contar cómo el discurso moderno-europeo ambiciona la hegemonía de la totalidad y no está dispuesto a los obstáculos. «Todo fue borrado con un método de tabula rasa» (Dussel, [1992] 2012, p. 76). El visitante europeo pretendía llevar la cultura a punto cero, en donde solo quedara la posibilidad de la impronta moderna, la lógica del *ego conquistador*. En este sentido, la propuesta inicial (vincular el año 1492 como fecha histórica con la teoría cartesiana *ego cogito* desplegada en 1636) nos acerca al método que propone Dussel. Aquel sujeto moderno que Descartes despliega tiene su experiencia ontológica en la *conquista*. El autor francés no asume una tarea creativa del ego, sino una función descriptiva del hombre moderno que irrumpe el mundo de la vida del indio nativo, dominándolo, adueñándose de su cuerpo y de su mundo. La

transmodernidad que propone Dussel trata de ir hacia el origen del mito de la modernidad. Intenta asumir, criticar y *destruir* el discurso moderno que oculta la irracionalidad de la violencia con la que el hombre moderno se impone. Lo que nace en 1492 es un *êthos* moderno, conquistador y violento, que se oculta en el mito moderno del desarrollo, de la situación de atraso y de primitiva de América Latina, en contraposición de lo que fue impuesto como el beneficio de la modernización.

La Modernidad se originó en las ciudades europeas medievales, libres, centros de enorme creatividad. Pero nació cuando Europa pudo confrontarse con el Otro y controlarlo, vencerlo, violentarlo; cuando pudo definirse como un ego descubridor, conquistador, colonizador de la Alteridad constitutiva de la misma Modernidad (Dussel, [1992] 2012, p. 10).

Es por esto que Dussel propone la *transmodernidad* como la búsqueda del descubrimiento del mito que le da lugar a la lectura filosófica de la Historia, de lo concreto-histórico. Partiendo de la alteridad hacia una reformulación de la historia universal, en la que no solo aparezcan y sean parte aquellos ocultados, negados por la modernidad, sino que también sea el reconocimiento de la palabra de los que fueron callados y encubiertos por un ego que no es capaz de reconocer más que *lo Mismo*, más que lo que aparece en su mundo, lo ya conocido.

Es necesario, entonces, que América Latina, por ser la primera periferia dominada y ocultada en su alteridad, piense las categorías sabiendo que la aplicación de estas también estará atada a una experiencia geopolítica que la condiciona, que la describe, y desde la cual se expresa y construye un discurso. Sin ocultar la historia que alimenta el mito irracional de la violencia, sino enfrentándola desde una visión liberadora de la experiencia del oprimido, del encubierto, negado por la modernidad. Una expresión contenida el contexto de un diálogo histórico-filosófico totalmente abierto a la discusión crítica y a la participación, que incorpore, incluso, a aquellos que han formado parte de la negación de culturas, de la imposición violenta de un mito de ocultamiento y dominación de los cuerpos, de los abusos y de los robos de las tierras ajenas, en fin, del dominio total del mundo de la vida (*Lebenswelt*) del Otro. De esta manera, habría que empezar a descubrir la experiencia concreta histórica del sujeto moderno, ocultador, *conquistador*, arrasador, y ubicarlo desde la perspectiva americana, desde su posición en la historia universal; en el intento explícito de un «diálogo propiamente racional» y filosófico que incluya siempre al otro, como Otro.

En cambio, para la «Filosofía de la Liberación», que parte desde la Alteridad, desde el «compelido» o el «excluido» (la cultura dominada y explotada), de lo concreto-histórico, se trata de mostrar esas condiciones de posibilidad del dialogar, desde la afirmación de la Alteridad, y, al mismo tiempo, desde la negatividad, desde su imposibilidad empírica

concreta, al menos como punto de partida, de que «el-Otro-excluido» y «dominado» pueda *efectivamente* intervenir, no digo en una «argumentación», ni siquiera en una «conversación» (Dussel, [1992] 2012, p. 11).

Así, Dussel intenta el empoderamiento de las voces calladas y ocultadas para su inclusión en el proyecto universal, no como la periferia del mundo, sino como uno de los lados que forman el diálogo filosófico. El primer paso es su participación en la historia universal; el segundo, hacer la *destrucción* de ésta la crítica del discurso tradicional que debe su constitución a un sujeto *conquistador*, negador de la alteridad y de la violencia con la que se impone. Esta *destrucción*, en el sentido de la crítica de la tradición endurecida, tiene como objetivo abrir las totalidades cerradas que propone la modernidad. Pero, principalmente, recuperar al *Otro* como alteridad distanciado del sistema que lo constituye como tal, que lo cosifica. Respetar la alteridad del *Otro* es la esencia y el origen de lo crítico, algo olvidado por la modernidad *eurocéntrica*. Dussel reivindica el espacio del Otro como alternativa al sistema vigente, como rebelión, como protesta.

Referencias

Descartes, R. [1636] (2009). *Discurso del método* [Traducción Mario Caimi]. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Colihue.

Dussel, E. [1992] (2012). *1492: el encubrimiento del otro: hacia el origen del mito de la modernidad*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Docencia.

Dussel, E. [1977] (2013). *Filosofía de la liberación*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Docencia.

Dussel, E. (1972). *Para una de-strucción de la historia de la ética I*. Mendoza, Argentina: Ser y tiempo.

Hegel, G. W.F. [1937] (1999). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid, España: Alianza.

Heidegger, M. [1927] (2005). *Ser y Tiempo*. [Traducción, prólogo y notas de Jorge Eduardo Rivera]. Recuperado de <http://www.philosophia.cl>.

Kant, I. [1784] (2000). *Filosofía de la Historia*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Nova.

Marx, K. [1867] (2004). *El capital. El proceso de producción del capital*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Notas

1• «He dictado conferencias sobre el sentido de 1492 en Sevilla y en Pontevedra, España, en octubre de 1991; en Maryknoll (New York, USA), en las “Cole Lectures” de la Vanderbilt University (Ten., USA), en la Universidad de Freiburg (Suiza), y en otras universidades de Alemania, Austria, México, Bolivia, Colombia, etcétera» (Dussel, [1992] 2012, p. 13).

2• Las mayúsculas en las nominaciones: «lo Mismo» y «Otro» se respetan en este texto porque así son nominados estos términos por Dussel y desplegados tanto en este libro como a lo largo de toda su trayectoria.

3• Tomaremos la noción de de-STRUCCIÓN tal como Dussel la define en *Para una de-STRUCCIÓN de la historia de la ética* I editado en 1972 pero escrito en 1969. «La palabra de-STRUCCIÓN quiere indicar ese camino de retorno en busca de lo olvidado. Struo en latín nos habla de juntar, hacinar, acumular, amontonar. Por ello de-STRUIR es un des-atar, desmontar, escombrar, pero no simplemente arruinar. De-STRUCCIÓN de la historia “no es una negación de la historia, sino una apropiación y transformación de lo transmitido por tradición. La apropiación de la historia es a lo que se alude con el título de de-STRUCCIÓN. El sentido de la palabra está claramente delimitado en *Sein und Zeit* (§ 6). De-STRUCCIÓN no significa aniquilar, sino desarticular, separar y poner a un lado... De-STRUCCIÓN quiere decir: abrir nuestro oído, liberarlo para aquello que en la tradición se nos asigna como ser del ente” (que es lo obvio entre lo obvio). Se trata entonces de una negación de negación.» (Dussel, 1972, p. 6).

4• El concepto de «minoría de edad» en el hombre es desplegado por Immanuel Kant en un ensayo del año 1784: Respuesta a la pregunta: ¿Qué es Ilustración?

5• Dussel toma un concepto que Heidegger forja desde sus escritos de juventud: «Mundo de la vida» (*Lebenswelt*), son los diferentes mundos en que ya siempre nos encontramos a nosotros mismos. Para Heidegger existen el mundo de la vida científico, ético, estético y religioso. Estos provocan un tipo particular de comportamiento de la vida. «Este experimentar fáctico parece como acometer todos los asuntos de la vida. Las diferencias y los realces obedecen al contenido mismo. Esta indiferencia fundamenta, por lo tanto, la autosuficiencia de la experiencia de la vida fáctica, que se extiende a todo y en esta autosuficiencia decide también sobre las cosas supremas. Si atendemos, pues, a la peculiar indiferencia del experimentar fáctico hacia todo vivir fáctico, se nos hará entonces patente un determinado sentido total del mundo circundante, el mundo compartido con los otros y el mundo propio: todo lo que se experiencia en la experiencia fáctica de la vida lleva el carácter de la significatividad; todo contenido lleva en ella ese carácter. Pero con ello no

se ha tomado ninguna decisión gnoseológica ni a favor del realismo ni del idealismo. En la forma de la significatividad que determina el contenido del experimentar mismo, experimento todas mis situaciones vitales tácticas. Esto se aclarará en cuanto pregunte cómo me experimento a mí mismo en la experiencia fáctica de la vida: ¡no hay teoría que valga!» (Heidegger, [1927] 2005, p. 47).

6• Seguiremos conceptualmente la noción de «cara-a-cara» así como Dussel la aborda y la describe en su texto *Filosofía de la Liberación* (1975). En tanto parte de la categoría de proximidad, como un enfrentamiento entre hombres donde se reconoce al otro como Otro desde la inmediatez de la experiencia. «En el cara-a-cara, en la inmediatez histórica por excelencia, se juega la reciprocidad. El dar la mano, la caricia suave, la lucha cruel, la colaboración fraterna, el diálogo amistoso, el beso apasionado... reciprocidad originaria de la proximidad. No hay distancia todavía; no se ha acortado la anterior lejanía; se vive el instante absoluto donde el tiempo no es sino un lejano contexto» (Dussel, (1977), 2013, p. 35-89).

7• Previo a la acumulación capitalista, existe un punto de partida. No un resultado de la producción sino un capital originario, primero; para Adam Smith «previous accumulation». Este proceso, varios años más tarde, le va a dar a las burguesías europeas la posibilidad de llevar adelante la revolución industrial. «La llamada acumulación originaria no es, pues, más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción. Se la llama “originaria” porque forma la prehistoria del capital y del modo capitalista de producción» (Marx, [1867] 2004, p. 892). «El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, el exterminio, la esclavización y el sepultamiento en las minas de la población aborígen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: tales son los hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista» (Marx, [1867] 2004, p. 939).

LÍNEA DE TIEMPO

Manuela Hoya, Federico Etcheverry y Agustina Quiroga

Los hechos presentados a continuación no representan un recorrido exhaustivo por la historia social contemporánea, son una selección y un recorte de aquellos momentos y sucesos que suelen ser retomados en nuestra práctica docente. En ese sentido, invitamos a completar y a ampliar este recorrido propuesto, a fin de alimentar una perspectiva global de la historia social.

El siglo xv

Mundo Isla (Bender, 2011) conformado por Asia, Europa y África. La centralidad de este sistema reside en Oriente, con el Imperio Otomano extendido en torno al Mar Mediterráneo. Europa es la periferia.

1492

Se produce la llegada de los españoles y de los portugueses al continente americano. Se constituyen los imperios coloniales que dominarán la zona por más de tres siglos. Con la Revolución Oceánica (Bender, 2011) la economía se vuelve transatlántica y global, la centralidad pasa del mar Mediterráneo al océano Atlántico y de Oriente a Occidente. Se produce, entonces, la «consolidación de la Europa Occidental como potencia hegemónica tras el control del circuito comercial» (Oporto & Quiroga, 2016, p. 20).

1688. Revolución de Cromwell

En Gran Bretaña, la revolución de 1688 termina con la monarquía absolutista e instauro el parlamento (monarquía parlamentaria). La revolución inglesa no causa en el continente europeo un inmediato estallido ni un movimiento político con alcance más allá del canal de la Mancha (Venturini, 2014). Sin embargo, ejerce gran influencia en los debates de la Ilustración.

1776

Revolución de independencia de las trece colonias británicas en el continente americano. Nacimiento de Estados Unidos de América.

Conformación del Virreinato del Río de la Plata, como parte del programa de Reformas Borbónicas que estaba desarrollando la corona española en Hispanoamérica.

1780-1782. Tupac Amará II. Insurrección en el Perú

Este líder organiza un bloque criollo-indígena e intenta, sintetizar dos corrientes revolucionarias diferentes: la Nación Criolla (clase colonial dominante) y la Nación de los Pueblos Originarios (Mires, 2011). Derrotado, se inicia una ofensiva cultural para erradicar la cultura Inca. Tupac Amaru II será ejecutado y descuartizado junto a Micaela Bastidas.

1791-1804. Revolución en Haití

Independencia y creación de la primera República Negra.

1806-1807

Invasiones Inglesas en el Virreinato del Río de La Plata.
Fracaso del Imperio británico.

La era de las revoluciones burguesas (1780/90-1848)

1780-1790. La Doble Revolución 1780

Año que suele tomarse como referencia para el despegue o *take off* de la Revolución Industrial. Sin embargo, algunos historiadores han renunciado a hablar de una revolución económica pues el crecimiento se fue desarrollando de forma progresiva (Bréville, 2016).

1789-1799

Revolución Francesa.

1811

Declaración de la Independencia de Venezuela.

1815

Batalla de Waterloo, caída de Napoleón Bonaparte. Restauración monárquica.

1816

Declaración de la Independencia de la Argentina.

● **1818**

Declaración de la Independencia de Chile.

● **1821**

Declaración de la Independencia de Perú y de México.

● **1823. Doctrina Monroe**

Establece que cualquier intervención de los Estados europeos en América será vista como un acto de agresión y requerirá la intervención de Estados Unidos.

● **1830. Revoluciones de 1830**

Contempla las jornadas de julio de 1830 en París (Francia), la independencia de Bélgica y la sublevación de Polonia frente a la dominación Rusa.

● **1848. La Primavera de los Pueblos**

Marca el fin de la era de las revoluciones burguesas.

● **1833**

Ocupación británica de las Islas Malvinas argentinas.

● **1859**

Francia se expande e inicia la colonización de Indochina. Controlará la zona hasta 1954.

● **1861-1865**

Guerra de Secesión en Estados Unidos. Se enfrentan los Estados del sur —Estados Confederados de América, esclavistas y rurales—¹ contra los Estados del norte —la Unión, industriales y abolicionistas (antiesclavistas)—. Estos últimos triunfan sobre los primeros.

● **1868**

Meiji Tenno (emperador) funda la nueva era del Japón. La revolución Meiji crea por medio del impulso estatal, en menos de veinte años, un aparato industrial moderno y una próspera burguesía nacional (Gullo, 2008).

● **1870-1871**

Guerra franco-prusiana.

● **1871. La Comuna de París**

Del 18 de marzo al 28 de mayo acontece esta insurrección parisina que

se organiza bajo los ideales de una República democrática y social. Los comuneros se consideraban seguidores de las ideas de 1792, 1830 y 1848.

1871. Unidad Alemana

El Estado alemán se unifica. Otto Von Bismarck, líder de la unificación, hará de Alemania una potencia industrial.

1871. Unidad Italiana

En 1871, vencidas todas las resistencias, nace el reino de Italia con Roma como capital. Referente político: Giuseppe Garibaldi.

1873-1896. La Gran Depresión

Se trata de la primera crisis económica del sistema capitalista industrial que tuvo un carácter ecuménico. Algunas de las medidas desarrolladas por países centrales para sortear la crisis: implementación de barreras aduaneras, concentración de la economía para eliminar a los más débiles, ocupación de territorios extra-europeos en busca de mercados, materias primas y fuentes de inversión.

No fue una crisis económica en el sentido estricto, sino una fase de transformaciones estructurales junto a la reducción de la expansión económica (Mommsen, 2004). «Se caracterizó sobre todo por una deflación persistente de los precios tanto para los bienes industriales como para las materias primas y los productos alimenticios, unida a un aumento del volumen de los bienes producidos y de mercado, y por rendimientos decrecientes de capital, en relación con los primeros momentos del capitalismo» (Mommsen, 2004, p. 40).

1877

Se estrena *El lago de los cisnes*, compuesta por Piotr Ilich Chaikovski.

1879

Guerra Anglo-Zulú en Sudáfrica. El territorio fue anexionado al imperio británico.

1884-1885. Conferencia de Berlín

Alemania, Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Italia y Portugal se reparten África.

1889

Exposición Universal de París. Se presentan adelantos en industria, diseño y arquitectura. En este marco se inaugura la Torre Eiffel.

1896-1914. La Belle Époque

Se conoce como el período en el que Europa se recupera de la larga crisis mediante el Imperialismo. Período de expansión, auge y crecimiento de las potencias imperialistas.

1898

Declaración de la Independencia de Cuba.

1900

Estalla en China la rebelión de los Bóxers.

1901

Se incorpora la Enmienda Platt a la Constitución Cubana. Dicha enmienda contaba con ocho artículos. Se establecía que Estados Unidos contaba con el derecho de intervenir militarmente en la Isla cuando estuviese en peligro, a su juicio, la vida, la propiedad o las libertades individuales.

1904

La *entente cordiale* es un acuerdo de no agresión y de expansión imperial entre Gran Bretaña y Francia. Por su intermedio se resuelven tensiones por Egipto y Marruecos, y se inicia una alianza que será sostenida durante las guerras del siglo xx.

1905

Guerra entre Rusia y Japón.

Revolución Rusa. El zarismo acepta la Duma.

1910

Revolución Mexicana.

1912. Guerras de los Balcanes

La primera guerra balcánica se desata entre el Imperio Otomano (que controlaba esa zona de Europa del Este) contra la Liga de los Balcanes integrada por Bulgaria, Montenegro, Grecia y Serbia. Con este enfrentamiento, estas naciones logran expulsar a los otomanos de buena parte del territorio peninsular. Sin embargo, tras derrotar al enemigo común, se abrieron grietas por la división del territorio y estas disputas desataron la segunda guerra balcánica.

1913

Con el Tratado de Bucarest (Rumania), Bulgaria, Grecia, Montenegro, Rumania y Serbia ponen fin a los enfrentamientos y se establecen los nuevos límites territoriales. En este acuerdo Bulgaria se ve más desfavorecida ya que pierde las posiciones que había alcanzado durante el conflicto de 1912. Desde entonces, la zona queda en un equilibrio inestable debido a las pretensiones de todos los contrincantes por reordenar el mapa en su favor y anexionar territorios, ampliar sus Estados y asegurar las desembocaduras marítimas. Sobre esta geografía estaban puestos los ojos de las naciones balcánicas, pero también del Imperio Otomano, del Imperio Austro-Húngaro y de Italia.

1914

28 de junio. Atentado en Sarajevo (Bosnia), contra el archiduque austriaco y heredero al trono del Imperio Austro-Húngaro, Francisco Fernando, perpetrado por Gavrilo Princip, militante serbio de la organización Mano Negra. Este hecho agudiza las tensiones entre Serbia y el Imperio Austro-Húngaro.

Un mes después, el 28 de julio, Viena (Austria) le declara la guerra a Belgrado (Serbia). El efecto dominó se explica por el entramado de alianzas entre las naciones europeas.

En agosto estalla la Primera Guerra Mundial.

1915

Kazimir Malévich expone el famoso *Cuadrado Negro*.

1917

Se producen dos grandes acontecimientos: el estallido de la Revolución Bolchevique en Rusia y el ingreso de Estados Unidos al bando de la Triple Entente.

1918

Reforma Universitaria en Córdoba, Argentina.

1919

Firma del Tratado de Versalles (París). Frágil paz tras la Primera Guerra Mundial.

Se crea la Escuela de la Bauhaus.

1920

Los años locos.

Primera transmisión radiofónica en la Argentina.

1920-1930

El *taylorismo*, que ya se desarrollaba en Estados Unidos, se extiende por Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia. Frederik Taylor crea un sistema que posibilita obtener mayor rendimiento con menor esfuerzo mediante la reducción de los tiempos muertos en la producción y mediante códigos generales —de tablas de tiempos y movimientos elementales— que aseguran la integración progresiva de trabajadores no especializados en los puestos de los profesionales del oficio (Coriat, 2011). Henry Ford implementa en las fábricas de automotores cadenas de montaje —de ahí el *fordismo*—. Desde esta década se hace referencia a la racionalización de la producción y a la organización científica del trabajo.

1922

Marcha sobre Roma de las camisas negras. Mussolini comienza a formar el nuevo gobierno italiano. Una vez que el Parlamento le otorga plenos poderes, desmantela las instituciones democráticas.

1923

Se crea el Instituto de Investigación Social al cual se adscribe la Escuela de Frankfurt.

1925

Serguéi M. Eisenstein estrena *El acorazado Poremkin*.

1928

Plan Dawes.

Lenin lanza la Nueva Política Económica (NEP). El objetivo fue industrializar el país a partir de los beneficios obtenidos de la producción agrícola.

1929

Estados Unidos: tras una década de fenomenal expansión productiva, comercial y especulativa, se desata la crisis económica más cruenta del siglo xx. La misma repercute en todo el mundo, ya que los tentáculos norteamericanos cubren toda la geografía mundial.

Abre el Museo de Arte Moderno de Nueva York (MoMA).

1933

Argentina: Década Infame. Firma del Pacto Roca-Runciman. Después de la crisis de 1929, el Imperio británico establece que solo comprará carne a sus colonias o ex colonias. Esto desfavorece la posición de Argentina ya que

Inglaterra era su principal mercado exterior. Como consecuencia, el gobierno argentino ofrece eliminar las cargas impositivas sobre los productos de origen inglés a cambio de que se retomen los lazos comerciales.

Estados Unidos: Asume la presidencia de la Nación el demócrata Francis Delano Roosevelt y propone como plan de gobierno el *New Deal*: se trata de un programa gubernamental capitalista pero profundamente antiliberal que ordena la intervención del Estado en la regulación de las relaciones de los desiguales actores económicos (los empresarios y los trabajadores). Asimismo propone que el Estado debe estimular el empleo a través de la generación de puestos por medio de la obra pública.

Alemania: Adolf Hitler es nombrado canciller. El Partido Nacionalsocialista Alemán había obtenido en 1932 el 33 % de los votos. Un año después, el 30 de enero de 1933, el presidente de Alemania, Paul von Hindenburg, designa a Hitler canciller de Alemania.

1936

España: Estalla la Guerra Civil: republicanos versus franquismo.
Se diseña y se fabrica la primera computadora programable, la Z1.
Se estrena *Tiempos modernos*, de Charles Chaplin.

1937

Pablo Picasso pinta el *Guernica*.

1939

La Alemania nazi avanza sobre Polonia, llevando al extremo el desconocimiento de los límites expansivos y militares que se le habían impuesto a ese país en el Tratado de Versalles.

Ese mismo año los soviéticos pactan con los nazis la no agresión entre ambos países (Pacto Ribbentrop-Molotov).

Se declara la Segunda Guerra Mundial.

1940

Francia: Bajo la ocupación nazi y régimen de Vichy. Luego de la invasión en 1940, se firma el armisticio que establece que un territorio situado al sur quedaría bajo plena soberanía francesa y el norte bajo ocupación nazi. El sur, conducido por el mariscal Pétain, es conocido como el «régimen de Vichy» (1940-1944), autoritario y colaboracionista con la Alemania nazi.

1941

Alemania avanza sobre la URSS: el principio del fin.

1945

Conferencia de Yalta, Crimea. Enero. Los tres líderes Aliados (Stalin, Churchill y Roosevelt)² se reúnen para planificar el reparto del mundo tras la Segunda Guerra Mundial, así como el acuerdo acerca de que Alemania se debía desarmar, desmilitarizar y dividirse en cuatro zonas.

Estados Unidos. Agosto: lanzamiento de las bombas atómicas sobre las ciudades japonesas Hiroshima y Nagasaki (Japón formaba parte del Eje y permanecía en beligerancia a pesar de que, en Europa, Alemania e Italia ya habían sido derrotadas).

Inicio de la Guerra Fría.

Nacimiento de la República Democrática de Vietnam, Hồ Chí Minh es el primer presidente. Reacción francesa e inicio de la guerra de Indochina.

1946-1954

Guerra de Indochina. Tras ocho años, Francia reconoce su derrota. Vietnam se dividió en dos zonas separadas por el paralelo 17. En 1964 inicia la guerra de Vietnam.

1947. Independencia de India

La colonia más grande del mundo alcanza su soberanía política y se vuelve un faro para otras naciones colonizadas por potencias imperialistas. Mahatma Gandhi lideró la lucha por la independencia. El 15 de agosto de 1947 se establece formalmente la Unión India, gobernada por Nehru, como Primer Ministro. En 1948 Gandhi muere asesinado.

1947. Plan Marshal

Estados Unidos lanza este plan para ayudar a la Europa Occidental en su reconstrucción en plena posguerra.

1947

El 23 de septiembre de 1947, durante el gobierno del presidente Juan Domingo Perón, se promulga en la Argentina la Ley 13 010 que instituye el voto femenino.

1947

Max Horkheimer escribe la *Crítica de la razón instrumental*.

1948

Tras la Segunda Guerra Mundial, una parte del pueblo judío reclama la creación de una estatalidad propia. Esto sucede ese año con la fundación del Estado de Israel sobre el territorio palestino.

● **1949**

Revolución China. República Popular de China.

● **1949. OTAN**

La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) se origina con la firma del Tratado de Washington, mediante el cual diez países de ambos lados del Atlántico (Bélgica, Canadá, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Islandia, Italia, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos, Portugal y Reino Unido) se comprometen a defenderse mutuamente en caso de agresión armada contra cualquiera de ellos.

● **1952**

En Egipto: los Oficiales Libres dan golpe de Estado al rey Faruk —quién era respaldado por el Reino Unido—. En 1953 se instala la República y en 1954 Gamal Abdel Nasser se establece en el poder.

● **1953**

URSS: muere Stalin. Inicio del proceso de desestalinización.

África: se inicia el proceso de descolonización y la aparición de los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo.

● **1949 - 1962**

Guerra colonial en Argelia.

● **1955. Pacto de Varsovia**

Tratado de Amistad, Colaboración y Asistencia Mutua entre países comunistas. Los países miembros —Albania, Bulgaria, Checoslovaquia (hoy República Checa y Eslovaquia), República Democrática de Alemania (en la actualidad parte de la reunificada República Federal de Alemania), Hungría, Polonia, Rumania y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS)— se comprometen a prestarse ayuda militar mutua en el caso de que cualquiera de ellos fuese atacado por una potencia extranjera.

● **1955**

Argentina: golpe de Estado contra el Presidente de la Nación J. D. Perón.

● **1955**

Conferencia de Bandung, Indonesia. Se reúnen representantes de países de África y de Asia y reivindican el derecho a la autodeterminación de los pueblos y condenan el colonialismo. Surge la idea de tercer mundo.

● 1956

Nasser (Egipto) anuncia la nacionalización del Canal de Suez, que había sido explotado por una sociedad británico-francesa.

● 1957

La Comunidad Europea del Carbón y del Acero es el primer paso de una unión económica y política de los países europeos. Sus seis fundadores son: Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos, y en 1957 firman el Tratado de Roma, por el que se constituye la Comunidad Económica Europea (CEE) o «mercado común».

● 1957

Rodolfo Walsh publica *Operación masacre*.

● 1958

Argentina: se inaugura el Instituto Di Tella. Espacio en el que, durante la década del sesenta se experimenta sobre la performance, el happening, el arte vivo, el conceptualismo, el pop art y el arte efímero, entre otros.

● 1959

Revolución Cubana.

● 1960

Los años dorados del capitalismo y el Estado de Bienestar.

● 1960

Alfred Hitchcock estrena *Psicosis*.

● 1961

Belgrado: nace el Movimiento de los Países No Alineados. Tito, Nehru y Nasser serán líderes y exponentes de este movimiento.

● 1961

Se inicia la construcción del Muro de Berlín.

● 1961

Cuba: Fidel Castro y el Che Guevara crean la Escuela Nacional de Arte.

1962

En el marco de la Guerra Fría se produce la crisis de los misiles en Cuba. Ante el emplazamiento de misiles estadounidenses en Turquía, el líder soviético Nikita Jrushchov decide hacer lo mismo en la isla caribeña apuntando hacia Florida. La tensión creciente se resuelve con arduas negociaciones y, finalmente, ambas partes desmantelan las instalaciones militares. Desde entonces se crea el teléfono rojo para asegurar la comunicación entre la Casa Blanca (Estados Unidos) y el Kremlin (URSS) especialmente en escenarios de crisis.

1963

Estados Unidos: es asesinado el Presidente de la Nación John F. Kennedy.
Panamá: entra en funcionamiento la Escuela de las Américas.

1964 - 1975. Guerra de Vietnam

En el marco de la Guerra Fría se desarrolla esta larga guerra que finaliza con la derrota de los Estados Unidos.

1964

El líder soviético Nikita Jrushchov es apartado de su cargo por el politburó.

1966

Argentina: golpe de Estado concretado por el Jefe del Ejército Juan Carlos Onganía.
Se estrena la película *La Batalla de Argel*, de Gillo Pontecorvo.

1967

Leonardo Favio estrena *El romance del Aniceto y la Francisca*.

1967

Muere el Che Guevara.

1968

México: revuelta estudiantil y masacre en Tlatelolco.
Francia: Mayofrancés. Autores como Fernand Braudel (1993) señalan que Francia y México se insertan en el conjunto de luchas sociales surgidas en las universidades luego de vivirse un periodo de bonanza económica de Posguerra. El autor habla de una revuelta cultural, caracterizada por revolucionar los tres principales espacios de recreación de la cultura: la familia, los medios de comunicación y la escuela.

● 1968

The Beatles lanza *el álbum blanco*.

● 1969

Argentina: Cordobazo.

● 1969

El hombre llega a la luna.

● 1973

Crisis del petróleo.

Chile: golpe de Estado ejecutado por Augusto Pinochet contra el gobierno socialista de Salvador Allende. El inicio de las Dictaduras de la Seguridad Nacional en América Latina.

● 1976

Golpe de Estado ejecutado por los altos mandos del Ejército Nacional. Conformación de la Junta Militar integrada por Rafael Videla, Emilio Massera y Orlando Agosti, cuyo gobierno de facto se extendió —con otros golpistas— hasta 1983.

● 1976

Mercedes Sosa lanza el disco *La Mamancy*.

● 1978

Se desarrolla el mundial de fútbol en la Argentina.

● 1979

Pink Floyd lanza el álbum *The Wall*.

● 1980

El 1 de mayo se realiza la primera transmisión a color en la televisión argentina.

● 1982

El 2 de abril la Argentina le declara la guerra por Malvinas al Reino Unido.

● 1984

Madonna lanza el disco *Like a virgin*.

- 
- 1985**
Se crea la Fundación por el Software Libre y nace el concepto *copyleft*.
 - 1986**
Cumbre de Reykjavik entre Mijail Gorbachov y Ronald Reagan. Comienzo de las negociaciones que derivan en el fin del proceso de la Guerra Fría.
 - 1987**
Cumbre de Washington (Tratado de INF) entre la URSS y Estados Unidos.
 - 1989**
Caída del muro de Berlín, Alemania.
 - 1990**
Se forma el conjunto de protocolos que constituyen la Worl Wide Web.
 - 1993**
Se funda la Unión Europea (unión económica y monetaria).
 - 1994**
Se lanza el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en la Primera Cumbre de las Américas realizada en Miami.
 - 1999**
Hugo Chávez llega al poder en Venezuela.
 - 2000**
Llega a la presidencia de Rusia Vladímir Putin.
 - 2002**
El euro entra en circulación como moneda.
 - 2005**
Triunfa el «No al ALCA». En la IV Cumbre de las Américas en Mar del Plata, Argentina, se produce un enfrentamiento entre aquellos que defendían el ALCA —liderados por el presidente de Estados Unidos, George W. Bush— y aquellos gobiernos Latinoamericanos que se oponían —liderados por los presidentes Hugo Chávez, Lula da Silva y Néstor Kirchner—. Se frena el ALCA.

Referencias

Bréville, B. (2016). *Atlas de historia crítica y comparada*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Capital Intelectual.

Braudel, F. (1993). Renacimiento, Reforma, 1968: revoluciones culturales de larga duración. *La Jornada Semanal*, (226).

Coriat, B. (2011). *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Gullo, M. (2008). *La insubordinación fundante. Breve historia de la construcción del poder de las naciones*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Mommsen, W. (2004). *La época del imperialismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Oporto, M. N. y Quiroga, A. (2016). Notas para un pensar periférico desde América Latina. *a Octante*, (1), 15-22. Recuperado de <http://papelcosido.fba.unlp.edu.ar/ojs/index.php/octante/issue/view/21>

Venturini, F. (2014). *Utopía y reforma en la ilustración*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Notas

1• Eran productores de algodón, materia prima que exportaban a Inglaterra.

2• Meses después, en abril de ese año, muere.



ISBN 978-950-34-1883-3



9 789503 418833



FACULTAD
DE ARTES



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA